

01056

5

201.

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
DIVISIÓN DE ESTUDIOS DE POSGRADO

LA ÉLITE REVOLUCIONARIA CUBANA
LOS ORÍGENES

1952-1961

T E S I S

PARA OBTENER EL GRADO DE
MAESTRO EN ESTUDIOS LATINOAMERICANOS
(HISTORIA)

P R E S E N T A D A P O R
MARTÍN LÓPEZ ÁVALOS

1998

257600

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas Tesis Digitales Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS © PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis está protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

ÍNDICE

Agradecimientos.....	5
Prólogo.....	9
Introducción.....	21
Capítulo I Clase Política y Estado Nacional: entre la evolución y la revolución	41
Capítulo II La Frustración como Política	70
Capítulo III La Política como Lección Moral	101
Capítulo IV Hacia el Ethos Revolucionario	126
Epílogo.....	161
Bibliografía Consultada	165

AGRADECIMIENTOS

Como toda obra, la presente no hubiera sido posible sin la colaboración y ayuda de mucha gente e instituciones que compartieron con quien esto escribe, aligerando el desarrollo de la investigación que presentamos a continuación en estas páginas.

En primer lugar, a mi maestro, y asesor de esta tesis, Dr. Ignacio Sosa Alvarez, quien a lo largo de varios años me ha alentado y estimulado a seguir adelante en el proceso de formación académica, intelectual y profesional que inicié hace varios años al cursar la licenciatura en Historia y, posteriormente, en la maestría en Estudios Latinoamericanos, amen de colaborar con él como ayudante en su curso *Revoluciones en el siglo XX*, impartido en la Facultad de Filosofía y Letras y en otros puestos relacionados con la vida universitaria de la UNAM. Las orientaciones y críticas del Dr. Sosa han contribuido en mucho a mejorar y pulir ciertas partes del presente trabajo para darle mayor claridad y amenidad al texto. Mi agradecimiento, sin embargo, no sólo se limita a la esfera académica y profesional, en la cual me considero su discípulo, sino también por los muchos momentos agradables que compartimos y que hicieron la presente una grata tarea .

Ana M. Barañano Caldentey, mi compañera: latinoamericana de corazón y por convicción, con quien inicié la construcción de un futuro, no exento de incertidumbre, pero que tratamos de hacerlo más llevadero para alcanzar la meta que nos hemos propuesto y cuya primera promesa está cristalizada en Julián, quien empezó a caminar al mismo tiempo que esta tesis. A mis padres, Miguel y Soledad, por su apoyo desinteresado

y solidario en muchos momentos, sin el cual tal vez el resultado de muchas cosas no hubiera sido posible, así como a mis suegros, Julio Barañano y Margarita Caldentey por el apoyo constante que en la vida diaria nos han prestado haciendo menos difícil la presente tarea.

Para mis amigos Ann Wellens, Luis Bernal y Susana Mendoza, con quienes he compartido momentos importantes de mi vida y me han ayudado en diferentes ocasiones, ya sea discutiendo sobre el desarrollo de la investigación o alentándome a mantener el esfuerzo en el mismo.

Asimismo va mi agradecimiento a la Dirección General del Personal Académico de la UNAM por la beca otorgada dentro del *Proyecto Historia Contemporánea de América Latina*, para concluir esta tesis. También al director del Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos, Dr. Ignacio Díaz Ruiz, por otorgarme generosamente un espacio dentro del Centro para poder redactar la parte final de esta investigación, así como al secretario administrativo del mismo, Lic. Rafael Román, por encargarse de los detalles necesarios para que mi estancia en el CCyDEL fuera lo mejor posible. A mi amigo el Mtro. Enrique Camacho, investigador del mismo Centro, por haber compartido no sólo su cubículo, sino también su tiempo, conocimientos sobre la historia de Cuba y facilitarme material bibliográfico para una mejor comprensión del fenómeno estudiado, durante los meses que gocé de una licencia que para tal efecto me otorgó la institución donde actualmente presto mis servicios profesionales, la Asociación Nacional de Universidades e Instituciones de Educación Superior.

En la ANUIES, quisiera agradecer a su Secretario General Ejecutivo, Mtro. Carlos Pallán Figueroa, por las atenciones de las que fui objeto de su parte, para dedicarme a la redacción final de este trabajo, así como al Lic. Carlos Rosas Rodríguez, Jefe del Departamento de Servicios Editoriales, por su comprensión al permitirme dejar, por un tiempo, mis ocupaciones habituales en el departamento que dirige. También, a mis

compañeros de trabajo, en especial a Ma. Esther Mendoza, Jesús Hidalgo y Ma. del Carmen Castillo, por el constante apoyo y estímulo para terminar este trabajo.

A todos ellos, mi agradecimiento porque su presencia contribuyó a que pudiera realizar la labor de investigación que se cristaliza con la presentación de esta tesis.

*Eramos una visión, con el pecho de atleta,
las manos de petimetre y la frente de niño.
Eramos una máscara, con los calzones de
Inglaterra, el chaleco parisiense, el chaquetón
de Norteamérica y la montera de España...*

José Martí, Nuestra América.

PRÓLOGO

El estudio de los procesos revolucionarios ha sido tradicionalmente, uno de los grandes temas en la historiografía latinoamericana contemporánea; la revolución y su impacto en la vida y formas de organización social llama la atención e intriga a los estudiosos de la sociedad por las formas en que este fenómeno ocurre. En este contexto, los procesos revolucionarios son identificados, por ciertos autores, como parte de la toma del poder por una élite que trata de imponer una nueva estructura social y política, representando una fuerza renovadora frente al *statu quo* que se opone a cualquier cambio. Transformar o revolucionar a la sociedad, podríamos decir, es obra de hombres nuevos que rompen con la élite del *ancien régime*.

En este sentido, es interesante observar la gran cantidad de investigaciones y análisis emprendidos por historiadores y politólogos norteamericanos y europeos sobre nuestras élites políticas, destacando los casos donde existió una experiencia revolucionaria o reformista. La revolución en el Tercer Mundo ha sido un fuerte atractivo para este tipo de estudiosos; en sus investigaciones quedan plasmadas sus buenas intenciones, prejuicios, incompreensión o excelentes aportaciones.¹

¹La bibliografía es extensa, sobresaliendo las tesis doctorales elaboradas en universidades norteamericanas; hemos seleccionado una muestra para destacar el interés sistemático para cultivar este tipo de estudios: Gannon, Rente Rogero, *Elites, political stability and democratization in twentieth century Mexico*, Tesis (Ph. D.), University of Austin University of Austin, 1992. viii, 221 p. Higley, John y Gunther, Richard, *Elites and democratic consolidation in Latin America and Southern Europe*, Cambridge University, 1992, xiv, 354p. López, Juan J., *Business elites and democracy in Latin America; reflections on the May 1991 Kellogg Institute Conference*, Working paper, 185, Notre Dame, University of Notre Dame, 1992. 27p. Lannon, Frances y

Uno de los ejemplos característicos de este fenómeno es, sin duda, la revolución cubana. El interés natural sobre una revolución en un país subdesarrollado aumentó por el gran atractivo intelectual y mítico en torno a las figuras de sus principales dirigentes. Los nombres y figuras de Fidel Castro y su hermano Raúl, del Che Guevara o Camilo Cienfuegos rápidamente conformaron un nuevo mito revolucionario difícil de pasar por alto. Las barbas y la juventud de este grupo de jóvenes revolucionarios marcó a toda una

Preston, Paul, *Elites and power in twentieth-century Spain; essays in honour of Sir Raymond Carr*, New York, Clarendon, 1990, 314p. Ormsby, John Michael, *The political utility of the International Monetary Fund for ruling elites; some cases from Latin America*, Tesis (Master of Arts in International Relations), California State University-Fresno, 1990, 90p. Conniff, Michael Lee y McCann, Frank, *Modern Brazil; elites and masses in historical perspective*, Lincoln, University of Nebraska, 1989, xxiv, 305p. Richmond, Douglas W., *Carlos Pellegrini and the crisis of the Argentine elites, 1880-1916*, New York, Praeger, 1989, xi, 206p. Doryan-Garron, Eduardo, *Explaining development strategy choice by state elites; the Costa Rican case*, Tesis (Doctor of Philosophy), Harvard University, Cambridge, 1988, 295p. Rose, Gregory, Frank, *Politics, games and culture; a game-theoretic analysis of political mobilization by revolutionary elites in Iran, Kampuchea, and Cuba*, Tesis (Ph.D.), University of Texas at Austin, 1987, 468p. Czudnowski, Moshe M., *Political elites and social change; studies of elite roles and attitudes. International yearbook for studies of leaders and leadership*, [Dekalb, Ill.] Northern Illinois University, 1983, xi, 255p. Darche, Benjamin, Mark, *Planning, power elites and development; Guatemalan case study*, Tesis (Doctor of Philosophy), University of California at Los Angeles, 1981. Smith, Peter Hopkinson, *Los laberintos del poder; el reclutamiento de las élites políticas en México, 1900-1971*, México, Centro de Estudios Internacionales, El Colegio de México, 1981, vii, 414p. Burns, E., Bradford, *Elites, masses and modernization in Latin America; 1850-1930*, The Texas Pan American Series; Austin, University of Texas, 1979, viii, 156p. Friedman, Kenneth Charles, *Revolution and counter-revolution in Southern Chile; a study of agrarian elites*, Tesis (Doctor of Philosophy), University of New York City, 1979, xiii, 295p. Walton, John, *Elites and economic development; comparative studies on the political economy of Latin American Cities*, Latin American monographs, 41; Austin, University of Texas at Austin, Institute of Latin American Studies, 1977, 257p. Agulla, Juan Carlos, *Eclipse of an aristocracy; an investigation of the ruling elites of the city of Córdoba*, University of Alabama, 1976, viii, 151p. Axelrod, Robert M., *Structure of decision; the cognitive maps of political elites*, Princeton, Princeton University, 1976, xvi, 404p. Dáila-Ladrón de Guevara, Carlos, *Dominant classes and elites in economic development; a comparative study of eighth urban center in Colombia*, Tesis (Doctor of Philosophy), Northwestern University, 1976. Presthus, Robert Vance, *Elites in the policy process*, Cambridge University, 1974, xiii, 525p. Smith, Peter Hopkinson, *Argentina and the failure of democracy; conflict among political elites, 1904-1955*. University of Wisconsin, 1974, xx, 215p. Drake, George F., *Elites and voluntary associations; a study of community power in Manizales, Colombia*, Madison, University of Wisconsin-Madison, Land Tenure Center, 1973, 58p. Gomes, Ralph Christopher, *Reference groups and national attitudes of elites in a newly independent nation*, Tesis (Doctor of Philosophy), Pennsylvania State University, 1973, 264p. Herberg, Edgardo R., *Political attitudes, social background and consensus among Argentine elites*, Tesis (Doctor of Philosophy), University of North Carolina at Chapel Hill, 1973, 245p. Weaver, Kenneth Leroy, *Transnational military elites; the Central America case*, Tesis (Doctor of Philosophy), University of Washington, 1973. Adams, Jerome Robertson, *Elite orchestration and populist clamor; political communication and development in Colombia*, Tesis (Doctor of Philosophy), University of North Carolina Chapel Hill, 1972. Erisman, H. Michael, *Revolution and revolutionary elites in Latin America*, Tesis (Doctor of Philosophy), Pennsylvania State University, 1972, ix, 437p. Mundigo, Axel Ivan, *Elites, economic development and population in Honduras*, Tesis (Doctor of Philosophy), Cornell University, 1972, xii, 310p.

generación que se entusiasmó y, en muchos casos, murió por el ideal que irradiaba la experiencia cubana.

La revolución cubana después de más de tres décadas de vida no a dejado de ser un tema de actualidad, sobre todo hoy debido a la difícil coyuntura económica por la que atraviesa el país, amén de la repercusión que tiene para el resto de la vida social y política de los cubanos. El destino de Cuba es incierto, como lo es el destino de un ideal que quiso cambiar al mundo y al cual Cuba se aferra como su última posibilidad de supervivencia.

En la medida de esta importancia, se requiere que la revolución cubana sea estudiada en forma sistemática para aportar nuevos cauces de discusión sobre sus perspectivas. Un tema de trascendencia, poco estudiado todavía hoy, es el de su élite política, la que encabezó la revolución. El encontrar el origen de ésta, su conformación, organización y funcionamiento nos ayudará a comprender las posibilidades de transformación o cambio que puedan ocurrir en la Cuba de hoy, mucho más cuando en la actualidad se muestra cierta tensión entre la élite y las masas, es decir, entre quien gobierna y quien es gobernado.

En principio nuestra intención fue hacer un estudio de historia contemporánea, de ahí el título del presente trabajo, sin embargo, al sentar los antecedentes del caso, la investigación misma nos obligó a ir más atrás, pues consideramos que estableciendo la formación histórica de la élite cubana podríamos tener un mejor panorama para entender el por qué del proceso político cubano durante el siglo XX hasta el momento del parteaguas de la historia contemporánea de Cuba: la revolución castrista.

Así, nuestro estudio inició (capítulo uno), de finales del siglo XVIII hasta el traumático tránsito de la independencia en 1898, cuando las circunstancias históricas favorecieron la formación de una élite sustentada en el cultivo de la caña de azúcar que fue moldeando al país de acuerdo a la necesidad de expandir ese producto. En ese momento se formó también la idea de esta élite con respecto a su propio papel como clase

dirigente y se extendió a lo largo del siglo XIX y buena parte del XX, hasta que la estructura tradicional se vio fracturada en la década de los años treinta con la aparición de nuevos actores que hasta entonces no habían tenido una incidencia directa en el proceso político.

Paralelamente, el tradicional interés geopolítico de los Estados Unidos por Cuba aumentó en el momento en que, por fin, esta élite decidió romper con la fórmula política que le benefició durante el periodo del colonialismo español: subordinación política a cambio de libertad para el desarrollo de la plantación azucarera, que dicho sea de paso, terminaría por convertirse en la industria generadora de la riqueza del país.

Este contexto configuró una situación donde la propia élite, que detentaba la riqueza nacional para su beneficio, subordinó cualquier experimento político por *gobernar* a su propio país a cambio de mantener las bases de su riqueza material. Fue una élite audaz en los negocios pero medrosa en lo político. El temor por caminar su propia senda sería una consecuencia del propio sistema de plantación, basado en la mano de obra esclava. La amenaza de rebelión negra aumentaría la oposición al cambio político por identificar la independencia política con el desmembramiento de uno de los pilares del sistema económico, es decir, el esclavismo.

La subordinación política de la élite cubana, entonces, se convirtió en un hecho histórico que, por otra parte, era el indicio de un problema mayor: la desintegración del país y la falta de una fuerza capaz de congregarse a todos los elementos que la conformaban en una unidad, es decir, en una nación. Si bien la estructura productiva del azúcar le dio el perfil a Cuba, éste se limitó a la esfera económica y dentro de ésta a un aspecto medular, el sistema de propiedad, es decir, a la tierra y los esclavos.

El avance tecnológico y la necesidad de adecuarse a él para mantener las ventajas comparativas del caso, haría pasar el problema de la esclavitud a un segundo plano pero no así en lo esencial político: el ejercicio pleno de la soberanía, como diría no sin cierta resignación el escitor el escritor habanero José Lezama Lima. Las dos guerras de

independencia de la segunda mitad del siglo XIX minaron a la élite tradicional, la que encabezó el primer intento libertario, dejando su lugar a una nueva generación que se había formado en la llamada "Guerra Grande" o de diez años y que no era parte de ese grupo de patricios que acompañaron a Carlos M. de Céspedes en 1868. La larga marcha independentista culminó en 1895 con el desembarco encabezado por José Martí y Máximo Gómez para continuar con ese proceso inconcluso. Esta experiencia histórica en el campo de batalla conformó a la *clase política* cubana en el sentido moderno del término, es decir, en aceptar en su seno a varios grupos o élites como terminaron por configurarse al término de la guerra y posterior intervención norteamericana.

El nacimiento de la clase política cubana, vio frustrado y distorsionado su natural desarrollo por la presencia e intervención norteamericana que impuso su dominio sobre las partes de ésta, evitando el natural reacomodo interno de las fuerzas políticas luego de un proceso de liberación nacional como el vivido en la isla de 1895 a 1898, tutelando a la joven república.

Diferenciada la élite económica de la clase política, no existió el consenso necesario para enfrentar el gran problema de la nación cubana durante sus primeros cincuenta años de vida independiente: el ejercicio pleno de la soberanía política. Fragmentada, la clase política cubana no fue capaz de enfrentar el reto que representó el imperialismo norteamericano, quien desde 1898 se convirtió en el fiel de la balanza entre las fuerzas políticas locales.

Al respecto vale precisar la importancia de este fenómeno en la historia cubana, que por razones temáticas no fue abordado en la presente investigación. El interés norteamericano por Cuba fue paralelo a la fundación de los Estados Unidos, cuyos gobernantes dejaron muy claro el valor estratégico de la isla para el futuro desarrollo de la Unión. Pero fue a finales del siglo XIX cuando este país se encontró en capacidad de reivindicar verdaderamente esta proyección, construyendo un arco estratégico que iba del Caribe, pasaba por Centroamérica y culminaba en el Pacífico. La guerra hispano-cubana

fue aprovechada por los Estados Unidos para desplazar al colonialismo español y en su lugar implantar su propio dominio cuya justificación estará en el mantenimiento de este arco estratégico o geopolítico. La importancia de esta situación estará en el hecho de que sin ella no será posible explicar el desarrollo histórico de Cuba en el siglo XX por la influencia que tuvo para su dinámica interna.

A partir de entonces, y en mayor grado durante el periodo vigente de la Enmienda Platt, la clase política cubana no sólo se subordinaría sino que reconoció a ese poder de decisión para arbitrar en los asuntos internos de la isla.

La clase política criolla no requirió de una *fórmula política*² que justificara su ejercicio del poder; el acomodarse a los intereses norteamericanos le bastó para “gobernar” dentro de los límites permitidos por aquellos. Un espectro recorrería la historia de Cuba en las siguientes décadas: la falta de independencia y el cómo alcanzarla con una élite que se mostraba incapaz de superar su propia frustración política, como diría un ilustre escritor habanero del siglo XX.

Sin embargo, como veremos en el capítulo dos, el surgimiento de nuevos grupos que aspiraban a convertirse en parte de esta clase especial creó nuevas tensiones que forzaron una circulación en las altas esferas políticas. El primer gran sacudimiento llegó en 1933 con la quiebra de la clase política liberal-conservadora que había gobernado al país desde 1902. Un amplio movimiento social —característico de este tipo de situaciones— encabezado por estudiantes y soldados, abrió el mecanismo de circulación y reclutamiento de nuevos miembros para la élite política. Durante un breve periodo, este grupo emergente gobernó sin el consentimiento del poder tutelar. No fue extraño que tanto la universidad como el ejército se convirtieran en instancias formadoras de los cuadros políticos de Cuba durante este periodo, o dicho de otro modo, que los estudiantes y los militares tuvieran un papel prominente en la vida política cubana,

² Véase más adelante, pp. 19 y la Introducción para la definición de este término.

rompiendo con la petrificación de la élite liberal-conservadora, incapaz para entonces, de enfrentar el círculo de dependencia política respecto a los Estados Unidos.

La experiencia de 1933 marcó el futuro de Cuba, pues a partir de ahí la clase política renovó una parte importante de su élite gobernante bajo una fórmula política que, por primera vez, reivindicó, apoyada en un sentimiento nacionalista, el fin de la tutela norteamericana. Sin embargo, las esperanzas en la consolidación de un movimiento renovador se vieron frustradas en la medida en que los miembros de la élite emergente cayeron en la componenda y la corrupción; primero Fulgencio Batista y luego los presidentes del Partido Revolucionario Cubano (Auténticos) Ramón Grau San Martín y Carlos Prío Socarrás. El ciclo de frustración política pareció llegar a su clímax el 10 de marzo de 1952 cuando en audaz golpe, con ayuda del ejército, Fulgencio Batista arrebató el poder a Carlos Prío Socarrás.

El 10 de marzo más que fracturar la estabilidad de la clase política, mostró descarnadamente su verdadero esqueleto, cuando la mayoría de ésta abandonó cualquier intención por guardar las formas elementales de un gobierno republicano. En el capítulo tres veremos la desbandada de gran parte de la clase política a los cuarteles militares para negociar con Fulgencio Batista un espacio político, situación que marcó el principio del fin de su capacidad para reciclarse cuando un joven abogado de nombre Fidel Castro, lanzó un reto para debatir y polemizar entre la clase política en torno a la pertinencia del sistema democrático.

Militante de un partido de oposición, el Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxo), Fidel Castro quedaría solo en el debate que mostró los límites del sistema y la capacidad de sus líderes para responder a los problemas planteados por la intempestiva llegada de Fulgencio Batista al poder. La figura de Fidel crecería hasta culminar en un liderazgo político muy por encima de cualquier otro miembro de la élite emergente, razón por la cual nos referiremos a ella como "fidelista", entendida como los partidarios de ese liderazgo personalizado por Fidel Castro.

Como en 1933, la coyuntura de 1952 abrió el camino para una amplia circulación y renovación de la élite política, basada en primer lugar, en un intento de restauración del orden político aparentemente quebrado en su interior y alterado hacia el exterior por un poder dictatorial. Resultará significativo —y por otra parte sintomático— que tomando la filosofía política del liberalismo se dio marcha a un movimiento insurreccional que terminó por movilizar si no a toda, sí a gran parte de la sociedad cubana a favor de la restauración democrática.

El origen de la nueva élite estuvo fincado en esta situación que fue conformando la fórmula política que la aglutinó y congregó hasta disputarle el poder al conjunto de la clase política, no sólo a Fulgencio Batista como cabeza visible de aquella. Como veremos en el capítulo cuatro, la nueva fórmula política rescató los elementos esenciales que dieron pie al proyecto independentista del siglo XIX —primero con Carlos M. de Céspedes y luego con José Martí, Antonio Maceo y Máximo Gómez— y a la experiencia renovadora de 1933. En este contexto, el surgimiento de una nueva élite convirtió el proceso de circulación de las élites en proyecto revolucionario al enfrentar las inercias internas y la oposición externa de los Estados Unidos. Paradójicamente, si buscamos en la explicación del liberalismo para entender este proceso, no acabaremos de encontrar y entender las sutilezas del mismo; limitándonos a tipificar este proceso como una lucha contra la tiranía y la corrupción.

El romper el ciclo de frustración política propuesto por Castro, caló hondamente entre los jóvenes de su generación, encontrando eco a sus llamados para romper y barrer con el pasado. El reclutamiento de los miembros de la nueva élite tuvo un sentido de vocación generacional. El inicio de un amplio movimiento insurreccional terminó por quebrantar a la clase política y a una institución que hasta entonces se había mostrado como un eficaz aparato de gobierno: el ejército. Desde la época de Batista, la institución armada en Cuba había servido para extender la presencia del Estado a lo largo de la isla; era un aparato de control con el cual ni los partidos políticos pudieron rivalizar.

La quiebra del ejército terminó por cerrar el círculo de la renovación y desplazamiento entre la élite gobernante. Esta quiebra, sin embargo, no fue militar sino ideológica; la capacidad camaleónica de Batista para adaptarse a las cambiantes circunstancias llegó a su fin y con él, el sostén del ejército para justificar su poder político.

Abiertas estas coordenadas, la lucha insurreccional iniciada en el ataque al Cuartel Moncada en 1953 y continuada por la lucha guerrillera en la Sierra Maestra en 1956 culminó con un profundo reacomodo de la clase política cubana, caracterizada por la marginación de la antigua élite gobernante y la construcción de un nuevo universo político dominado por la élite formada al calor de la insurrección guerrillera, centro del nuevo esquema de reclutamiento —y cuyas bases estarían en el Ejército Rebelde luego de una lucha interna con la parte citadina del movimiento— en la etapa de formación que estudiamos.

La fórmula política de la élite emergente tuvo, entonces, como eje articulador la superación de la frustración en lo esencial político: el ejercicio de la soberanía frente a los Estados Unidos. Paralelamente, la fórmula política castrista insistió en aglutinar a una sociedad fragmentada por las desigualdades sociales generadas por el modelo económico y recelosa de las prácticas corruptas de sus políticos. El discurso de restauración democrática encontró en esos pilares la *necesidad* de un cambio político que respondiera a esos “grandes problemas nacionales”.

Resulta interesante advertir que la recepción de la fórmula política castrista en la sociedad cubana fue de una asimilación gradual hasta convertirse en la “opción” para el país. En la etapa final del proceso insurreccional la polarización política fue tal que sólo se plantearon dos alternativas: el pasado, representado por Batista y su séquito de políticos corruptos, o el futuro, encarnado en los jóvenes guerrilleros que luchaban por la libertad.

La figura del guerrillero se convirtió en símbolo y emblema de una élite emergente que, de esa manera, planteó la llegada de una nueva época, con sus maneras y

estilos para hacer las cosas. De acuerdo con la teoría de las élites, existen dos elementos importantes para comprender el ascenso y permanencia de una élite en el poder: la organización del grupo y los valores éticos que el mismo considera relevantes, complementándose con los valores políticos enunciados. La importancia de una élite habrá que buscarla en esos niveles que reflejarán de manera conveniente los valores sociales prevalecientes en esa época y el cómo la élite se los apropia, los representa y se identifica con la masa gobernada.

Este proceso en la historia cubana de la segunda mitad del siglo XX coincidió, como apuntamos, con la quiebra ideológica de la clase política cubana y el ascenso de una nueva élite que llenó el vacío dejado por aquella. Rastrear y analizar este fenómeno nos planteó, como toda investigación, la interrogante acerca de qué fuentes consultar. Ante la dificultad de indagar en los archivos nacionales cubanos, tuvimos que recurrir a la documentación publicada hasta el momento de realizar nuestras pesquisas.

El interés por el estudio de la revolución cubana nos permitió utilizar el material impreso en Cuba, Estados Unidos y México, ya sea en antologías, recopilaciones, etcétera. Documentos oficiales, cartas, proclamas políticas, demandas judiciales, han visto la luz de esa manera. Paralelamente el testimonio de muchos participantes en este proceso ha sido estimulado en Cuba creando una historiografía sobre la revolución que nos permite consultar, con relativa facilidad, las memorias y entrevistas a los guerrilleros y comandantes más destacados.

La prensa es otra fuente testimonial fundamental para comprender los acontecimientos políticos en Cuba; en ese sentido, una publicación periódica, es referencia obligada: *Bohemia*. Desgraciadamente, los acervos hemerográficos en México padecen de un gran vacío en alusión a la época tratada; en nuestra búsqueda, encontramos material de esa publicación a partir de 1958, en el mejor de los casos. Nuevamente, esa insuficiencia fue cubierta por diversas publicaciones cubanas donde se transcribían las aportaciones más relevantes aparecidas en el semanario habanero.

Para el estudio de las élites políticas tomamos la metodología inspirada en la aportación teórica de la sociología italiana, en particular de Gaetano Mosca, quien estableció los parámetros para su profundización.³ Sin embargo, delimitar el espacio y el tiempo de la investigación, abierta hacia atrás para rescatar los antecedentes históricos, también nos obligó a concretar el aspecto de las élites que queríamos estudiar. En este sentido, optamos por limitarnos a un aspecto que consideramos importante: la *fórmula política*, entendida como el proceso a través del cual una élite política justifica su predominio para gobernar al resto de la sociedad. La fórmula política —definida por Mosca como “la base jurídica y moral sobre la que se apoya el poder de la clase política en toda sociedad”— representará un conjunto de valores sociales, políticos y éticos, que permitirán a los miembros de una élite diferenciarse de otras al otorgarles unidad y coherencia interna para la acción política, dados los intereses comunes que los une. Este fenómeno será muy claro en el contexto cubano que analizamos, pues como veremos en su momento, la condición para ingresar a la élite emergente del castrismo estará en la aceptación de ese conjunto de valores que el mismo Castro transmitirá, aunque, claro, no necesariamente todo el que comparta esos valores automáticamente pertenecerá a este núcleo; para ello deberán mostrarse ciertas “cualidades” acordes a un sistema de reclutamiento más o menos institucionalizado.

Esta opción metodológica para abordar a las “élites”, resultó no sólo una orientación sobre los aspectos a indagar, también involucró los límites de los resultados. Estamos conscientes que al hablar de la formación de una élite, requerimos de un referente concreto, es decir, “¿quiénes son?” los hombres y mujeres que la integran, sus trayectorias personales y sociales, sus cualidades y el ámbito institucional (partido, ejército, universidad, etcétera) en el que se inscriben para llegar a esa posición que ocupan. En esta perspectiva, nuestra investigación de la élite cubana requerirá de un

³Véase la Introducción para un análisis más detallado sobre el asunto.

trabajo futuro de rastreo para determinar por qué ciertas personas alcanzaron posiciones de relevancia en un momento histórico dado. Optamos por la fórmula política porque consideramos que a partir de ella el investigador puede ir armando la base de este complicado rompecabezas, al perfilarse los patrones de reclutamiento de la élite, sobre todo en las condiciones históricas concretas de una sociedad, como la cubana, que en ese momento sufrió transformaciones importantes que cambiaron los patrones anteriores que habían nutrido a las diferentes élites que conformaban la clase política.

Por otro lado, concebimos esta investigación como una primera parte de un esfuerzo mayor por analizar el fenómeno de la élite en Cuba a partir de la revolución castrista. En una segunda parte, abordaremos el carácter "operativo e instrumental" del análisis de las élites, es decir, las formas que adquiere el reclutamiento para "gobernar" o "dirigir" una vez establecida la justificación para hacerlo, como indica la fórmula política.

Por último, es importante mencionar que la temática de esta investigación surgió después de varios tanteos por acercarnos al análisis de la revolución cubana. Debemos al Dr. Ignacio Sosa Alvarez sus útiles y sugerentes comentarios para encaminar hacia este rumbo el esfuerzo que hoy presentamos en su curso sobre Cultura Latinoamericana impartido en la División de Estudios de Posgrado de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM así como al Seminario de Historia Contemporánea de América Latina auspiciado por el Centro de Estudios para el Desarrollo Social (CEIDS), dedicado al análisis del "periodo especial" decretado por Castro al inicio de la presente década para enfrentar la crisis económica de la isla al desaparecer el bloque socialista, y cuyos resultados fueron publicados en 1993.⁴

⁴Véase mi artículo "El círculo de hierro: la élite fidelista", en Ignacio Sosa, *et. al.*, *Cuba de la Utopía al desencanto*, México, CEIDS-UAEM, 1993.

INTRODUCCIÓN

La historia y los acontecimientos políticos han sido explicados, por lo general, en función de los dirigentes y de sus actos. Al mismo tiempo, suele presumirse o entenderse que los más importantes sucesos políticos están relacionados con los cambios en las altas esferas de la política, en su renovación o desplazamiento. Las referencias de la literatura sociológica, política e historiográfica hacia los líderes, héroes, presidentes, reyes, etcétera, para describir y explicar un determinado periodo histórico han sido recurrentes. Dependiendo de los respectivos enfoques metodológicos y teóricos, estas orientaciones convergen, a pesar de todo, en una conclusión no siempre explícita: la necesidad de la humanidad por tener dirigentes que la guíen y gobiernen. El gran líder, el guía, refleja, a su vez, un fenómeno de mayor importancia para explicarnos esta aparente necesidad inherente al ser humano, ya que la existencia de todo liderazgo (institucionalizado o no) requiere de una estructura, de un aparato organizado con el cual el dirigente pueda ejercer su función sobre la sociedad.

El estudio y análisis de esta relación ha sido uno de los campos de mayor atracción para los estudiosos de los fenómenos sociales, pues a través de ellos podemos encontrar claves importantes para entender un sistema político o una experiencia histórica. El interés hacia este tipo de estudios está muy ligado a una serie de interrogantes no menos importantes, como: ¿quién gobierna?, ¿por qué gobierna?, ¿cómo gobierna? Es decir,

interrogantes sobre el ejercicio del poder y las formas que adquiere esta función en la configuración de una sociedad determinada.

Para partir en el estudio de estos grupos que ejercen la función de gobernar, debemos aceptar el hecho de que llegando a cierto grado de progreso, toda sociedad necesita de un grupo dominante, denominado *élite*,¹ que nos remite a los fenómenos sociales que se desarrollan a través del origen, florecimiento, naturaleza y papel de los grupos dirigentes que operan en diversos contextos históricos. La *élite* es, desde este punto de vista, la única estructura permanente de poder, sin importar las formas que ésta adquiere. Es decir, el concepto *élite*, en las ciencias sociales, se refiere a los poseedores de posiciones hegemónicas e influencia tanto en el mantenimiento como en la modificación de una estructura social, económica y política.

La aportación de la teoría de las élites al estudio de la estructura social es importante en la medida que se contrapone al punto de vista, tanto del liberalismo con su supuesta igualdad jurídica como al igualitarismo social del marxismo. El elitismo reacciona contra el ideal ingenuo de la *ilustración* encarnada por el ejercicio de la soberanía popular en lo político y por la igualdad social entre los hombres, que representan, a su modo, el liberalismo y el marxismo.

La formación del mundo moderno es, en gran medida, resultado de la búsqueda de este ideal que se funda en la libertad e igualdad de los individuos. Como tal, ese ideal universal supone la invención, en el futuro, de una comunidad donde se plasme la libertad como un derecho inalienable del hombre. Sin embargo, si todos los hombres son iguales, entonces, ¿por qué no participan por igual en el ejercicio de la soberanía nacional?, y sobre todo, ¿cómo y quién organiza esa soberanía?

Frente a estas interrogantes, la teoría de las élites presenta una alternativa interesante en el campo de la ciencia política, la sociología y la historia, pues de acuerdo a ella, la

¹Élite proviene del francés *élite*, que a su vez se remite a la raíz de la palabra latina *eligere*, que significa elegir, escoger. Así, los miembros de una *élite* son los elegidos para ejercer una función primordial dentro de la sociedad.

ideología es un instrumento para afirmar el dominio de un grupo, por lo general reducido, frente a la sociedad. La historia no es, como pensó el marxismo, la historia de la lucha de clases sino la lucha y sucesión de una élite por otra.

A continuación, pretendemos ofrecer un panorama sobre la teoría de las élites, enfocando su contenido hacia la búsqueda de una explicación válida de todas las transformaciones sociales y su nueva estructuración para todas las sociedades, con la finalidad de contribuir a la mejor comprensión del estudio de la organización política y la dinámica social.

HISTORIA DE UN CONCEPTO

La atención por el estudio de los grupos dirigentes que ejercen la dirección de la sociedad ha estado presente desde tiempos remotos, sin embargo, estas preocupaciones no habían desembocado en la formación de un *corpus* doctrinal para explicarnos el fenómeno de las élites. En la época moderna, los primeros en vislumbrar sus posibilidades con un fin práctico fueron Maquiavelo y Saint Simon, aunque tampoco llegaron a centrar sus análisis en ellas. La preocupación sistemática vendría hasta finales del siglo XIX cuando la sociología italiana diera los primeros pasos en la conformación de una terminología conceptual en ese terreno, dando lugar a la llamada "escuela italiana de las élites", conformada por Vilfredo Pareto, Gaetano Mosca y Robert Michels, quienes buscaron explicar el por qué de la naturaleza del control y función del liderazgo en la sociedad siguiendo la tradición maquiavélica sobre la política y el arte de gobernar.²

²Para un análisis sobre la obra de estos autores, véase, Ettore A. Albertoni, *Gaetano Mosca y la formación del elitismo político contemporáneo*, México, FCE, 1992; *Gaetano Mosca, storia di una dottrina politica, formazione e interpretazione*, Milano, Fonti e studi di storia, 1978; *Governo e governabilità nel sistema politico e giuridico di Gaetano Mosca*, Milano, Giuffrè Editore, 1983; *Storia delle dottrine politiche in Italia*, Milano, Mondadori, 1985; Parry Geraint, *Political elites*, New York, 1970; James Meisel, *El mito de la clase*

Sin embargo, las circunstancias históricas en el momento que estos tres pensadores escribieron sus obras nos explica, en parte, la aparición de las mismas. La Italia posterior al *risorgimento*, propició un campo fértil, pues los años de la unificación italiana formaron, entre la generación de los llamados “padres del elitismo” como afirma Albertoni, una idea contraria a la democracia y al marxismo. Para ellos, el proceso de unificación nacional había generado falsas expectativas gracias al liberalismo que estableció un azaroso parlamentarismo. Ante tal perspectiva, tanto a Mosca como a Pareto les interesó clarificar la naturaleza de la autoridad política con criterios apegados a la ciencia y libres de cualquier explicación metafísica o idealista.

El sociólogo italiano Vilfredo Pareto (1848-1923), propuso las bases metodológicas para el estudio de las élites, en sus obras *Sistemi socialisti* (1902-1903), el *Manuale di economia politica* (1906) y sobre todo, el *Trattato di sociologia generale* (1916), donde empleó con fortuna, por primera vez, el término “élite” en el lenguaje de las ciencias sociales. En la primera obra escribió: “Estas clases constituyen una élite, una ‘aristocracia’ (en el sentido etimológico: aristos = el mejor). Mientras el equilibrio social es estable, la mayoría de sus componentes parecen estar evidentemente dotados con ciertas cualidades, buenas o malas, que aseguran el poder”.³

Pero, ¿quienes son los que forman parte de esta aristocracia? En el apartado 2031 del *Trattato*, Pareto escribe: “Hagamos por tanto de los que tienen los índices más elevados en la rama de su actividad, a la cual daremos el nombre de clase elegida (élite)”. En esta

gobernante. Gaetano Mosca y la élite, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1975; Rafael Pérez Miranda y Ettore A. Albertoni (comps.), *Clase política y élites políticas*, México, Plaza & Valdés, 1987; Robert A. Nye, *The antidemocratic sources of elite theory: Pareto, Mosca, Michels*, London, SAGE Publications, 1977; Norberto Bobbio, *Estudios de historia de la filosofía: de Hobbes a Gramsci*, Madrid, De. Debate, 1991; Giovanni Sartori, *Teoría de la democracia*, sobre todo I: “El debate contemporáneo”. También pueden consultarse los artículos correspondientes al concepto “Elite”, en la *Enciclopedia internacional de las ciencias sociales y Marxismo y democracia Enciclopedia de conceptos básicos*. Es necesario aclarar que en el presente estudio se dejaron a un lado las aportaciones de Michels por no entrar directamente al estudio de la organización política moderna, es decir, el partido político, como el sociólogo italo-germano lo hizo.

³Las citas sobre Pareto han sido tomadas de Albertoni, “El pensamiento de los clásicos italianos (Pareto, Mosca, Michels) y la formación del elitismo político”, en *Gaetano Mosca y la formación del elitismo político contemporáneo* : 11-21.

primera aproximación, Pareto le da un significado semántico y cualitativo, que describe rasgos cuantificables. En los apartados 2032 y 2034, abunda:

Para el estudio que nos ocupa, que es el equilibrio social, ayuda ahora a dividir en dos esta clase, a saber: *clase elegida* (élite); o sea que separamos a los que, directa o indirectamente, forman parte notable en el gobierno y constituirán la *clase elegida* de gobierno. Lo que queda será la clase elegida, no de gobierno.⁴

Para Pareto existen dos grandes estratos de la población; uno inferior, de la clase no elegida y otro superior, la clase elegida, que se divide en dos, la clase elegida de gobierno y la clase elegida de no gobierno. La división de esta última es posible gracias a una “permanente circulación de la clase elegida”.

Pareto piensa que la antigua aristocracia formó parte de esta clase elegida y a veces la constituía íntegramente, sin embargo, con el tiempo, tuvo lugar una separación notabilísima para que las aristocracias terminaran por constituir sólo una parte de aquella. Si existe una circulación entre la élite, la clase elegida de gobierno estará en un estado de lenta y continua transformación; en ocasiones existirán perturbaciones que elevarán a una nueva clase elegida de gobierno, que se modificará una vez que pasó su periodo de estabilidad.

En este sentido, Pareto piensa que la posibilidad de una mayor estabilidad social estará en la circulación de las élites: El equilibrio social nacerá de la acción de las élites y en la posibilidad de asegurar una alternación entre los diversos estratos de la sociedad. Este rompimiento, cuando se da, siempre será en términos revolucionarios. A través de éstos, se aclararán los mecanismos de absorción y de nuevo equilibrio que la dinámica de las élites siempre asegura a la sociedad. El concepto de revolución entendido por Pareto remite al talento del hombre de afirmar sus capacidades de dirección y mando sobre la sociedad, según un proceso que está fuera de la circulación de la élites:

⁴*Ibid.* 15.

[...] generalmente en las revoluciones, los individuos de los estratos inferiores son capitaneados por individuos de los estratos superiores, porque en éstos existen las cualidades intelectuales útiles para planear la batalla y echar mano, en cuanto hagan falta, de los residuos provistos por los individuos de los estratos inferiores.⁵

El equilibrio social se romperá cuando la circulación entre la clase elegida de gobierno se hace más lenta y, al mismo tiempo, se acumulan en los estratos superiores elementos decadentes, quedando únicamente *residuos*⁶ para mantenerse en el poder, mientras crecen entre la clase no elegida los elementos de cualidad superior que poseen las características necesarias para ejercer el gobierno, aun bajo la fuerza. Pareto nos remite, para entender este término, a las “acciones lógicas” y “acciones no lógicas”. Estas últimas son más numerosas en la vida social y si se analizan convenientemente conducirán a la teoría de los *residuos y derivaciones*.

Las derivaciones fueron definidas por Pareto como “variables a través de las cuales los hombres intentan disimular, cambiar, explicar las características que tienen propiamente ciertos modos suyos de operar”. En otras palabras, las derivaciones representan la necesidad que tiene el hombre para justificar con argumentos científicos las acciones no lógicas. De acuerdo con el interés de Pareto, la génesis y desarrollo del concepto *élite*, aparece relacionado con su análisis de la sociedad, siendo éste una conceptualización sociológica.

A partir de Pareto, se desarrolló un interés por estudiar a estos grupos dominantes que ejercen una gran influencia social. Gaetano Mosca (1858-1941) contribuyó enormemente a continuar esta tradición y consolidar una “escuela” sobre el elitismo al formular la

⁵*Ibid*: 19.

⁶ Los residuos podemos entenderlos como “ciertos instintos de los hombres y por eso hace falta en éstos, por lo común, la precisión, la limitación rigurosa. Así, esta característica podría casi siempre servir para distinguirlos de los hechos y de los principios científicos [...] los cuales tienen con ellos alguna semejanza”.
Ibid: 20.

teoría de la “clase política” en un ensayo fechado en 1879. En los *Elementi di scienza politica* (1896) desarrolló este nuevo elemento, central para el elitismo político.⁷

La clase política de Mosca tiene un carácter normativo, es decir, tiende a construir un patrón y reglas de comportamiento para la acción política. Mosca consideró que la sociedad se divide entre gobernantes y gobernados; los primeros, aun siendo una minoría, detentan y ejercen los poderes políticos y forman, por tanto, una *clase política* frente a la amplia masa que forma la *clase gobernada*.

Este hecho constituye un elemento constante y general en la historia humana, asumiendo la clase política el carácter de postulado, pues su existencia se da invariablemente en cualquier sociedad y en cualquier época. Sin embargo, explicaba Mosca, la existencia de una clase política no se podrá comprender sino se relaciona con lo que él llamó una “fórmula política”, que es la que justifica el poder de aquella así como la ideología que une a los gobernantes y los gobernados.

El poder siempre es ejercido por esa minoría que es capaz de *compartir valores* con la mayoría sometida a su poder. Ese sometimiento, sin embargo, no es pasivo, por el contrario, entre gobernantes y gobernados debe existir una “ósmosis” continua, aunque prudente y gradual.

Además de describirnos estos elementos que definen la naturaleza discriminatoria y antigualitaria del poder político entre los hombres y de la justificación ideológica para ejercer esa autoridad y obtener la *obediencia*, Mosca introducirá un elemento de carácter normativo: la “defensa jurídica”.

Ésta fue concebida como un sistema de contrapesos que operan al interior de la sociedad y que, como tales, parecen capaces de superar los límites propios de los meros controles, equilibrios y balances jurídicos formales. En los *Elementi* Mosca concluyó que

⁷Existen varias ediciones disponibles para consultar la obra de Mosca, una edición en inglés de *Elementi di scienza politica: The ruling class*; en español se editó una selección de esta obra hecha por Norberto Bobbio con el nombre de *La clase política*; además de *Historia de las doctrinas políticas*, donde dedica un apartado a la problemática de las élites. James Mieisel, *El mito de la clase gobernante*, reproduce un apéndice con lo que considera la última versión del propio Mosca sobre la teoría de la clase política.

la defensa jurídica integra a los mecanismos sociales y legales que regulan la disciplina del *sentido moral*, como él mismo definió al conjunto de su doctrina.⁸

El método propuesto por Mosca criticaba el supuesto en el que se había basado hasta entonces el estudio de la política al no echar mano de las verdaderas herramientas científicas. Como un signo de su época, Gaetano Mosca deploró el atraso de las ciencias sociales respecto a las ciencias de la naturaleza. Fue un convencido de la razón y la ciencia por lo que pretendió producir resultados exactos, aunque estaba consciente de no poder reproducir el método científico al estudio de la sociedad. Para tal fin, Mosca se apoyó en la observación directa, pero a diferencia del método científico que cuenta con la posibilidad de repetir los fenómenos estudiados, en las ciencias sociales el científico deberá basarse en la observación directa tal y como se presentan y desenvuelven los fenómenos.

Los hechos sociales, dice Mosca, suceden frente a nuestros ojos y muchas veces, son objeto de nuestra preocupación directa, sin embargo, ésta además de ser buena, requiere de otros elementos para completar su estudio. La información, sostiene Mosca, completará la formación del científico social al estudiar a las distintas sociedades humanas. Ambas cualidades, capacitarán al científico social para distinguir los acontecimientos importantes, lo digno de atención. Esta información la proporcionará el conocimiento histórico, pues sólo a través de él podremos hacer una verdadera ciencia social, como Mosca escribió en *Teorica dei governi*: “poseemos todos los hechos, tenemos sin duda los acontecimientos, sólo nos falta actuar de acuerdo con el dicho: ‘Quien tiene ojos, que vea’”.

La bruma que oculta la verdad sobre el hecho social se disipará bajo la penetrante mirada del científico, pues el hecho histórico, como cualquier dato físico pasará el análisis

⁸El sentido moral es “...aquel conjunto de sentimientos por los cuales la natural propensión de los seres humanos a explicar sus propias facultades y actividades, a satisfacer sus propios apetitos y su propia voluntad, a mandar y a gozar, se ve frenada por la compasión natural ante el daño que otros hombres podrían resentir”. *Elementi de scienza politica*: 125.

científico. En ese sentido, la revisión y crítica de la clasificación de los tipos de gobierno enunciados por Aristóteles⁹ deberá realizarse con los anteojos del método científico.

En su *Teorica dei governi*, Mosca reflexionó que esta clasificación de las formas de gobierno, hasta entonces universalmente aceptada, debería basarse en características esenciales, las más importantes del gobierno y no en "trivialidades" o apariencias. Siguiendo el esquema aristotélico, Mosca acepta que en todas las sociedades constituidas existe algo que genéricamente se llama "gobierno", *instancia donde se ejerce la autoridad* ya sea en nombre del pueblo, de una aristocracia o de un soberano. Sin embargo, Mosca fue más allá; al observar otro hecho no menos importante e indefectible: en cada forma de gobierno el ejercicio de la autoridad del Estado recae en una minoría, bajo la cual encontraremos al resto de la sociedad que *nunca* participará en el gobierno en ningún sentido, siendo una "clase gobernada".

En todas las sociedades, afirmó Mosca, aparecen dos clases, una que gobierna y otra que es gobernada. Esta relación de subordinación vertical, entre los que dirigen (los menos) y los que obedecen (los más) aparecerá en toda sociedad humana como una constante, perfilando una ley de la clase gobernante, es decir, los menos dirigen a los más.

Al afirmar esto, Mosca se apartó del pensamiento político convencional de su época ya que para él, lo realmente importante no estaba en la *forma* (Aristóteles) sino en el *fondo* de cómo se ejerce esa forma. En ese sentido, por ejemplo, la mayoría nunca gobierna, al mismo tiempo que el poder absoluto no lo ejerce un solo hombre. Sin embargo, Mosca tampoco pensó en la aristocracia en el sentido aristotélico, sino en una clase especial de personas que conforman al gobierno, que dicho sea de paso, gracias a la mayoría pueden ejercer esa función.

Pero ¿a qué se debe que una minoría ejerza tanta influencia sobre la mayoría? Mosca respondió que se debe a varios hechos:

⁹Es bien conocida la propuesta tipológica de Aristóteles: gobiernos democráticos, aristocráticos y monárquicos, donde la autoridad reside en la mayoría de los ciudadanos, en una clase limitada o en una sola persona, respectivamente.

El primero es que la superioridad moral prevalece, a la larga, sobre la cantidad y la fuerza bruta; el segundo —mucho más importante que el primero aunque menos conocido— es que una minoría organizada, actuando de consuno, triunfará siempre sobre la mayoría desorganizada sin voluntad ni impulsos comunes.¹⁰

El elemento moral es pues, la cualidad de la minoría gobernante, pero para que ésta sea eficaz necesitará una forma colectiva que proporcionará la *organización*. Quedaría por saber si esta moral es un efecto de su capacidad de organización (el llamado *esprit de corps*) o si la superioridad moral explica la fuerza irresistible de la organización.

En síntesis, la facultad de aplicar y ejercer la autoridad residirá siempre y en todas partes, en una clase especial; sus formas y elementos variarán de acuerdo a la época, cultura y lugar pero siempre con un fin: controlar a la masa de gobernados. Esta clase especial es lo que Mosca designó como “clase política”¹¹.

La clase política de Mosca diferirá del concepto tradicional de clase gobernante, aunque en muchos casos provengan de ella, porque constituye el núcleo organizado de los estratos superiores que ejercen el control como gobierno o sobre el gobierno. Así, por ejemplo, un miembro de una clase superior ocupará un lugar destacado en la sociedad pero sin gobernar necesariamente. En consecuencia, el poder o el ejercicio del poder, es necesariamente un poder organizado.

Para Mosca, la existencia de las élites es un hecho histórico comprobado, sin embargo, todavía quedará por responder ¿cómo surgen las élites? Tal interrogante parece inquietar a nuestro autor pues estima que “no sabemos, en general cómo se forman; mejor dicho cómo se formaron” en sus orígenes o por qué, añadiendo que lo único que se podría afirmar con razonable certeza es que “la fuerza bruta, la necesidad, y no la consideración

¹⁰*Ibid*: 19. En su obra sobre Mosca, Meisel observa lo que llama las tres “C” para toda élite: conciencia grupal (unidad de ser); coherencia (unidad de pensamiento); y conspiratividad (unidad de propósito). Meisel, *op. cit.* 16.

¹¹ “En lo sucesivo designaremos a esta clase especial con el nombre de clase política”, escribe Mosca en *ibid*. La conclusión del joven sociólogo tiene una gran deuda intelectual con otro pensador italiano, Maquiavelo, quien había escrito al respecto que “en todas las repúblicas, cualquiera que sea su organización, nunca hay más de cuarenta o cincuenta ciudadanos que alcanzan una posición que los autoriza a mandar”, véase *Discursos*: I: 16.

racional o el libre albedrío, impulsaron a los hombres a congregarse en grandes sociedades”.

La imposibilidad de rastrear el origen de las élites en la comunidad primitiva haría aventurar a Mosca que éstas surgieron a partir de cierta diferenciación primero al interior del propio núcleo familiar y después en los primeros grupos ampliados. Los primeros jefes de la familia primitiva, al agruparse en núcleos más amplios fueron dando origen a una organización social que desembocaría en el Estado. Estas cabezas de familia, al desarrollarse durante milenios, fueron convirtiéndose en la clase dirigente o política

A medida que los agrupamientos sociales toman forma entre las vicisitudes de la contienda, los fuertes, los gobernantes y jefes se unen y llegan de ese modo a formar la clase política o gobernante, mientras los demás, los elementos dirigidos, se funden en una masa de individuos sometidos y gobernados.¹²

Mosca no creyó que la fuerza bruta fuera el motor de la integración elitista, y por tanto, del desarrollo social humano; para él, la lucha por el predominio fue un subproducto de la unión y consolidación de las élites ya existentes. El poder, en esta fase de desarrollo, no es el producto colectivo de un proceso social que otorga la fuerza en la conducción de otros hombres; por el contrario, es esa misma conducción la que genera aquél. Mosca consideró que los menos gobiernan porque son fuertes y no porque el gobierno les dé fuerza, ésta proviene de la cohesión que origina la organización del grupo.

Un rasgo interesante de este proceso integrador de las élites es lo que Mosca llamó “fusión”. La integración de los elementos dirigentes puede quedar incompleta, debilitando su propia autoridad política; la acción individual continuará, mientras que cuando y donde es total, será “irresistible”. Es decir, el carisma del líder será reemplazado por la burocratización; cuando una clase política no se ha desarrollado del todo, el liderazgo fuerte y carismático cubrirá los aspectos que se encontrarán plenamente desarrollados en una sociedad madura.

¹²*Teorica dei governi*: 21; citado por Meisel, *op. cit.*: 47-48.

¿Cuáles son los elementos que configuran la cohesión de una clase política y, por tanto, su estabilidad y desarrollo? Si continuamos con el razonamiento de Mosca, el resultado de la formación de una clase política será consecuencia de un proceso de fusión de diversos elementos dirigentes.¹³

En este momento Gaetano Mosca introducirá otro elemento importante en su teoría al hablarnos de “fuerzas sociales” cuando afirma que la élite “absorbe muchas de las fuerzas sociales existentes”. Mosca entenderá por este concepto a todos los intereses y actividades que tienen pertinencia social en una etapa de desarrollo; añadió que serán codiciadas las cualidades que mejor satisfagan las exigencias de una civilización.¹⁴

El concepto de fuerza social permitirá a Mosca incluir el complejo proceso de relaciones entre los diferentes estratos sociales, para reflejar la lucha que inevitablemente tendrá que enfrentar la clase política que gobierna frente a otras fuerzas sociales que buscan, también, el predominio.

Mosca estableció que si existe una sola fuerza social, ésta suministrará los elementos a la clase gobernante; pero si existen varias fuerzas sociales, la clase política tendrá que reflejar a las más importantes —y que no se pueden hacer a un lado— para conformar un poder representativo. La representatividad de una clase política frente al conjunto de fuerzas sociales otorgará a aquella estabilidad frente a los embates de los grupos o fuerzas dispuestos a cuestionar el poder. En este último caso, Mosca consideró que la clase política tendrá que emplear cualquier medio de persuasión para absorber a estos grupos y atraerlos antes de combatirlos por la fuerza.

En apariencia, el poder se muestra como un asunto exclusivo de la clase gobernante que fluye hacia abajo; sin embargo, con la introducción del concepto de fuerzas sociales,

¹³Las élites son grupos coordinados, pero su consolidación ejerce un efecto desintegrador sobre las mayorías: el grupo más numeroso del cual ha nacido la nueva élite pierde su antigua solidaridad y se disgrega en átomos individuales. Lo interesante de este proceso es que esta mayoría sigue originando articulaciones nuevas, es decir, nuevas élites. Véase Meisel, *op. cit.*: 48.

¹⁴*Ibid.*: 21. Por ejemplo, en la sociedad primitiva será preferido el guerrero o cazador hábil; posteriormente la fuerza irá perdiendo atributos para pasar al terrateniente, al comerciante y en épocas recientes al técnico o gerente.

Mosca percibirá el fenómeno del poder más allá de quien gobierna, tornándose como un flujo circular, canalizándose pero de ninguna manera conteniéndose.

Para un ejercicio adecuado del poder, la clase política requerirá de la libre cooperación a su interior, pues el incentivo para ingresar en una clase dominante es y debe ser, no la compulsión, sino la pasión natural del hombre por el poder y las ventajas que le acompañan.

La clase gobernante no es un estamento cerrado, sino abierto para todos aquellos con capacidad. Anticipando la elaboración de la paretiana circulación de las élites, Mosca nos acercará a otro concepto fundamental de su pensamiento: la obediencia política. Para Mosca no será fácil explicar y justificar la sumisión política si se presupone haberla sancionado inicialmente, ya que esta fórmula implica equiparar autoridad con superioridad.

El acatamiento de la autoridad, la renovación y circulación de los miembros de la clase política tienen mucho que ver con la elaboración de lo que Mosca denominó “fórmula política”, que permitirá equiparar autoridad con superioridad. Pero, ¿cuál es el derecho que permite ejercer la autoridad?

La respuesta de Mosca se encaminará a explicar la supuesta “superioridad”, en el sentido literal de la palabra, de quienes gobiernan. Esta superioridad se debe, apunta en *Teórica*, a que cada miembro de la élite posee “un mérito o cualidad al cual su respectivo grupo asigna gran importancia”. Este mérito o cualidad toma relevancia porque no todos poseen o pueden poseer esa cualidad superior. La aparición de esa esencia moral es una de las características distintivas de la clase gobernante.

La índole de la superioridad moral varía según la época y país, por lo que no se puede establecer un criterio único para la formación de la clase gobernante, así como su admisión en ella. Mosca consideró que el factor decisivo estará en la necesidad fundamental de la sociedad en una determinada etapa de su evolución. La “virtud” de la

élite, en cada época y país, estará en su capacidad de cumplir con una función social esencial, que a su vez será la de o las fuerzas sociales más importantes de la sociedad.¹⁵

En la prerrogativa para gobernar, ya sea por linaje, riqueza o mérito, toda clase política tratará de afianzar y perpetuar sus derechos de dominación por medio de leyes. Una vez que se legalizó el privilegio de gobernar¹⁶ la élite podrá gozar de una estabilidad que mantendrá siempre que conserve las cualidades que la llevaron al poder.

El proceso de consolidación y conservación del poder no se mantendrá indefinidamente; tarde o temprano esta situación estará destinada a cambiar, como escribe Mosca:

Cuando la aptitud de dirigir y ejercer el control político deja de ser patrimonio único de los gobernantes legales y pasa a ser bastante habitual entre otras personas; cuando fuera de la clase gobernante se forma otra clase que se ve privada del poder pese a ser capaz de compartir las responsabilidades del gobierno, esa ley se ha convertido en un obstáculo en el camino de una fuerza elemental, y debe ser eliminada de un modo o de otro.¹⁷

Es interesante notar el reconocimiento que hizo Mosca a la capacidad de gobernar de otros elementos sociales que no pertenecen a la élite que manda. Claro está que no pensó en una clase en el sentido convencional sino en lo que en términos marxistas llamaríamos una “vanguardia”, cuajada en una nueva clase política dispuesta a gobernar.

El por qué del cambio entre las élites que gobiernan fue explicado en términos de la decadencia de éstas en relación a los intereses que representan y a la dinámica de las fuerzas sociales, que son capaces de crear sus propias “vanguardias” que aspiran a

¹⁵Nuestro autor estableció las distintas virtudes necesarias para gobernar de acuerdo al estado evolutivo de la sociedad y que van de las cualidades militares, religiosas, comerciales, hasta las necesarias para dirigir un Estado moderno.

¹⁶Se refiere a los mecanismos de reclutamiento que se irán modificando de acuerdo a las circunstancias de cada sociedad, la cual evoluciona invariablemente hacia formas abiertas de reclutamiento.

¹⁷ *Teórica*, en *ibid*: 30-31.

gobernar y retar a ese poder que los excluye, ya sea legal o ilegalmente. al respecto Mosca estableció que:

Cuando una clase incluye a todos los elementos dominantes de una sociedad, puede actuar de esa manera con impunidad; sin embargo, con el transcurso de los siglos, le resultará difícil impedir que se formen elementos dominantes fuera de la clase gobernante existente y excluirlos legalmente del poder sin desencadenar una lucha.¹⁸

EL RECLUTAMIENTO

Mosca estableció, a partir de esta observación, varios matices a su trabajo. El descubrir esos mecanismos que permiten mantener la posición privilegiada, no implica que ésta desaparezca ni que las ventajas derivadas de esa posición se modifiquen. Para él, la élite genera sus propios mecanismos de reproducción al facilitar a sus miembros contactos útiles y un clima propicio que para alguien fuera de ella resultará difícil de obtener.

Este proceso fue denominado como “enfeudación”, y tiene una razón de ser en la conformación de una élite pues, advierte Mosca, la idoneidad para ocupar un cargo importante se adquiere con mayor facilidad si se ha estado familiarizado con él desde la infancia. En los *Elementi* razonaría que:

No es tan seguro [...] que fuera enteramente benéfico para la colectividad eliminar todas las ventajas del linaje en la lucha por ingresar en la clase dominante y ocupar una jerarquía elevada en la jerarquía social. Si todos los individuos pudieran participar en la pugna en iguales condiciones, la disputa se intensificaría hasta el frenesí [...] Es muy posible que ciertas cualidades morales e intelectuales [...] requieran, para desarrollarse y ejercer su influencia, que las mismas familias en ocupaciones sociales relativamente elevadas durante varias generaciones.¹⁹

¹⁸*Ibid*: 31. La lucha se libra, entonces, entre la antigua élite, que ya no incluye a la “vanguardia” emergente y los nuevos intereses sociales que la primera omitió representar.

¹⁹Véase la versión inglesa de los *Elementi*, *Rulling Class*: 419.

Sin embargo, Mosca consideró como un principio fundamental que determina el reclutamiento de la clase política, el logro del "mérito". Éste, abarca todas las aptitudes especiales que permitirán a un hombre desempeñar adecuadamente una función de responsabilidad, en cuanto a conocimientos, inteligencia, y carácter. Esta debe ser la característica fundamental, en el reclutamiento elitista, de toda sociedad madura; en una sociedad de ese tipo, la riqueza y el privilegio no bastarán por sí mismos para mantenerse o acceder al grupo selecto.²⁰

El "equilibrio social", entonces, no será la codificación de una situación de poder determinada, sino la suma de nociones compartidas por todos, sobre todo en lo que se refiere a la capacidad directiva que se ha ampliado al interior de la propia clase gobernante.

El conocimiento es para Mosca, una nueva "fuerza social" que forma parte de la élite gobernante, reconocido más o menos oficialmente, ya que al igual que la riqueza o el linaje, no se imponen por sí solos. Los miembros de la élite del mérito, a su vez, integrarán una "segunda capa" que, equivale a decir que la *intelligentsia* es, y está destinada a seguir siendo un elemento subsidiario de la clase política, pero esta circunstancia no disminuirá la importancia de la nueva élite del mérito, ya que los elementos provenientes de sus filas son los que componen, precisamente, la segunda capa de la clase dominante, como lo señala Mosca al escribir: "...la estabilidad de cualquier mecanismo político depende del nivel de moralidad, inteligencia y actividad alcanzado por este segundo estrato".²¹

Aunque un pequeño grupo de dirigentes de alto nivel puede atribuirse la soberanía legal del Estado, dependerán de las habilidades y buena voluntad de este segundo subgrupo más numeroso, que es algo más que un instrumento, puesto que la continuidad

²⁰Y esto se debe, escribe Mosca, no solo a que en esa sociedad los sentimientos de igualdad y justicia social —innatos, dicho sea de paso en el hombre— se han fortalecido más, sino también, y principalmente, porque los elementos científicos y técnicos están ahora más desarrollados", *Ibid*: 133.

²¹Citado en Meisel, *op. cit.*: 58.

del régimen se basará en el funcionamiento de la élite secundaria. Si este grupo se disgrega, tampoco el régimen superior podrá seguir funcionando.

La selección de la élite, en sociedades avanzadas, no se basa en un criterio único, con exclusión de los demás. Las combinaciones potenciales, describió Mosca, dependerán del grado de desarrollo alcanzado por esa sociedad en particular. Las combinaciones son un elemento variable, mientras que la constante lo representa el hecho de que “en todas las sociedades, las funciones políticas son encomendadas a una clase especial”. Tres elementos, sin embargo, aparecen en todos los sistemas de selección: valor militar, riqueza económica y preparación intelectual. Mosca consideró que.

A través de las épocas, la historia política de la humanidad, de todas las naciones y civilizaciones, puede ser resumida en dos partes: debemos tener en cuenta, por un lado, el grado de coordinación existente entre las diversas clases políticas, la magnitud de los recursos concentrados en sus manos, y la fuerza real de su acción colectiva; por otro lado, las diversas fuerzas que integran dichas clases, los métodos específicos por los cuales imponen su dominio, sus luchas y antagonismos, sus maniobras, cambios y negociaciones.²²

El estudio de la clase política consideró, entonces, en una primera parte, la homogeneidad y, en una segunda, la diversidad, que se complementarán como dos caras de un mismo fenómeno: “La movilidad de las sociedades humanas depende por completo del continuo cambio en la relación de los factores”, escribe Mosca al plantearnos su opinión sobre el proceso histórico de las sociedades humanas. Resalta las consideraciones del “equilibrio dinámico” que debe guardar toda estructura social, entre la unidad y la diversidad, para no llegar a la disolución misma del Estado.²³

²² *Teórica*, en *ibid.*: 35.

²³ Por eso Mosca considerará que “...si se fortalecerán o debilitarán, sus disturbios y disensiones internas que, en la mayoría de los casos, tienen consecuencias saludables, pero que también podrían llegar a despedazar la estructura social, conduciendo al derrumbe y la disolución”, *ibid.*.

LA FÓRMULA POLÍTICA

Ninguna clase política, cualquiera que sea su constitución, proclamará abiertamente que gobierna porque... "sus miembros son los más aptos para gobernar". En cambio, procurará siempre justificar su poder sobre la base de una abstracción "que llamaremos *fórmula política*". Cuando se dice que todos los funcionarios derivan su autoridad del soberano oficial, quien a su vez, la deriva de Dios, se utiliza una fórmula política"; otra versión se expresa en la frase de que "todo el poder reside en el pueblo". Así definió Gaetano Mosca el contenido de la fórmula política. Para él, ésta es la justificación de los gobernantes, situación que hay que considerar como otro "hecho" histórico que va más allá del mito o del reflejo ideológico, ya que responde a una "necesidad humana". A primera vista, sostenía Mosca, nos parece una mistificación palpable, sin embargo, la fórmula política tendrá su importancia que "bien documentada como un hecho constante de la historia, debe responder a una verdadera necesidad de la naturaleza humana".²⁴

La fórmula política propuesta por Mosca implicará ir más allá de las tesis sostenida hasta entonces por la falsa conciencia de Marx, el mito político de Sorel y la derivación de utilidad social de Pareto. La fórmula política para Mosca es eso y además la respuesta a una exigencia psicológica inherente al ser humano, por encima de la estructura social.

Esta naturaleza psicológica es "el anhelo del hombre de creer que es más fácil someterse a un principio abstracto que a otro hombre, que lo gobierne porque sabe cómo gobernar". Si aceptamos esa tesis de la necesidad de un mito para poder gobernar, la

²⁴ "Todas las fórmulas, escribe Mosca se dirigen a los sentimientos, aunque puedan reforzarse con argumentaciones pseudo racionales. La creencia en una fórmula nunca se basa en su plausibilidad esencial, al contrario, su plausibilidad se basa en el hecho que tenemos fe en ella". En otra parte, argumentaría: "La fórmula política debe fundarse sobre sentimientos y creencias más fuertes, específicas del grupo social en el cual está en vigencia, o al menos de la fracción de este grupo que tiene la preeminencia política". Véase *La clase política*: 133.

fórmula política de Mosca cumplirá la función de hacer aceptable el “hecho”, crudo y por demás natural, de que unos gobiernen a otros.

Mosca observó que a lo largo de la historia humana se han utilizado muchas fórmulas políticas; éstas, sin embargo, podrían resumirse en dos categorías principales: las que están basadas en creencias sobrenaturales y las que lo están en principios racionales.

La aceptación de una fórmula política no es el resultado de una simple imposición, pues cualquier clase gobernante ejercerá su control a través de un complejo proceso donde participan todas las fuerzas sociales:

Los componentes políticos de la sociedad nunca son muy estables; cambian de modo continuo a medida que se modifican las condiciones socioeconómicas y el nivel de civilización de un pueblo. Ahora, con nuevos elementos siempre dispuestos a incorporarse a la clase gobernante y planteando sus exigencias bajo el emblema de una nueva fórmula, resulta bastante fácil inferir qué cambios han de producirse en la constitución de la clase gobernante sobre la base de los cambios de la fórmula.²⁵

Para Mosca, el examen de la fórmula política nos permitirá percibir el cambio social, aunque éste, claro está, nunca será causado por el mito (fórmula política) y la creencia en él. Mosca aclarará que la fórmula política no determinará la formación de la clase gobernante, por el contrario, ésta adoptará la fórmula más ventajosa a sus necesidades.

Toda clase gobernante, en síntesis, tiene sus fórmulas políticas y mitos que son parte integrante de la estructura de poder, por lo que debemos tratarla como otro “hecho” más observable, aunque no sea fácil de medir.

En las siguientes páginas, veremos esas fórmulas políticas y mitos en la estructura de poder de Cuba en su historia contemporánea. Estudiaremos, desde la óptica de al

²⁵ *Ibid.*: 135.

fórmula política la génesis de la élite revolucionaria cubana, en su etapa liberal y nacionalista, para, en una investigación posterior, considerar su afianzamiento y desarrollo en otro plano, es decir, bajo otra fórmula política, que encaminó a los cubanos hacia un nuevo derrotero signado por el socialismo.

indispensables. La industria, en todo tiempo, ha cubierto las necesidades del consumo local de azúcar, pero aunque dicho consumo sea muy alto "per capita", la corta población de Cuba sólo ha requerido y requiere una parte proporcional pequeña de la producción azucarera cubana.³

El crecimiento de la industria se encontró en la posibilidad de abastecer a un mercado internacional cada vez mayor, como lo mostró la experiencia francesa en las Antillas. El Santo Domingo francés fue el principal productor mundial de azúcar y café del mundo hasta que en 1791 una revuelta de esclavos acabó con esta "azucarera" del Caribe. El azúcar cubano encontró, entonces, el camino para convertirse en una fuente de riqueza como lo fueron los metales preciosos en otras partes de América.⁴ La expansión del cultivo de la caña de azúcar se convirtió en un hito importante en el desarrollo global de Cuba, pues permitió crear, por primera vez, una élite local capaz de empezar a articular las necesidades sociales y espirituales de una sociedad en formación, como era la cubana de entonces.

A la cabeza de este proceso, o al menos como su figura más representativa, encontramos al ya citado Francisco Arango y Parreño: hacendado azucarero, comerciante y funcionario colonial (miembro del Consejo de Indias), quien se encargará de presentar y exponer el interés de la élite criolla ante la metrópoli española. Arango buscará y propondrá una serie de reformas de carácter económico para la floreciente industria azucarera de Cuba a cambio de continuar con el dominio político peninsular. Esa será la "fórmula política", que encontró Arango para librar las primeras batallas de la élite criolla: "Esa ha sido y será siempre

³Ramiro Guerra y Sánchez, *Industria azucarera*: 180, citado en Roland T. Ely, *Cuando reinaba su majestad el azúcar*, Buenos Aires, Ed. Sudamericana, 1963, p. 54.

⁴Al enterarse de los sucesos de Haití, Arango y Parreño se encontraba en Madrid, donde de inmediato contactó a las autoridades indicadas para exponerles su proyecto de convertir a Cuba en el principal productor de azúcar del mundo. Escribió en 1792 un ensayo titulado *Discurso sobre la agricultura de La Habana y los medios para fomentarla*, donde propuso la modernización de la estructura agroexportadora y la liberalización del comercio azucarero, una vez satisfecha la demanda española. "Cuba, afirmó Arango, no tiene otra alternativa que ésta: o perecer o poder vender su azúcar al extranjero sin interrupción ninguna", pues el azúcar se convirtió en el eje de toda la organización económica cubana. Las autoridades adoptaron en buena medida las propuestas del habanero pero tardaron en aplicar la liberalización total del comercio hasta que las circunstancias geopolíticas europeas obligaron a ello. Véase Guerra, "Reseña"..., pp. 210-214. El texto citado de Arango puede consultarse en Javier Rodríguez (comp.), *Cuba*, México, Instituto Mora Universidad de Guadalajara Nueva Imagen, 2v, I, pp. 93-112 y Beatriz Bernal (comp.), *Cuba: fundamentos de la democracia. Antología del pensamiento liberal cubano desde fines del siglo XVIII hasta fines del siglo XX*, Madrid, Fundación Liberal José Martí, 1994, pp.45-67.

mi profesión de fe en la presente materia: defender con todo vigor los derechos de esta Isla y sostener con el mismo su unión con la Madre Patria".⁵

La búsqueda del consenso con España era necesario, desde la óptica de Arango, para abrir los espacios indispensables que requería el ciclo económico del azúcar, en este periodo el libre comercio y la esclavitud. Es decir, la élite se conformó en torno al problema de la propiedad. En este sentido, la élite criolla enfatizó el elemento económico más que el político; por eso, de alguna manera, asumió un papel preponderante instituciones que no tenían un carácter eminentemente político como la Sociedad Económica de Amigos del País y el Real Consulado de Agricultura y Comercio, fundados en 1793 y 1794 respectivamente, donde las posturas e intereses locales se expresarán libremente.

La creación de una élite no podrá desembocar en una clase política que gobierne mientras los elementos de aquella no completen su integración con los intereses de la nación, es decir, donde estén representadas las fuerzas sociales que la conforman. Este supuesto no se dio en Cuba por la comunión de los intereses económicos del grupo económico más dinámico, el azucarero, con los intereses comerciales españoles.⁶ Estos intereses serán los que le darán el perfil al país y, por lo tanto, aparecerán como los intereses nacionales, en ese momento, todavía en formación; toda la estructura social cubana girará en torno a la estructura azucarera, permeándola hasta hacerla parecer como su obra.

El caso cubano fue atípico, en este sentido, pues ahí encontraremos una élite local integrada al sistema colonial que le permitió, por algún tiempo, seguir su desarrollo. No fue extraño, tampoco, que lucharan por mantener este *status*, aun a costa de su propia

⁵Escribió Arango en "Al público imparcial de esta isla"; más adelante apuntó: "...yo seguiré imperturbable cumpliendo con lo que debo a mi patria y nación. Solicitaré para aquella, con constancia y con denuedo, todas las ventajas posibles, y me valdré de ese medio y cuantos estén a mi alcance para hacer indisoluble su unión con tan digna madre". Véase Sergio Aguirre, *Nacionalismo y nación en el siglo XIX cubano*, La Habana, Ed. Ciencias Sociales, 1980, pp. 100-101.

⁶Durante el periodo del crecimiento del sistema azucarero, fue muy común que funcionarios coloniales se interesaran por el desarrollo de esa industria, atraídos por la persuasión de los hacendados locales. La asociación de altos funcionarios coloniales con hacendados locales, ya sea en la trata de esclavos o las plantaciones propiamente dichas, hicieron que los planteamientos de la élite local ante la corona tuvieran interlocutores que velaran por sus intereses. Por ejemplo, el capitán general Luis de las Casas se convirtió en flamante propietario del ingenio azucarero "La Amistad" cuando le fue "regalado", al poco tiempo de haber arribado a la isla.

subordinación política al no romper el lazo con España. Al preguntarse la posibilidad de implantar un Estado soberano, Arango estableció un paradigma político que la élite local tardó en superar el resto del siglo, al condenar a la minoría de edad a los cubanos:

...si en su infancia y aun en su adolescencia, se conserva en un estado de subordinación y quietud en que se conserva el hombre que quiere ser algo después; pero si se trastorna este orden, le tocará de seguro la suerte que al joven incauto, que antes de tiempo quiere gobernarse por sí mismo, y dar rienda suelta a sus pasiones: le sucederá mucho más; porque éste al menos no tiene lejos ni cerca enemigos que le ataque, y Cuba los tendrá sobre sí de diferentes clases en el momento en que trate de cualquier revolución.⁷

El contexto hispanoamericano de las guerras de independencia, traerá algunas alteraciones que no modificarán el ambiente cubano: de 1820 a 1830, encontraremos en la isla una serie de conspiraciones por la independencia que no alterarán la relación establecida en el inicio del periodo del auge de la industria azucarera, y es que dichas conspiraciones no contaron con la participación de la élite.⁸ La comunidad de intereses económicos entre ésta y el sistema colonial español todavía no se había alterado.

Sin embargo, la modernización del sistema de producción del azúcar sí modificará esta relación. La mecanización del proceso de obtención del dulce alterará uno de los elementos de la ecuación ideada por Arango y Parreño: la mano de obra esclava. Los efectos de la revolución industrial condicionarán la permanencia de este elemento en la estructura productiva del azúcar en muy poco tiempo, además de un cambio radical en las condiciones internacionales que propiciaron el auge azucarero en Cuba: el surgimiento de otros centros productores y la aparición de la remolacha como fuente alternativa. A este contexto se añaden las crecientes

⁷Véase "Reflexiones de un habanero sobre la independencia de esta isla", en Aguirre, *op. cit.*, p. 102.

⁸Entre los intentos conspirativos por la independencia durante este periodo, encontramos la de 1809 encabezada por Román de la Luz; la de Soles y Rayos de Bolívar (1821-1823); la de Frasquito Agüero y Andrés Manuel Sánchez (1826); la del Águila Negra (1828-1830). Ninguna de ellas alcanzó una repercusión importante en la vida cubana, abriendo un largo periodo de relativa tranquilidad política hasta 1868. Cabe mencionar que hubo otros que no fueron motivados directamente por el anhelo independentista, como las rebeliones de los vegueros al principio del siglo XVIII o los intentos antiesclavistas como el de Aponte en 1812. Véase Mariano Benítez Veguillas, "Cronología de conspiraciones", en Javier Rodríguez, *Cuba, II*, pp. 67-69.

limitaciones que el gobierno español impuso a la producción cubana a través de altas tasas impositivas para la exportación e importación.

Roto el equilibrio entre los intereses locales y los de la metrópoli, se iniciará un largo periodo de choques y fricciones que terminará con la primera guerra de independencia en 1868, encabezada por un amplio sector de la élite azucarera, cuando ya era imposible mantener esa comunidad. Hasta entonces, la élite local verá frustrados todos sus intentos por encontrar el equilibrio que Arango y Parreño proyectó. Las propuestas de reformas, como las encabezadas por la Junta de Información a mediados de la sexta década del siglo pasado, no encontraron interlocutor entre la parte española que hiciera posible ese equilibrio.⁹ El camino reformista y gradual mantenido por la élite local dejó de tener sentido para muchos de ellos, quienes se convencieron de la inminencia de la ruptura de los lazos con la Madre Patria.

En este contexto no será extraño que las tradicionales divisiones sociales entre "españoles" y "criollos", aparecieran descarnadamente, dividiendo y fragmentando no sólo a la élite, sino a toda la sociedad por "estamentos" de acuerdo con su origen de nacimiento y raza. Así, los dos estamentos principales de la élite, criollos y peninsulares, dividieron el control en áreas específicas. Los criollos si bien dominaban económicamente no tenían una correspondencia en lo político, reservado a los peninsulares. Los primeros tenían plena libertad de empresa pero no de política, exclusiva para los nacidos en España. Esta situación creará una élite local contrapuesta a la peninsular; que poco a poco irá tomando conciencia de su papel como el elemento destinado a dirigir al país.

En sus observaciones sobre la Cuba colonial del siglo XIX, un médico de apellido Wurdermann, nos dejó una descripción de la estructura social de la isla en esta época. Apuntó que el país se dividía en tres grandes clases, la primera dominaba las altas esferas políticas,

⁹La Junta de Información para la Reforma de Cuba y Puerto Rico, fue un movimiento reformista destinado a promover en España alternativas económicas y políticas para ambas islas. Propuso reformas que hicieran posible la separación del sector agrícola del fabril en la industria azucarera, permitiendo incorporar el trabajo libre a esta actividad; la abolición de la esclavitud, el fomento a la inmigración blanca; así como la abolición de los aranceles de importación y exportación. El intento de la Junta era la de preparar el terreno para una transición paulatina de las bases de producción azucarera como lo demandaban los tiempos que corrían. Véase "La esclavitud en la Junta de Información de 1865", en Javier Rodríguez, *Cuba, II*, pp. 137-145.

militares, clericales y comerciales isleñas y estaba reservada a los nacidos en España; la segunda clase era la de los criollos, generalmente los hacendados, agricultores, abogados, quienes eran “sistemáticamente excluidos del ejército y de la alta administración civil”; por último, los mulatos y negros libres.¹⁰

La exclusión de la élite criolla de los asuntos públicos fue creando una situación explosiva, como en otras colonias españolas en América, dejando a los cubanos sin voz ni voto en su propio país. Esta era la política colonial aplicada hasta que el general José Gutiérrez de la Concha llegó por primera vez a Cuba como capitán general en 1850,¹¹ e inició un paulatino acercamiento con los criollos adinerados. El razonamiento del general Gutiérrez se basaba en la todavía reciente experiencia de la independencia de las colonias continentales de España; y en el temor de que una política represiva deteriorara aun más las tensas relaciones entre criollos y peninsulares. La labor de Gutiérrez de la Concha fue tal, que restableció el sentido de pertenencia de la élite criolla hacia el mantenimiento del sistema como en la mejor época de Arango y Parreño. Uno de estos criollos convencido de la política de Gutiérrez de la Concha, escribió:

Creo que el gobernador va a obtener concesiones para la isla. En caso de que salga airoso no tendremos nada que temer, porque la unión hace la fuerza. Muchos se han puesto del lado del gobierno [...] de su política conciliadora de diferencias. No dudo que se estrecharán los vínculos entre los viejos españoles y los criollos. Esta última palabra ya no se usa más. La palabra del día es “españoles cubanos”.¹²

El conservadurismo criollo, sin embargo, no tenía su única fuente en esa política conciliadora del capitán general Gutiérrez de la Concha, esta tendencia era una parte

¹⁰Véase Roland T. Ely, *Cuando reinaba su majestad el azúcar*, pp. 654-55. Lo apuntado por Wurdermann hacía resaltar un elemento importante por lo que falta: en esta escala ¿qué lugar tenían los negros que seguían en condición de esclavos? El problema de la esclavitud, al parecer, durante esta época no preocupó mayormente a los miembros de las élites criollas y peninsulares, quienes no lo consideraron un elemento constitutivo de la sociedad cubana, al ser producto de la propia dinámica azucarera. Para un análisis detallado sobre la contradicción entre la exclusión de los esclavos y el discurso liberal de muchos miembros de la élite local, consúltese Raúl Cepero Bonilla, *Azúcar y abolición*, Barcelona, Ed. Crítica, 1976.

¹¹Los otros periodos en los que De la Concha fue Capitán General en Cuba fueron 1854-59 y 1874-75. El primer periodo terminó en 1852.

¹²J.M. Morales (La Habana) a Henry A. Coit (Nueva York), 1 de octubre de 1851. Citado en Ely, *op. Cit.*, p. 659.

importante de la visión del mundo, y de su país, que tenía la élite criolla. Para la mayoría de ellos, Cuba era una plantación que debía cuidarse como un negocio de cuya fuente dependía la riqueza de todos ellos; la isla no era una nación, sino una factoría.

No es otra la explicación que encontramos ante el sistema de exclusión practicado —y muchas veces acentuado— por los sucesores de Gutiérrez de la Concha en Cuba, y al que fueron sometidos los criollos cubanos.¹³ Si bien existía un sentimiento de resentimiento y despecho de los criollos respecto a España, casi ningún miembro de la élite local estaba dispuesto a arriesgar su fortuna en la aventura política por la independencia. Los visitantes extranjeros observaron bien esta situación: la élite criolla era contraria a la independencia política por la inestabilidad que traería hacia el comercio. Los hacendados y comerciantes cubanos compartían el rechazo hacia el costo de la independencia por “el natural temor a cambios radicales que no podrían efectuarse sin profundos y peligrosos sacudimientos”, como justificó Ramiro Guerra.¹⁴

En este sentido, es ilustrativa la reacción de los hacendados azucareros de origen criollo con el intento de Narciso López¹⁵ por liberar a la isla del dominio español. López unificó a la élite de hacendados criollos y comerciantes peninsulares pero en su contra, no contra los españoles, como era su intención. Los intereses comerciales temblaron ante lo que

¹³Por ejemplo, en 1851, hubo casos de criollos acaudalados que buscaron salir a cualquier precio de la isla, al comprobar la desaprobación del gobierno a las medidas recomendadas por Gutiérrez de la Concha y por el contrario “...adoptar medidas contra los habitantes para preservar la dominación de España en la Isla, medidas que si se ponen en ejecución soliviantarán los ánimos y traerán la ruina para todo el país. Tal estado de cosas ha causado tanto disgusto entre nuestra gente principal, que varios que poseen mucha propiedad están resueltos a obtener por ella lo que puedan y abandonar la Isla”, escribió nuestro desilusionado cronista J.M. Morales. Véase *ibid.*, p. 660.

¹⁴Amen de esta consideración, Guerra apuntó otros: “...el vínculo racial, la comunidad de idioma, las tradiciones y afectos familiares, la cultura fundamentalmente europea de la clase ilustrada cubana, el espíritu conservador semifeudal y aristocrático de los hacendados —la clase dominante en la isla— la fuerza que se reconocía a la metrópoli, la influencia del número considerable de españoles arraigados en Cuba...”, Ramiro Guerra y Sánchez, *Manual de historia de Cuba*, La Habana, Ed. Huracán, 1963, p. 427.

¹⁵Narciso López fue un militar criollo de origen venezolano, que alcanzó el grado de mayor general en el ejército español; intentó dos veces iniciar un levantamiento militar por la independencia de Cuba, la primera en 1850 logrando capturar la ciudad de Cárdenas, la segunda al año siguiente; apresado y llevado a La Habana fue ejecutado. Véase la obra de Herminio Portell Vilá, *Narciso López y su época (1850-1851)*, 3v, La Habana, 1958.

consideraron la repetición de la experiencia francesa en el Caribe, cuando la población negra se rebeló acabando con la industria y comercio azucareros.

El ya citado Wurdermann, observó: “Una revolución de blancos no podía ser llevada a cabo con perspectivas de éxito, a menos que estuvieran unidos entre sí, cosa que sólo podía producir la emancipación de esclavos, que estaba en el aire, puesto que por ella se arruinaría el hacendado, y con él el comerciante”.¹⁶

Para la élite económica si la independencia era sinónimo de abolición de la esclavitud sin más, aquella significaba el desastre nacional. El mantenimiento del papel productor de Cuba, era mucho más importante que cualquier otra cosa. Los representantes de estos intereses se agruparon en torno al capitán general de Cuba para preservar el *statu quo*, como señaló un hacendado de la época a su contacto comercial en Nueva York:

Acabo de volver de una reunión que una comisión especial de doce personas (de las que yo formaba parte) sostuvo con el capitán general para manifestarle la buena disposición de todos los comerciantes, hacendados y gente (sic) espectral en general. Nos respondió que se han tomado todas las precauciones para la defensa de la isla, y que si nuestra ayuda era necesaria se tomaría en cuenta.¹⁷

Una viajera de origen nórdico, Fredrika Bremer, que estuvo en Cuba entre las dos intentonas independentistas de Narciso López, escribió que muchas familias de los hacendados estaban preparadas para huir de la isla al primer estallido de mayores disturbios y, añadía, para justificar esta actitud de los criollos, que si bien éstos estaban resentidos contra los españoles eran muy débiles “para llevar a cabo su propia liberación, y [además] temen a los negros”.¹⁸

Para ese entonces, se imponía la siguiente interrogante: si no había independentismo político entre la élite local, ¿cómo se articulaba el antihispanismo?

Sería injusto afirmar, además de inexacto, que no hubo corrientes de opinión a favor de la independencia de España. Sin embargo, las voces del nacionalismo cubano como la de Félix

¹⁶Citado en Ely, *op. cit.*, p. 662.

¹⁷Carta de J.M. Morales (La Habana) a Henry A. Coit (Nueva York), 20 de octubre de 1850. Citado en *ibid.*, p. 663.

¹⁸*Ibid.*, p. 604.

Varela, José Ma. Heredia y Sosé Antonio Saco no pudieron aglutinar el interés general de la clase dominante. Una vez cerrado el camino reformista, la élite se debatió en tres derroteros: el de la continuidad colonial, el independentista y el que miraba hacia los Estados Unidos pensando en una posible anexión. De las tres, la última opción apareció insistentemente como una corriente de opinión influyente en el conjunto de la élite criolla.

Desde el segundo tercio del siglo XIX, los Estados Unidos se convirtieron en el modelo que podría cobijar la continuidad de la estructura agro exportadora del azúcar, basada en la plantación con mano de obra esclava como lo hacían los estados del sur hasta antes de la guerra de secesión. Una parte de la élite criolla vio en los Estados Unidos a un garante tanto contra la dominación española, como ante la posibilidad de una insurrección interna de la población de color. Adicionalmente, y de manera importante, se podría asegurar, el mercado que había posibilitado la expansión económica de la isla. Así, las crónicas de los viajeros y visitantes norteamericanos a Cuba tocarán este asunto como si fuera el más importante en la agenda política de los cubanos. En 1849, William Cullent Bryant, escribió desde La Habana que a los criollos les gustaría ver a la isla anexada a Estados Unidos, pero, se lamentaba, dudaba que hicieran esfuerzo alguno por emanciparse recurriendo a las armas. Diez años después, otro norteamericano, Anthony Trollope, observó la misma tendencia de desear romper los vínculos con España pero "ningún cubano hará algo para que este deseo se realice. Querer es una cosa y actuar es otra. [Al cubano] le gustaría que Cuba fuese norteamericana, pero preferiría estar tranquilamente acostado mientras la peligrosa transferencia se lleve a cabo".¹⁹

Los sueños anexionistas carecerían de cualquier viabilidad después de la guerra de secesión, al cerrarse cualquier posibilidad de que una estructura económica como la cubana se integrara a la de los Estados Unidos. Al mismo tiempo que, desde España, soplaban vientos que calmaron las inquietudes criollas al garantizarse en la nueva constitución española, propuesta por Olozaga en 1855, todos los derechos a la propiedad privada, donde se incluía a los esclavos. Esta disposición, como apuntó Ramiro Guerra, tranquilizó a los grandes

¹⁹Ely, *op. Cit.*, p. 666.

propietarios de Cuba, criollos y peninsulares, disminuyendo entre ellos las veleidades anexionistas o separatistas, reforzando en cambio el sentimiento conservador de la gran mayoría de los mismos.²⁰ Sin embargo, el vaivén de la política metropolitana no permitió una continuidad y estabilidad en los signos conciliatorios que a veces se enviaban desde Madrid. Las fricciones entre los intereses locales y los metropolitanos se hicieron más fuertes, afectando a importantes miembros de la élite local que persistieron en sus ideas liberales, sufriendo persecución, encarcelamiento y aun expropiación de sus bienes por parte de las autoridades coloniales, sobre todo cuando sobrevino el primer intento de independencia en 1868. Algunos de los más ricos, como Miguel de Embil y Miguel de Aldama, chocaron con las autoridades coloniales por mantener sus posturas liberales a favor de la independencia. Aldama, por ejemplo, perdió su fortuna, muriendo en La Habana en 1888 en la pobreza extrema; otros menos conocidos tuvieron que pagar el mismo precio por considerárseles demasiados liberales.

AUTONOMISMO E INDEPENDENTISMO

La poca visión de la política española respecto al futuro de las relaciones con Cuba y la lejana posibilidad que los Estados Unidos se interesaran en el proyecto anexionista, llevó de la mano a plantear la salida radical de la independencia el 10 de octubre de 1868.

Encabezada por uno de sus miembros más prominentes, Carlos Manuel de Céspedes, la élite local se jugó su destino por liberarse de las trabas que paralizaban su desarrollo. Hacendados y profesionales acomodados serán los jefes naturales de este proceso; es la élite en pleno que asistió a la conspiración independentista por primera vez.²¹ Y también por primera

²⁰Ramiro Guerra y Sánchez, *Manual...*, p. 537.

²¹Entre los conspiradores más importantes se encontraban miembros de las familias más ricas de entonces, sobre todo de la zona oriente como Francisco Vicente Aguilera, Pedro Figueredo, Francisco Maceo Osorio, el mismo

vez, la "fórmula política" tocará a otros componentes de la nación cubana, desde los más acomodados hasta los más humildes, es decir, los no propietarios, los campesinos (guajiros) y en algunos casos los esclavos negros, quienes también por primera vez identificarán sus intereses con los de aquellos que luchaban por la independencia. Se hablará de integrar a todos en un conjunto nacional en contraposición a lo "español". Al respecto basta leer la "Proclama" expedida por el propio Céspedes para justificar el levantamiento armado del 10 de octubre y una carta dirigida al representante diplomático de la revolución en Estados Unidos donde se sintetizaban las bases del Estado nacional cubano. En este sentido se hablaba de la igualdad de todos los hombres sin distinción alguna de su raza o condición, sin embargo, no se hacía ninguna referencia al problema de la esclavitud. Cabe mencionar que Céspedes fue de los pocos hacendados que libera sus esclavos para encabezar al Ejército Libertador.²²

En una larga marcha, los combatientes independentistas cruzarían el territorio de la isla en diez años; la represión del ejército español y los interminables problemas de una organización político militar determinaron el fin del primer intento insurreccional por la independencia. Un veterano de esta larga marcha, Enrique Collazo, escribió que

nuestra organización fue incompleta, pero original, y muchos de nuestros hábitos y costumbres fueron tan buenos y apropiados, que al final de la guerra los imitó el contrario.

Con pobrísimos recursos, logramos levantar y sostener un ejército; que existió sin gastos, pues nunca tuvo sueldo, ración ni equipo; abandonados de todos, mantuvimos una guerra feroz durante diez años.

Fuimos desgraciados, la fortuna nos abandonó y no pudimos vencer; el éxito no coronó tanto esfuerzo; el juicio que nos esperaba fue el que dijo cierta vez el general Gómez: 'tenemos que vencer: si lo logramos seremos héroes; en caso contrario nos juzgarán como incendiarios y asesinos'²³

Céspedes, Jaime Santiesteban, Vicente García; de Camagüey, Augusto y Napoleón Arango, y Salvador Cisneros. Sergio Aguirre, *op. Cit.*, p. 35.

²² Cfr. Beatriz Bernal (comp.), *op. cit.*, pp. 134-138,

²³ Véase Enrique Collazo, *Desde Yara hasta el Zanjón*, en Javier Rodríguez, *op. cit.*, p. 121.

Sin salida política y militar, el 10 de febrero de 1878 ambas partes firmaron la llamada Paz del Zanjón, con la cual se dio por terminada la insurrección de independencia. En ella se reconoció la imposibilidad de continuar la lucha, logrando una amnistía para los insurgentes, así como medidas a favor de los combatientes de color a quienes se declaraba libres.²⁴

La también llamada "Guerra de los Diez Años", trajo consecuencias, directas e indirectas, importantísimas para la composición de la élite local, pues alteró la distribución de la riqueza privada en la isla, especialmente entre el sector más dinámico, los hacendados azucareros, que apoyaron de una u otra manera al proceso independentista.²⁵ En la zona oriental, tierra de los hombres que dieron el primer impulso insurreccional, encontraremos la desaparición del hacendado criollo, que en el mejor de los casos se vio obligado a arrendar sus propias tierras a los productores mejor colocados. Por primera vez en la historia de la industria azucarera apareció el "colono" quien siembra la caña, la cosecha y la entrega al dueño del ingenio, separando la producción fabril (el refinado) de su producción agrícola. Este hecho fue de suma importancia para la historia cubana, pues creó un sector medio que antes no existía, con base en su función económica. Al mismo tiempo, la dirigencia política del movimiento independentista se trasladó hacia individuos que no provenían directamente de lo más representativo de la élite como Máximo Gómez, Calixto García y Antonio Maceo, por citar a los dirigentes más importantes.

Otro elemento importante, aunque no influido directamente por el acontecimiento bélico, que transformará el perfil futuro de Cuba está en la aparición de los Estados Unidos

²⁴El protocolo de paz puede consultarse en *ibid.*: 121-124. La abolición total de la esclavitud se decretaría el 12 de febrero de 1880.

²⁵"Ingenios, potreros, cafetales, vegas, bosques, minas, comercios, industrias, negocios, fincas urbanas, acciones, etc., por valor de más de cien millones de dólares les fueron confiscados a los revolucionarios cubanos y a sus simpatizadores y esos bienes pasaron a manos de españoles y extranjeros influyentes que los adquirieron por parte de su valor. El cubano había sido un extranjero en su patria en cuanto a derechos políticos por varios siglos, pero a consecuencia de la Guerra de los Diez Años comenzaba a serlo también en cuanto a la desposesión del suelo de la isla, adquirido por españoles, norteamericanos, franceses e ingleses al ser derrotada la revolución comenzada en Yara el 10 de octubre de 1868 y que no había podido vencer a España y a los Estados Unidos". Véase Herminio Portell Vilá, *Historia de Cuba en sus relaciones con los Estados Unidos y España*, citado por Ely, *op. cit.*, p. 670.

como el principal proveedor y comprador del azúcar cubano.²⁶ La penetración económica norteamericana en la isla fue tal que desplazó gradualmente a la propia España del primer lugar del flujo comercial insular. Si en 1883 los Estados Unidos exportaron directamente a Cuba mercaderías por valor de \$13,000,000, para 1894 esta cifra se incrementó a \$32,948,200. Por su parte, Cuba había vendido a los refinadores norteamericanos el 94% de su producción en 1886, ante la contracción del mercado en España, donde se había empezado a producir remolacha.²⁷

La situación de Cuba era en extremo delicada, pues después de la guerra sólo producía el 18% de la producción mundial de azúcar quedando, conforme pasaban los años, dependiente del intercambio comercial con los Estados Unidos.

El periodo que va de la firma de la Paz del Zanjón en 1878 hasta el desembarco de las fuerzas libertadoras en 1895, significó —para lo que quedó de la élite azucarera tradicional— la pérdida de la iniciativa política por dirigir al país como lo había intentado al inicio de la primera gesta independentista. El surgimiento de una nueva generación de dirigentes, ajenos a esta élite, forjados al calor de la batalla en diez años, por un lado, y la amarga experiencia de la expropiación de los bienes (la hacienda, el ingenio, etcétera.), por el otro, les recordaba una prueba difícil de olvidar al ver pasar de la opulencia a la indigencia a los más comprometidos. Alejados de la idea de insurrección, se abandonaron a un fatalismo contrarrevolucionario que los hará acercarse a un autonomismo sin perspectiva histórica o bien, por el contrario, a desempolvar algunas tesis anexionistas para conseguir la ayuda norteamericana en pos de mantener su posición como clase productora.

El final del largo periodo de dominio español sobre Cuba estaba por terminar. Insensible ante los reclamos de los autonomistas por iniciar reformas que contuvieran el descontento de los de arriba y los de abajo, miope para descifrar la cada vez más penetrante

²⁶El rápido crecimiento económico de Estados Unidos después de su guerra civil, dio lugar a que el tráfico entre ambos países se incrementara considerablemente. Aun antes de la Guerra de los Diez Años, la mitad de los barcos que atracaban en La Habana eran norteamericanos, al mismo tiempo que ese país cuadruplicó su consumo de azúcar cubano. Véase Dirección Política de las FAR, *Historia de Cuba*, La Habana, Ed. Ciencias Sociales, 1985, p. 329.

²⁷*Ibid.*, pp.329-330.

sombra norteamericana sobre Cuba, el otrora poderoso imperio era víctima de su propia decadencia.

Una mala coyuntura económica, marcada por la drástica caída del precio internacional del azúcar y el fracaso de las reformas de Arbazura en España, acelerarán los preparativos de una nueva generación de revolucionarios cubanos que buscarán encender la lucha insurreccional en la isla. Este intento tuvo su profeta que después devendrá en apóstol y mártir: José Martí.²⁸

La preparación insurreccional vendrá principalmente del exterior; de los numerosos exiliados que la represión había orillado a dejar la isla. El mismo Martí era parte de esta diáspora cubana asentada principalmente en el sur de la Florida y Nueva York, en los Estados Unidos. Muy joven en la Guerra de los Diez Años, participó de la agitación revolucionaria y a los 18 años (1871) fue apresado y desterrado a España, para después trasladarse a México (1875); la Paz del Zanjón le permitió volver a Cuba por un corto periodo para salir nuevamente al exilio el mismo año de 1878. Venezuela y después Nueva York fueron la residencia del joven Martí, quien desde entonces se convirtió en uno de los principales conspiradores para organizar la lucha de independencia en Cuba, que coronó en 1892 al fundar el Partido Revolucionario Cubano.

El prestigio de Martí entre la emigración cubana estaba en su elocuente oratoria, que le permitió acercarse y convencer a mucha gente de la necesidad de construir una organización capaz de llevar a cabo la tarea que predicaba. Descrito como orador electrizante por sus contemporáneos, Martí tuvo la rara habilidad de convertir la palabra hablada en símbolos cautivantes que transformaban a su auditorio. Una anónima voz diría después de oírlo hablar: "¡No lo comprendíamos, pero estábamos dispuestos a morir por él!". Enrique José Varona, lo describió de la siguiente forma:

²⁸La importancia y vastedad de su obra literaria y política hacen de Martí un objeto de estudio por sí mismo. Su figura se agigantará después de su muerte en combate en el mismo año de 1895, convirtiéndose en la encarnación misma de la nación cubana. Para una valoración de la figura de Martí desde diferentes ángulos, véase Ottmar Ette, *José Martí. Apóstol, poeta revolucionario: una historia de su recepción*, México, UNAM, 1995, sobre todo el capítulo 2 "Los comienzos de la recepción martiana: hasta las postrimerías del siglo XIX".

Y si entonces se le veía levantarse misteriosamente ágil, dirigirse rápido a la tribuna, erguirse en ella, casi abrazarla, llenarla y empezar a dar salidas al raudal impetuoso de sus pensamientos que empujaban las palabras y rebosaban de ellas, como de cauce demasiado estrecho para contenerlos, *el simétrico cerco de su cabellera tomaba forma de aureola, y el orador se transfiguraba en apóstol....*²⁹

La organización revolucionaria era para Martí el preludio para el nacimiento del Estado cubano: "Nació uno, de todas partes a la vez. Y erraría de afuera o de adentro, quien lo creyese extingible o deleznable. Lo que un grupo ambiciona cae. Perdura lo que un pueblo quiere. El Partido Revolucionario Cubano es el pueblo de Cuba".³⁰

El Partido se formó, en la idea de Martí, para lograr la independencia absoluta de Cuba y fomentar y auxiliar a la de Puerto Rico, se consignó en sus bases constitutivas, además de unir a los elementos de la revolución existentes; allegar los fondos necesarios para la guerra sin compromiso inmoral ni con hombres ni con entidad alguna; fundar un pueblo nuevo y de sincera democracia, capaz de vencer los peligros de la libertad de una sociedad compuesta por la esclavitud, restaurar la hacienda pública y salvar al país de los peligros internos o externos que lo amenacen.

El proyecto, sin embargo, no dejó de tener sus aristas, en el plano interno y externo. El primero tuvo que ver sobre todo por la traumática experiencia del armisticio del Zanjón entre los veteranos del 68 y los reclamos de éstos hacia Martí por no haber participado activamente en la guerra de ese entonces. La formación de la nueva élite política, de acuerdo con lo planteado por Martí, buscará un consenso interno que contribuya a integrarla como tal, y también, en un sentido amplio, hacia una clase política que ejerza su función histórica, es decir,

²⁹ Véase, *ibid.*, p. 39.

³⁰ José Martí, "El Partido Revolucionario Cubano", en *Obras Completas*, La Habana, Ed. Nacional, 1963-1966, I, pp. 365-369. Más adelante añadió: "...los partidos que arrancan de la conciencia pública; los que vienen a ser el molde visible del alma del pueblo, y su brazo y su voz; los partidos que no tiene por objetivo el beneficio de un hombre interesado, o de un grupo de hombres, -no se han de organizar con la presa indigna y artificiosa del interés-, sino como se organiza el Partido Revolucionario Cubano, con el desahogo y espontaneidad de la opinión libre".

la de gobernar. Por eso era tan importante legitimar el liderazgo de Martí sobre los veteranos de la Guerra de los Diez Años.³¹

En lo externo, la problemática se complicaba al existir tendencias y fuerzas sociales y políticas que no compartían este proyecto. Como señalamos anteriormente, buena parte de la élite de hacendados azucareros mantuvo una posición no sólo conservadora sino incluso contrarrevolucionaria con respecto al proyecto independentista, que se expresó en el “autonomismo” y el resurgimiento de una suerte de “anexionismo”, que buscó la intervención de los Estados Unidos. Ambas eran producto de la Guerra de los Diez Años y de sus efectos destructivos sobre la economía y el comercio.

La construcción de la clase política cubana gravitó en torno de dos órbitas que se repelerán, manteniendo proyectos contrapuestos que impidieron una integración satisfactoria. Esta situación enfrentará la propia élite de tal manera que traerá serias consecuencias en la construcción del Estado nacional cubano.

Para entender esta problemática, es importante analizar las “fórmulas políticas” que se expresaron en torno a esta situación medular, la integración nacional y el ejercicio de la soberanía por una clase política.

Los autonomistas se presentaban como el partido de la legalidad y la evolución pacífica. Organizados como partido político (Partido Liberal Autonomista) inmediatamente después de la firma del la Paz del Zanjón, ahí se congregaron los sectores reformistas —de alguna manera, los herederos de Arango y Parreño— y otros que se habían manifestado por la independencia en el 68. La propuesta autonomista puede dividirse en dos etapas; la primera, va de 1878 a 1895, donde el Partido Liberal Autonomista cubrió un espacio político importante en Cuba, pues de alguna manera impulsaba la creación de un gobierno propio dentro de ciertos límites, basados en la identidad de intereses con España pero con igualdad de derechos políticos.

³¹En polémica sostenida con Enrique Collazo, Martí le hacía ver el momento histórico que estaban viviendo: “Y no ha oído en estos días a miles de hijos de Cuba proclamar sin una sola voz de disentimiento, ni de ricos ni de pobres, ni de negro ni de blanco, ni de patriota de hoy, que el Partido Revolucionario Cubano no tiene como objetivo llevar a Cuba una agrupación que considere la isla como su presa y dominio, sino preparar la guerra que se ha de hacer para el decoro y bien de todos los cubanos, y entregar el país a la patria libre”. *Ibid.*, p. 338.

Tomando el modelo inglés con respecto a Canadá, propondrán retomar lo planteado por la Junta de Información, adecuándola a las circunstancias posbélicas ya “que la autonomía de Cuba resuelve todas las dificultades y conflictos que aquejan al país”.³²

Resulta interesante consignar que en esta etapa, la propuesta autonomista no diferirá del ideario independentista del 68, salvo en cuanto a los medios para conseguirlo. El pensamiento liberal del autonomismo también buscará fundar una patria pero no a través de la revolución, sino de la evolución. Un destacado propagandista del autonomismo como Rafael Montoro, establecerá esta diferencia al observar que dentro de la democracia “hay el radicalismo revolucionario, que ha causado todos los grandes desastres que llora el mundo moderno; y hay la democracia liberal y progresiva [...] Esta democracia liberal es la que nuestro partido ha procurado siempre representar”.³³ Por su parte, uno de los fundadores del partido, Antonio Govín, al preguntarse qué significa el autonomismo, respondió que significaba el “sentimiento de la patria cubana”, por un lado, y el “amor a la libertad”, por el otro. Para Govín “no basta, pues ser cubano: es preciso ser bien cubano liberal”.³⁴

La otra etapa cubre desde 1895 hasta el fin del dominio español sobre Cuba y se caracterizó por el total apoyo a éste, aunque hasta entonces no se había concedido ninguna reforma política verdadera. Poco después de iniciadas las acciones insurreccionales del Partido Revolucionario Cubano en febrero de 1895, la Junta Central del Partido Liberal Autonomista expresó su posición a través de un “Manifiesto”, donde afirmaba que: “El Partido Liberal Autonomista condena todo trastorno del orden, porque es un partido legal, que tiene fe en los medios constitucionales”, para después añadir que “las revoluciones, salvo en circunstancias enteramente excepcionales y extremas que se producen muy tarde en la vida de los pueblos, son terribles azotes, grandes y señaladas calamidades para las sociedades cultas”, el camino, por

³²Véase el “Informe” redactado por Antonio Bachiller y Morales en 1869, en Javier Rodríguez, *op. cit.* II, pp. 206-214.

³³Véase “Fragmentos políticos”, en Beatriz Bernal (comp.), *op. cit.*, p. 143.

³⁴La base de la patria está en los “elementos irreductibles que nos dan una fisonomía especial en lo físico y en lo moral, obra todo de la naturaleza, no de la voluntad. Un sentimiento, también natural e irresistible, nos liga al suelo que hemos nacido”. Véase Antonio Govín, “Sobre el Partido Liberal Autonomista”, en *ibid.*, p. 149.

el contrario, estaba en “la evolución pacífica, por la reforma de las instituciones y los progresos y el empuje de la opinión, llegan al logro de todos sus fines racionales y de todas sus aspiraciones legítimas”. En este contexto, la “fórmula política” autonomista no tenía más salida que “la autonomía colonial”, que “parte de la realidad de la colonia, de sus fines, necesidades y peculiares exigencias, *presupone también la realidad de la metrópoli en la plenitud de su soberanía y de sus derechos históricos* “. ³⁵

Aquí el argumento era claro, no existía posibilidad de ejercicio soberano por la propia condición subordinada que expresaba su *proyecto histórico*; en este sentido, la “fórmula política” autonomista careció de un futuro como élite dirigente, pues éste está atado a la suerte del colonialismo español, expresado con “la política cuerda y liberal del gobierno y de sus más altos representantes y la actitud general del país, indiferente a las satánicas excitaciones de todas las *intransigencias, fiel a sus ideales de orden, progreso y libertad*”. La naturaleza política de España, como lo señaló el propio Martí, hará imposible el empeño evolucionista, como lo demostrará la tardía respuesta hispana a sus planteamientos en 1897, cuando desde Madrid se otorgó el *status* autonómico a Cuba.

En contraposición encontramos al Partido Revolucionario Cubano, quien mantenía la tesis de la independencia nacional a través de la insurrección. El argumento central de esta “fórmula política” nos llevará a la unificación del país, como lo vislumbró en sus escritos José Martí.

La articulación del nacionalismo cubano surgirá a partir de la negación política de la tesis autonomista, es decir, que no habrá verdadera evolución política sin la superación de la condición colonial de la sociedad cubana. La insurrección se convertirá en el parto de la nación a partir de que unificará a los componentes de la misma. Martí señaló al respecto:

... el partido autonomista, que debió y pudo hacer lo que no ha hecho, y ha fallado en su labor preparatoria, dábase el caso singular de los que proclamaban el dogma político

³⁵Dirección..., *op cit.*, p. 359.

de la evolución, eran meros retrógrados, que mantenían para *un pueblo formado en la revolución* soluciones imaginadas antes de ella.³⁶

En el Manifiesto de Montecristi,³⁷ el Partido Revolucionario Cubano, a través de la pluma del mismo Martí, estableció las bases de la lucha independentista que estaba por comenzar. Martí lo concibió como continuación de un proceso iniciado en 1868, que constituyó a la nación, razón por la cual era necesario concluirlo.

La guerra involucrará a toda la sociedad cubana, pero ésta no será “el insano triunfo de un partido cubano sobre otro, o la humillación siquiera de un grupo equivocado de cubanos; sino la demostración solemne de la voluntad de un país harto probado en la guerra anterior para lanzarse a la ligera en un conflicto sólo terminable por la victoria o el sepulcro”.³⁸

La opción del triunfo o la derrota no es una “tentativa caprichosa”, sino un mérito de una élite que aspira a implantar la soberanía de Cuba frente a “aquellos cubanos menos venturosos que no se sienten poseídos de igual fe en las capacidades de su pueblo ni de valor igual con qué emanciparlo de su servidumbre”. La conducción de la guerra de independencia, entonces, será un “derecho” de los “que mostrasen la virtud y el propósito de conducirla a otra más viable y segura”. Para Martí, las fuerzas revolucionarias serán la expresión del “producto disciplinado de la reunión de hombres enteros que en el reposo de la experiencia se han decidido a encarar otra vez los peligros que conocen”, sin importar su origen, sólo convencidos de que en la lucha por conquistar la libertad se adquieren las virtudes para mantenerla.

El proceso insurreccional de la independencia desembocará en la creación de un nuevo orden donde tendrán cabida todos los cubanos: criollos, peninsulares y negros. La creación de éste no traerá ni el desorden ni la tiranía; sino por el contrario, un compromiso por cimentar la república en el respeto a la dignidad humana:

³⁶*Ibid.*, p. 342. Subrayados nuestros.

³⁷El Manifiesto de Montecristi fue redactado por Martí y Máximo Gómez en la población dominicana del mismo nombre antes de partir hacia Cuba en 1895. Véase Javier Rodríguez, *op. cit.* II, pp. 241-249.

³⁸*Ibid.*, p. 242. Las siguientes citas provienen de la misma fuente.

Los que la fomentaron, y pueden aun llevar su voz, declaran en nombre de ella, ante la patria, su limpieza de todo odio, su indulgencia fraternal para con los cubanos tímidos equivocados, su radical respeto al decoro del hombre, nervio del combate y cimiento de la república [...] y hacer que se respete, al español neutral y honrado, en la guerra y después de ella, y de ser piadosa con el arrepentimiento, inflexible con el vicio, el crimen y la inhumanidad.³⁹

El proceso entraña responsabilidades que “preocupan a los fundadores de pueblos”, por los naturales desacomodos y tanteos que encarna tal transición, como lo mostró la experiencia hispanoamericana con sus “repúblicas feudales y teóricas”, a las que la nueva élite opondrá “las prácticas modernas del gobierno y el trabajo” de un pueblo democrático y culto, conocedor de su derecho y del ajeno para crear una república justa en el futuro.

La república cubana creará un pueblo libre e industrioso, que sustituirá, sin obstáculos después de la guerra, a ese mismo pueblo avergonzado, “donde el bienestar sólo se obtiene a cambio de la complicidad expresa o táctica con la tiranía de extranjeros menesterosos que lo desangran y corrompen”.

La insurrección armada aparece como el camino inevitable para fundar la república ante la corrupción e ineptitud del gobierno colonial en Cuba; a la vez que en el transcurso de ella, se hallarán “maneras tales de gobierno que a un tiempo satisfagan la inteligencia madura y suspicaz de sus hijos cultos, y las condiciones requeridas para la ayuda y respeto de los demás pueblos”. La “fórmula política” martiana busca integrar a todos los elementos de la nacionalidad cubana, dándoles un espacio en una nueva sociedad, basada en el equilibrio de sus componentes, como cita el Manifiesto de Montecristi:

...sólo es lícito al Partido Revolucionario Cubano declarar su fe en que la revolución ha de hallar formas que le aseguren, en la unidad y vigor indispensables a una guerra culta, el entusiasmo de los cubanos, la confianza de los españoles y la amistad del mundo [...] ordenar la revolución del decoro, el sacrificio y la cultura de modo que no quede el decoro de un solo hombre lastimado, ni el sacrificio parezca inútil a un solo cubano, ni la revolución a la cultura del país.⁴⁰

³⁹ *Ibid.* 244.

⁴⁰ *Ibid.*

La "fórmula política" martiana, entró en una fase de interpretación entre los miembros del Partido Revolucionario Cubano debido a la prematura muerte del mismo Martí en Dos Ríos el 19 de mayo de 1895. Quienes distarían mucho de mantener el proyecto original del "Apóstol".⁴¹ Abandonada en su momento, la "fórmula política" martiana servirá en el futuro como el mito legitimador del ejercicio del poder de toda la clase política cubana hasta nuestros días.

Una agria disputa entre las fuerzas insurgentes sobre la organización de las fuerzas revolucionarias, marcó el inicio de dos posturas diferenciadas estratégicamente que influyeron notablemente en el desarrollo político cubano de esos años. El primer disenso se estableció en la primera convención revolucionaria, convocada todavía por el propio Martí, donde se sentaron las bases de la nueva república y el tipo de gobierno que asumiría la revolución. No será una disputa ideológica pero sí estratégica de cómo llevar la guerra. Por un lado, estaban los "centralistas" o militaristas que pretendían una conducción unificada en lo político y militar de todos los asuntos de la guerra; por el otro, estaban los "civilistas", quienes opinaban que la conducción política de la guerra debería caer en manos civiles, dejando a los militares el mando de los movimientos de la tropa en el campo militar. Esta última propuesta, de hecho retomaba la salida ideada por Martí poco antes de su muerte: la política para la asamblea, con sus representantes electos, mientras que la guerra seguiría su propia lógica.⁴²

La asamblea de Jimaguayú terminaría su tarea al acabar de redactar una constitución en septiembre de 1895 en las que se establecerían las bases de un gobierno revolucionario. Resulta

⁴¹La figura histórica de Martí pasó por diversas fases hasta colocarse en el peldaño de mito de la nacionalidad cubana. En vida, y aun después de su muerte, la importancia de Martí fue poco percibida por muchos de sus contemporáneos, sobre todo en Cuba, así que no es extraño que sus ideas sobre la fundación de la república quedaran olvidadas hasta su rescate como figura mítica de la gesta republicana, una generación después. Véase Ottmar Ette, *op.cit.*, pp. 55-62.

⁴²En su diario de campaña, Martí dejó una observación que nos permitirá ilustrar estas diferencias, cuando anotó sus discrepancias con Antonio Maceo, al respecto: "Maceo y Gómez hablan bajo, cerca de mí: me llaman a poco, ahí en el portal; que Maceo tiene otro pensamiento de gobierno: una junta de generales con mando, por sus representantes y una Secretaría General —la Patria pues y todos los oficiales de ella que crea y anima al ejército, como Secretaría del Ejército—[...]Insisto en deponerme ante los representantes que se reúnen a elegir gobierno [...] Comprendo que he de sacudirme el cargo, con el que se me intenta marcar de defensor ciudadano de las trabas hostiles al movimiento militar. Mantengo rudo: el Ejército libre y el país, como país y con toda su dignidad representado", véase Dirección, *op. cit.*, p. 380.

interesante advertir cómo la discusión del pleno derivaría entre la aceptación a la democracia o la dictadura. La mayoría de los delegados estaban convencidos del ideal democrático como la mejor "fórmula política" de gobierno representativo y civil frente a una tendencia que consideraban militarista, que podría desembocar en una dictadura personalista de los jefes militares.

Rafael M. Portuondo presentó al pleno la propuesta de estos últimos, donde el control del gobierno quedaba en las manos de los conductores de la guerra, como presidente y vicepresidente a la cabeza de una junta.⁴³ La oposición a esta propuesta se centró en la idea de conferir la representatividad política, la presidencia y vicepresidencia, a los que ostentaran el mando militar, General en Jefe y Lugarteniente General del Ejército. Discutido el punto⁴⁴ la votación favoreció a los partidarios de la división de mandos. Los jefes militares serían responsables del ejército, mientras que el gobierno civil representaría a la nación. La representación política recayó en Salvador Cisneros Betancourt como presidente y Bartolomé Masó como vicepresidente; el mando militar en Máximo Gómez y Antonio Maceo, como Jefe y Lugarteniente General del Ejército, al mismo tiempo que se nombró a Tomás Estrada Palma como agente diplomático en el extranjero.

Otro aspecto de esta disputa, no menos importante, estuvo en la visión del proceso revolucionario. Para Martí, como señalamos, la revolución cubana era un proceso que se inició en 1868 y continuaba en 1895, pero para los assembleístas de Jimaguayú, no había tal punto de inflexión al aprobar, después de un no menos acalorado debate, en el preámbulo a la

⁴³La propuesta se sintetizaba en los siguientes artículos: Art. 1ro. El gobierno de la Revolución residirá en una Junta compuesta por un Presidente, un Vicepresidente y cuatro Secretarios de despacho, que serán, Guerra, Hacienda, Interior y Exterior. Art. 4to. La Junta intervendrá solamente en la dirección de las operaciones militares cuando a su juicio fuese absolutamente necesario para la realización de altos fines políticos. Art. 13. Del Presidente. Será el Generalísimo del Ejército y dirigirá y ejecutará libremente las operaciones militares con la limitación establecida en el artículo 4to. Art. 15. Del Vicepresidente. El Vicepresidente será el segundo jefe del Ejército y sustituirá en la presidencia de la Junta y en la Jefatura del Ejército en caso de vacante de este puesto por incapacidad, muerte o cualquier otra causa, al Presidente. Dirección..., *op. Cit.*, p. 381.

⁴⁴Para confrontar los argumentos de ambas posiciones, véase *ibid.*, p. 382, donde se reproduce el acta de debates de esa sesión.

constitución que: "Declaramos a Cuba libre de la dominación española, constituyendo una nación independiente como República Democrática".

Las disparidades estratégicas entre los insurgentes cubanos, no fragmentaron los esfuerzos por mantener una guerra de liberación a todo lo largo de la isla, contra un decadente poder colonial que había jurado "sacrificar el último hombre y la última peseta" por mantener la dominación colonial en Cuba. La respuesta colonial a la lucha independentista fue la tristemente célebre "reconcentración" de la población rural, aplicada por Valeriano Weyler desde octubre de 1896.⁴⁵

Un inesperado giro, provocado por las condiciones en que se estaba librando la guerra de independencia, las cuales favorecíaan a los rebeldes, reacomodó las fuerzas políticas cubanas. Por un lado, los autonomistas, limitados por su propio proyecto histórico, no tuvieron más remedio que colaborar con Weyler y sumirse con una política contraria al interés nacional cubano. Al mismo tiempo, un importante núcleo de los intereses azucareros iniciaron un acercamiento con los Estados Unidos, a través de una carta al presidente McKinley, para pedir su colaboración para librarse del colonialismo español.⁴⁶ Sería un acto casi simbólico, que si bien no influyó de manera inmediata, sí mostraría la debilidad y fragmentación de toda la clase política cubana. Las órbitas opuestas en las que giraban, excluían cualquier posibilidad de integrarse en una sola.

Cuando los Estados Unidos intervinieron en el conflicto hispano-cubano en 1898, se encontraron con una fragmentación tal que no hallaron oposición significativa para desplazar a España y convertirse en el núcleo sobre el cual giraría la totalidad de la clase política cubana, desde los independentistas hasta los autonomistas. La llamada "Resolución Conjunta" del Congreso norteamericano sobre la guerra hispano cubana permitió a ese país establecer un

⁴⁵Weyler se hizo cargo del gobierno en Cuba el 10 de febrero de 1896. El bando de reconcentración fue dictado el 21 de octubre del mismo año y se aplicó inicialmente a Pinar del Río, y luego a toda la isla. Más de trescientos mil campesinos fueron hacinados en las ciudades en un vano intento por contener el avance revolucionario.

⁴⁶Véase Dirección..., *op. cit.*, pp. 416-420. La justificación de esta idea estaba en "que sabemos que el futuro destino de nuestro pobre pueblo habrá de decidirse en breve plazo, y, también, porque consideramos que ese destino se halla en vuestras manos. Es usted el árbitro cuya favorable decisión esperamos".

antecedente importante que justificaría la futura intervención directa en el conflicto y que ataría a las fuerzas independentistas respecto a la ayuda norteamericana. En sus artículos 1º y 4º, dicho documento declaraba el derecho a la libertad de los cubanos ya “que el pueblo de Cuba es y debe ser libre e independiente”, además que ellos, los Estados Unidos se comprometían a coadyuvar en ese fin:

y que los Estados Unidos por la presente niegan que tengan ningún deseo ni intención de ejercer jurisdicción, ni soberanía ni de intervenir en el gobierno de Cuba, sino es para su pacificación, y afirman su propósito de dejar el dominio y gobierno de la Isla al pueblo de ésta, una vez realizada dicha pacificación ⁴⁷.

Para muchos cubanos, esta declaración era un compromiso y muestra de un gesto de amistad “noble y cordial” para liberar a la isla del colonialismo español, pensaban en un espíritu libertario norteamericano sin calcular los intereses geopolíticos que tradicionalmente esa nación había tenido sobre Cuba.

La élite encaminada a conformar y consolidar una clase política, es decir, las fuerzas insurgentes, se subordinaron ante la presencia norteamericana cuando el Consejo del Gobierno de la Revolución le asignó un papel secundario al Ejército Libertador frente a las tropas yanquis. El delegado en el exterior del gobierno revolucionario, Tomás Estrada Palma, se adelantaría incluso al propio Consejo al proponer al presidente MacKinley una cooperación sin condiciones a “fin de evitar cualquier equívoco sobre la actitud de la República de Cuba, por la presente doy a usted la seguridad más completa de la cooperación del Ejército cubano con las fuerzas militares de los Estados Unidos. La República de Cuba dará instrucciones a sus generales, para que sigan y ejecuten los planes de los generales americanos en campaña, y aunque mantenga su organización propia, el Ejército cubano estará siempre dispuesto a ocupar las posiciones y a prestar los servicios que los jefes americanos determinen”. Un sorprendido Consejo avalaría esta propuesta al aprobarla el 11 de marzo de 1898.⁴⁸

⁴⁷Citado en Emilio Roig de Leuchsenring, *Historia de la Enmienda Platt*, La Habana, Ed. Ciencias Sociales, 1973, pp. 193-194.

⁴⁸ Dirección, *op. cit.*, p. 496-

Muy pocos se dieron cuenta de las implicaciones que traería esta decisión, pues abandonaba cualquier intento por ejercer la soberanía que el gobierno revolucionario debía representar. El Lugarteniente General del Ejército Libertador, Calixto García, en una descarnada misiva a Estrada Palma le recriminaba el abandono de este objetivo. La cita, aunque extensa, vale la pena por la lucidez del juicio:

Pero hay aún más, y esto es hasta originalísimo: el gobierno que hasta ahora ha tenido la revolución, el Consejo de Gobierno, acepta la intervención y ordena al General en Jefe y al Lugarteniente General que se pongan a las órdenes de los jefes del Ejército norteamericano. No tan sólo se conforma y acepta la intervención, que es su sentencia de muerte firmada por McKinley, sino que también de hecho, si no de derecho, renuncia a la autoridad sobre los jefes del Ejército Libertador. Después de todo esto, ¿qué le resta hacer al Consejo de Gobierno? Sólo dos cosas: o devolver sus poderes al pueblo revolucionario que lo ha tenido hasta ahora como poder supremo del Estado, o conformarse a vivir tranquilo en algún lugar tranquilo.⁴⁹

Sin embargo, el Ejército Libertador no supo llenar el espacio dejado por los civiles del Consejo, para alzarse con la representatividad de ese “pueblo revolucionario”, al que alude García, y buscar el reconocimiento de esa soberanía, en este caso, ya ante los Estados Unidos, conformándose con “luchar al lado de los americanos en primera línea” para no permitir “que el pabellón norteamericano flote sin que a su lado ondee el de Cuba”. Un sentimiento de frustración política se apoderó de los jefes militares, quienes desconsolados se lamentaban de la suerte del país. En su *Diario de Campaña*, el General en Jefe del Ejército Libertador, Máximo Gómez, escribió:

Yo soñaba con la paz con España, yo esperaba despedir con respeto a los valientes soldados españoles con los cuales nos encontramos siempre frente a frente en los campos de batalla [...] pero los americanos han amargado con su tutela impuesta por la fuerza, la alegría de los cubanos vencedores; y no supieron endulzar la pena de los vencidos...⁵⁰

⁴⁹ *Ibid.*, p. 497.

⁵⁰ *Ibid.*

La fragilidad para justificar su derecho al ejercicio de la soberanía, marginó a los cubanos de verse representados en las pláticas de paz entre los Estados Unidos y España. Después de un largo proceso de lucha insurreccional para alcanzar la soberanía, los cubanos vieron cómo ésta era enajenada por otro poder exógeno, los Estados Unidos.

Cuba apareció únicamente como un territorio en litigio entre Estados Unidos y España, no se le otorgaba el status de Estado. A esto siguió un traumático tránsito, el de la intervención, que marcó la historia cubana de los siguientes cincuenta años.

CAPÍTULO II

LA FRUSTRACIÓN COMO POLÍTICA

El 1 de enero de 1899 las tropas españolas salieron formalmente de Cuba, terminando con cuatro siglos de dominación colonial, sin embargo, la salida española no significó para los cubanos el fin de la tutela política. Se iniciaba un periodo, tal vez más traumático que el anterior, dominado por la incertidumbre, pues aunque formalmente ya no era una colonia, seguía siendo un territorio administrado por un poder extranjero, el de los Estados Unidos, cuya presencia será una constante en las próximas décadas en todos los ámbitos de la nación cubana.

Como poder tutelar, los norteamericanos marcarán los límites, sea abierta o veladamente, a los primeros gobernantes de la república independiente creando un centro donde gravitarán éstos. La clase política cubana girará alrededor de un centro político no creado por ella y, en esa medida, dependiente de su justificación para gobernar.

Durante esta etapa, el centro de la "fórmula política" estará en el problemático ejercicio de la soberanía. Para la primera generación republicana, la formación de un gobierno propio era casi un mero acto administrativo y de amoldarse al lazo con los Estados Unidos, por eso careció del vínculo necesario entre gobernantes y gobernados, que reflejara el por qué y cómo se gobierna sin recurrir a ese centro gravitacional que lo sostiene. Por esa razón la clase política cubana no habrá completado su formación hasta que fuera capaz de gobernar por sí misma,

con sus propias "fórmulas políticas"; en Cuba, la intervención yanqui retrasó esta evolución natural que desfiguró la faz de la élite local.

Si bien la intervención norteamericana será decisiva para moldear la estructura en la que se desarrollarán las instituciones cubanas del siglo XX, el derrotero que tomará la clase política fue dejado a la responsabilidad de ésta. Su debilidad y fragmentación facilitarán a los Estados Unidos la tarea de dominar al naciente Estado cubano. En ese sentido, la intervención norteamericana se convirtió en el punto de toque del edificio político en Cuba, como mostró la historia de la primera república hasta la irrupción de una nueva generación política que trató de replantear estos términos en la década de los años treinta cuando la generación fundadora del Estado cubano fue desplazada del poder.

EL ALBA DE LA REPÚBLICA

El 10 de diciembre de 1898 fue firmado en París el "Tratado" que ponía fin a las hostilidades entre España y los Estados Unidos, señalando el primer día de enero del siguiente año como el inicio de la administración norteamericana sobre Cuba. Habían pasado apenas ocho meses del desastre naval español en Filipinas —el otro escenario del conflicto—, seis de la toma de Santiago y cuatro de la solicitud española a los Estados Unidos sobre las condiciones de paz que culminarían con la firma del "Tratado de París". La exigencia principal de los norteamericanos fue la evacuación total de los restos de las tropas españolas en los territorios ahora ocupados, misma que empezó a efectuarse poco después de conocerse, el 11 de agosto, el protocolo preliminar del tratado. Eufemismos más eufemismos menos, el Tratado de París simbolizó el traspaso de Cuba a manos norteamericanas hasta que éstos lo consideraran necesario y para ello empezaron a reorganizar al país.

Al tomar posesión del cargo de "Gobernador de la isla", el general John Brooke declaró, a través de una proclama, los objetivos de su misión. Dos fueron las líneas principales

que anunció; en la primera, dejaba en vigor las leyes del país, es decir, las de la colonia, mismas que se modificarían de acuerdo a las circunstancias; la segunda, que si bien su gobierno tenía un carácter militar, se auxiliaría de una administración civil a fin de “consolidar la paz y proteger los intereses morales y materiales de Cuba”. La administración Brooke dejó intacta la estructura político administrativa de la colonia, salvo ligeras variaciones, reorganizando los servicios públicos bajo la supervisión de oficiales del ejército norteamericano. El gabinete estaba integrado por cubanos, así como la totalidad de los gobiernos provinciales, además estaban en manos de cubanos muchas responsabilidades de diversos programas.¹

Pero lo más sobresaliente del periodo no estaba en los planes de reorganización administrativa de las fuerzas de intervención, ni tampoco en la erradicación de la fiebre amarilla o en la reforma del sistema educativo, sino en la suerte que correría la clase política cubana en estos años previos a la fundación de la república. Varios acontecimientos esbozarán el perfil futuro del sistema político cubano. El primero de ellos, consecuencia del sistemático rechazo norteamericano a no reconocer autoridad cubana alguna, fue la disolución de las dos instancias organizativas creadas para fundar al Estado cubano independiente: el Ejército Libertador y la Asamblea de representantes, emanada de los delegados del Partido Revolucionario Cubano.²

La disolución de ambos organismos mostró la fragilidad de una clase política incapaz de establecer el consenso necesario para enfrentar el nuevo reto que representaba la tutoría norteamericana sobre los asuntos cubanos. El asunto tornábase más grave de acuerdo a lo establecido por la propia soberanía de la Asamblea de representantes, y consignada en la Constitución de Yaya, donde se le asignaba a ésta la función de constituirse en gobierno una vez producida la evacuación española de la isla.

¹Los cubanos integrantes del gabinete de Brooke eran Domingo Méndez Capote, José A. González Lanuza, Pablo Desvernine y Adolfo Yáñez. Como gobernadores nombró a los generales del Ejército Libertador como Demetrio Castillo Duany (Santiago), Lope Recio (Camagüey), José Miguel Gómez (Las Villas), Pedro Betancourt (Matanzas), Juan Rius Rivera (La Habana) y Guillermo Dolz (Pinar del Río). Véase Carlos Márquez Sterling, *Historia de Cuba desde Cristóbal Colón a Fidel Castro*, New York, Las Américas, 1969, p. 305.

²Extrañamente Tomás Estrada Palma, ahora en su calidad de Delegado del PRC, decidió disolverlo al término de las hostilidades con España.

El esquema de la intervención era repelente a cualquier tipo de participación cubana, sobre todo a la que emanara de la soberanía de los isleños, como era el caso de la Asamblea y, derivado de ella, el propio Ejército Libertador. Aunado a este hecho estructural, es decir, a una política de Estado, las contradicciones y fricciones entre ambos organismos no resultaron la mejor forma de contener y enfrentar la usurpación de las funciones soberanas que los gobernadores militares norteamericanos estaban por iniciar.

En efecto, a través de un “Bando” emitido cinco días después de asumir su puesto, Brooke anunció la desmilitarización de la población, o en otras palabras, la desmovilización de los efectivos del Ejército Libertador. Confundidos y, a veces, contrapuestos en los fines que perseguían, ni los civiles de la Asamblea ni los militares del Ejército comprendieron, a excepción de Máximo Gómez, la utilidad de una fuerza organizada para defender el interés nacional. El general Gómez escribió a la Asamblea: “No creo que ahora, que ha llegado el momento, se deba perder un solo minuto de tiempo en emprender esa obra, único medio para concluir la labor y despedir al poder extranjero, —para mí injustificable y que a la larga constituye un peligro para la independencia absoluta de Cuba—, que ejerce en esta tierra. Si motivos que yo no alcanzo a penetrar, cohiben al pueblo cubano de alcanzar su soberanía sobre la tierra conquistada [...] orillemos aquellos hasta conjurarlos y no levantaremos las manos de la obra hasta tanto dejarla terminada”. Por su parte, la Comisión Ejecutiva de la Asamblea, respondió que: “En los diez días escasos que han transcurrido desde su toma de posesión, se ha adelantado bastante en el camino de la comprensión e inteligencia entre el general Brooke y los elementos voluntarios, y la Comisión no piensa que sea necesario afirmar que se llegará a una intimidad tan grande de relaciones que la misma facilitará y abreviará el tránsito de la ocupación militar al gobierno independiente, única solución que satisfará plenamente las justas aspiraciones del pueblo de Cuba”.³

El desarme del Ejército Libertador, de hecho, se venía negociando al poco tiempo del armisticio con España. A finales de enero de 1899, Estrada Palma, en su calidad de Delegado

³ Véase, *Dirección...*, *op. cit.*, pp. 517-18.

del PRC, había enviado a Gonzalo de Quesada para acompañar al representante del presidente Mackinley, Robert Porter, a entrevistarse con el general Gómez para que aceptara tres millones de pesos como indemnización al Ejército.⁴

Al mismo tiempo, la Asamblea gestionaba un empréstito con el mismo fin. Una agria polémica entre Gómez y la Asamblea terminó por sellar el destino de ambos al destituir del mando militar al primero y aceptar la disolución de las fuerzas insurgentes, con lo que poco tiempo después la misma Asamblea no tardó en seguir el mismo camino.

El 12 de marzo de 1899, en el punto más álgido en la disputa de Gómez y la Asamblea, el pleno de ésta aprobó la destitución del primero como Jefe del Ejército Libertador. Previamente, varios miembros de la Asamblea hablaron con Gómez para convencerlo de la intención del préstamo gestionado por ésta, lo que el generalísimo se negó a aceptar como algo conveniente para el futuro de la república; de vuelta a la Asamblea, una tempestad política se desató; la mayoría pidió, y obtuvo, la cabeza de Gómez como Jefe del Ejército. Un grabado de la época nos ilustrará la situación al mostrarnos a un Gómez desairado que, con gesto adusto da la espalda al edificio de la Asamblea desde donde sus miembros, en tropel, arremeten con piedras contra el general. Un largo cortejo desfiló por la casa del general Gómez, la Quinta de los Molinos, en apoyo al estratega militar quien con aire republicano aceptó su deposición y se puso a disposición de todos los cubanos.⁵

Un mes después, el 14 de abril, la Asamblea decidió autodisolverse ante la imposibilidad política de continuar con su cometido. La disolución del Ejército Libertador se obtuvo sin el consentimiento de ésta, cuando meses antes el mismo general Gómez aceptó la propuesta norteamericana de la indemnización por tres millones. El reconocimiento de la

⁴A veces resulta contradictorio explicar ciertas situaciones. En este caso, el mismo Gómez había externado la posibilidad del licenciamiento del Ejército Libertador a condición de una indemnización para cada uno de los soldados cuando hizo pública su "Proclama al pueblo de Cuba" poco después de la derrota militar española. Esto, sin duda, convirtió la posibilidad en una realidad cuando los norteamericanos se movieron por ese camino.

⁵"Extranjero como soy —decía—, no he venido a defender a este pueblo como un soldado mercenario [...], pero en dondequiera que el destino me obligue a pintar [sic] mi tienda, allí pueden contar los cubanos con un amigo..." Véase Márquez Sterling, *op. cit.*, p. 306. Máximo Gómez nació en Bani, Santo Domingo, en 1836 y murió en La Habana en 1905.

soberanía que la Asamblea decía representaba no pudo ser, ni enviando una comisión a Estados Unidos para tal efecto, razón por la cual tampoco pudo concretar el empréstito. La Asamblea sólo tuvo éxito al nombrar una comisión para colaborar con las tropas interventoras mientras éstas iban ocupando el país, así que una vez que se completó esta tarea, su razón de ser estaba acotada por los espacios que la propia intervención le dejaba.

Un enfoque erróneo de la situación terminó con las dos únicas instancias organizadas por los propios cubanos, pues ambas hicieron una cuestión de principios algo que no debió siquiera considerarse hasta que se reconociera la soberanía de los cubanos a través de sus propios organismos. La disolución de la Asamblea y del Ejército situó en el limbo y la dependencia política a las fuerzas que nunca atinaron a verse a sí mismas como una clase dirigente, pese a tímidos intentos por tratar de hacerse oír.⁶

Ante este desplome, el universo político de la clase política cubana, generado a partir de la fundación del Partido Revolucionario Cubano y del Ejército Libertador y de la Asamblea de representantes como extensiones de aquel, tuvo que reacomodarse de acuerdo al espacio que el nuevo núcleo gravitacional le dejaba libre.

En este momento es importante advertir que la integración de la clase política cubana tendrá que hacerse de una difícil conjunción entre esta fuerza y lo que quedó del antiguo régimen, es decir, del liberalismo autonomista. El fin del régimen colonial en Cuba no significó, en términos políticos, la liquidación de uno de sus pilares. La intervención norteamericana, en ese sentido, deformó el natural reacomodo político luego de un proceso de liberación nacional, pues la contrarrevolución no fue desplazada del espacio político que ocupaba.

Esta tendencia se observó como una constante de los oficiales norteamericanos cuando iban capitulando las tropas españolas. Por ejemplo, al rendirse Santiago de Cuba, el general

⁶En diciembre de 1898 la Asamblea creó una Comisión, encabezada por el general Calixto García, con el fin de viajar a Washington para establecer lazos formales con el gobierno norteamericano. Esta Comisión nunca fue recibida en forma oficial pero se le rodeó de muchos encuentros informales con legisladores, diplomáticos y otros funcionarios yanquis. Durante su estancia en la capital norteamericana, el general García murió inesperadamente, antes de terminar la misión encomendada por la Asamblea.

Shafter dejó establecidas a las mismas autoridades nombradas por la corona española. En carta dirigida a éste, el general Calixto García le reclamó tal actitud:

...Sé, por último, que usted ha dejado constituidas en Santiago a las mismas autoridades españolas contra las cuales he luchado tres años como enemigos de la independencia de Cuba. Yo debo informar a usted que esas autoridades no fueron nunca electas por los habitantes residentes en Santiago de Cuba, sino nombradas por un decreto de la reina de España.⁷

La respuesta del general yanqui no dejó lugar a dudas: "Yo no puedo discutir la política del Gobierno de Estados Unidos, al querer que continúen en sus puestos temporalmente, las personas que los ocupan", le informa al general cubano, y le remite "para que usted se entere bien", copia de las instrucciones del presidente McKinley, "las cuales resuelven cualquier dificultad que pueda suscitares en el gobierno de este territorio, mientras esté ocupado por los Estados Unidos".⁸

En otros sitios se repitió la misma situación; otro general revolucionario, José de Jesús Monteagudo, se lamentó porque "predominaban en el ánimo del general Bates los consejos de los españoles intransigentes y de los hacendados americanos que son marcadamente anexionistas, tales como Mr. Atkins, los Ponvert y McKullogh", en referencia a que fuera seleccionado como alcalde en Corralillo un capitán español de guerrillas.⁹

Al terminar el primer año la intervención, un nuevo gobernador sustituyó a Brooke. El también general Leonard Wood se encargó del gobierno de la isla, preparando el tránsito hacia el primer gobierno republicano. Para ello, Wood pidió a las distintas fuerzas políticas locales discutir un código electoral que hizo publicar en abril de 1900, con miras a celebrar las elecciones municipales que constituirían los ayuntamientos, cuyos cargos, desde la ocupación, eran ejercidos de acuerdo a nombramiento del gobierno interventor.

⁷Véase Dirección..., *op. cit.*, p. 511.

⁸*Ibid.*, p. 513.

⁹Véase Julio LeRiverd, "La reconstrucción del país", en Ramiro Guerra y Sánchez, *et. al.*, *Historia de la nación cubana*, La Habana, 1952, IX:, p. 291. El término "guerrillero" era utilizado para designar al opositor al proceso de independencia.

Varias agrupaciones políticas se formaron desde el momento mismo en que se empezó a hablar de elecciones municipales: la Unión Democrática y los partidos Nacional y Republicano, participando en el proyecto del código electoral. Estas fuerzas tenían dos orígenes, como ya señalamos. Por un lado, las dispersas fuerzas de lo que fue el Partido Revolucionario Cubano y, por el otro, los resabios del liberalismo autonomista.

La Unión Democrática, encabezada por Eusebio Hernández, representaba la conjunción de esas dos órbitas encontradas y repelentes durante la guerra de independencia y que ahora, de acuerdo a las circunstancias, tendía un puente con el pasado.¹⁰ Los nacionales y republicanos estaban constituidos por los veteranos de la independencia y no se diferenciaban substancialmente en sus programas. A decir verdad, la única discrepancia entre las tres agrupaciones políticas será el espinoso y traumático asunto de la presencia norteamericana en la vida cubana, situación que prevalecerá en el sistema político hasta mediados del siglo XX.

En su conjunto, la nueva clase política cubana era la continuación del liberalismo decimonónico, con sus variantes. En este sentido, encontraremos un consenso a favor de un sistema republicano representativo; no existió una ruptura ideológica significativa que rivalizara con esta "fórmula política"; la diferencia, reiteramos, era el modo de percibir el papel que les tocó desempeñar en el diseño y operación de un sistema cuyo centro no estaba en la isla.

En otro nivel, la vida de estas agrupaciones será el resultado de un proceso singular en el cual toda una generación, la que participó en la guerra de independencia, establecerá sus relaciones políticas a partir de esa experiencia común. Durante esta etapa, los partidos y demás agrupaciones políticas, se formarán al calor de las simpatías personales hacia los conductores de la guerra, los generales y oficiales del Ejército Libertador, quienes se convertirán en caciques políticos. El epíteto "liberal", "conservador", "nacional" o "republicano", no significará un cambio que alterara la oferta política en las primeras décadas de la vida independiente; la clase

¹⁰En la Unión Democrática ingresarían notables personalidades del autonomismo colonial como Rafael Montoro y Eliseo Giberga.

política cubana será el producto, por un lado, del proyecto de la fundación del Estado nacional y, por el otro, de la intervención norteamericana que frustró al primero.

En abril de 1900, el general Wood, en calidad de gobernador militar de la isla, publicó la ley electoral con la cual se participaría en las próximas elecciones municipales. El Código Electoral era excluyente pues estableció que podrían votar únicamente los cubanos varones mayores de 21 años, alfabetos y propietarios en por lo menos 250 pesos, se exceptuó de este requisito a los veteranos del Ejército Libertador. Sin embargo, se eliminó a los negros y blancos pobres que no tenían instrucción, además de no poseer bien alguno. Con una población de poco más de un millón y medio de habitantes, sólo pudieron votar el 16 de junio 150,648 electores, de los cuales ejercieron el voto 110,816, es decir, el 7% de la población total del país.

Un mes después, Wood publicó la convocatoria para la integración de una Asamblea Constituyente que debería redactar la Constitución de la república y, en palabras de McKinley, "acordar con el gobierno de Estados Unidos en lo que respecta a las relaciones que habrían de existir entre aquél y el gobierno de Cuba".

El 5 de noviembre se iniciaron los trabajos de la Constituyente; al abrir el periodo de sesiones, Wood leyó un discurso en inglés donde advirtió a los legisladores sus obligaciones, aparte de las señaladas anteriormente, les recordó que su autoridad era limitada y que no podían participar en el gobierno de la isla. Acto seguido abandonó el recinto para dar inicio a las sesiones.

Los debates de la Constituyente reflejaban el nivel de la clase política cubana, dejando fuera del mismo el punto más importante para el que fueron convocados, es decir, establecer las bases de las relaciones con los Estados Unidos. A excepción del carácter laico del Estado y el voto universal, donde hubo debates contrapuestos, los argumentos esgrimidos en el resto del texto constitucional no romperán la unidad de criterios de sus redactores.

Después de cuatro meses de trabajo, el 21 de febrero de 1901 quedó formalmente aprobada la primera Constitución republicana de Cuba. En ella se establecieron las bases

jurídicas del Estado nacional cubano como una república típica, con la división tripartita del poder entre un Ejecutivo, un Legislativo y un Judicial. Respetaba los derechos individuales de los ciudadanos, a los cuales declaraba inviolables, y el voto universal. Al presidente, el poder Ejecutivo, se le otorgaban facultades tales que, en la práctica, podría dejar anulados a los otros poderes republicanos, además de establecer la reelección en este puesto.

Una semana antes, el 12 de febrero, el Congreso nombró una comisión¹¹ para redactar el proyecto sobre el contenido de las relaciones de Cuba con los Estados Unidos. Al entrevistarse con Wood, éste les informó de las condiciones norteamericanas para este espinoso punto. En una excursión a la Ciénaga de Zapata, Wood les mostró a los comisionados cubanos un comunicado oficial firmado por el secretario de Guerra norteamericano Ellihu Root, donde se consignaban estas condiciones. Aunque no se conocen detalles de esta conferencia, se sabe que Wood leyó a los comisionados la carta que Root le había enviado el 9 de febrero de 1901, donde se decía:

Primero. Autorizándolos [a los norteamericanos] a intervenir en Cuba si corriera peligro la independencia de la isla o se viera en grave daño la vida y las propiedades de sus habitantes; Segundo. Prohibiéndoles a los cubanos celebrar tratados con poderes extranjeros que menoscabaran su independencia o contraer empréstitos que hipotecaran sus ingresos ordinarios y; Tercero. Poner en condiciones a Estados Unidos de mantener la independencia de Cuba y su pueblo, así como su defensa, cediéndole en su territorio las tierras que fueran necesarias para carboneras o estaciones navales que convinieran con el gobierno de Washington.¹²

Alarmados por las exigencias norteamericanas, los cubanos regresaron a la Asamblea, donde informaron de lo sucedido. Mientras se discutía acaloradamente en la Asamblea cubana, en los Estados Unidos, otra instancia legislativa discutía y aprobaba con celeridad el mismo asunto. El martes 26 de febrero, el senador Platt presentó un proyecto, donde se fijaba el presupuesto del ejército para 1902, y que contenía, esencialmente, lo que Wood había

¹¹Juan Gualberto Gómez, Manuel A. Silva, Gonzalo de Quesada, Enrique Villuenas y Diego Tamayo, formaban, junto con el presidente de la Asamblea, Domingo Méndez Capote, esta comisión.

¹²Véase Márquez Sterling, *op. cit.*, p. 316.

comunicado a los comisionados cubanos. Una semana después, el mismo presidente Mackinley la firmaba para darle carácter de ley.

Una honda preocupación corrió por toda la clase política cubana. El asunto de las relaciones con Estados Unidos era tan importante que dividió a los partidos políticos representados en la Asamblea; por ejemplo, el Partido Republicano y la Unión Democrática se mostraron de acuerdo con aprobar el "Apéndice" a la Constitución como lo querían los norteamericanos, mientras que el Partido Nacional se opuso. Al calor del debate muchos representantes cambiaron su opinión a favor de los nacionales, presentaron una mayoría contra la aprobación y acordaron enviar una comisión a Washington para explicar su oposición a los términos contenidos en la llamada Enmienda Platt.

Al llegar a Washington y ser recibidos por Root, el presidente de la comisión, Domingo Méndez Capote, le preguntó si Estados Unidos partía de un supuesto derecho a intervenir en Cuba. La respuesta de Root dio pie a un diálogo donde se mostró, sin ambages, el tipo de relación que esperaban los norteamericanos: "Por supuesto —replicó Root—; desde hace tres cuartos de siglo los Estados Unidos han proclamado ese derecho a la faz del mundo americano y europeo y han negado a otros Estados hasta la intervención amistosa en los asuntos cubanos". A otra pregunta de Méndez Capote sobre la "esencialidad" de la exigencia de las estaciones navales, Root contestó afirmativamente, dejando como objeto de futuras negociaciones el número de ellas, "cuando vuestro gobierno esté constituido".

Los comisionados cubanos, bautizados por la prensa norteamericana como el "Comité de los cinco", poco pudieron hacer para ser escuchados, muchos menos para revertir la decisión ya tomada. Uno de los miembros de los cinco, Pedro González Llorente, empezaba a reflejar la impotencia de la clase política cubana al comentar la impresión que le causó el presidente McKinley frente a los gobernadores españoles en Cuba:

Estos generales se aficionaron al despotismo y a la mano de hierro; no lo negaré. Mas tampoco he de negar que a lo mejor se convertían en pobres diablos, a quienes los insurrectos zurraban de lo lindo. Yo, francamente, jamás les tuve miedo. Miedo, en

cambio, y muy serio, me lo infunde Mc Kinley, aunque no sea general ni español, ni gobierne individualmente a Cuba. Le temo, como se le teme a la niebla en el mar o al viento en los días amenazados por el aquilón.¹³

Al regresar a Cuba, el "Comité de los cinco" presentó un informe a la Asamblea donde informaron de la terrible realidad para la isla y sus habitantes: los Estados Unidos no reconocerían a ningún gobierno cubano mientras no fuera aprobada la enmienda tal cual había sido sancionada en ese país. El mismo González Llorente expresó que mientras eso no sucediera, la intervención militar continuaría indefinidamente.

En un vano intento de salvar en algo el prestigio, la Asamblea decidió votar un dictamen donde se aceptaba la enmienda pero con un "dictamen interpretativo". Con diferencia de un voto se aprobó, pero de inmediato, por medio del general Wood, el gobierno norteamericano hizo saber a los asambleístas cubanos "que el apéndice de la Constitución cubana, tal cual fue adoptado por la Convención Constituyente Cubana el 28 de marzo de 1901, no es una aceptación tal de las disposiciones de la ley llamada Enmienda Platt, que autorice al Presidente para retirar el ejército de Cuba, según aquel asunto".¹⁴

Atemorizados y contrariados, los convencionalistas acudieron nuevamente a una sesión urgente para tratar el asunto. Se presenta una nueva propuesta donde se transcribieron las ocho cláusulas de la Enmienda. Sin discusión se votó y por mayoría de cinco se aprobó incorporar la Enmienda Platt como un apéndice a la Constitución cubana.

La imposición norteamericana formalizó o sentó como hecho jurídico, lo que *de facto* se estaba llevando a cabo: la subordinación de la clase política cubana a los intereses norteamericanos como obligación constitucional. Ese fue el vínculo que garantizó las relaciones entre ambos países.

La clase política cubana, en su conjunto, no atinó a resolver el crucigrama que les dejaba como meras comparsas de una obra elaborada fuera de sus propios intereses. Resultó

¹³Carlos Márquez Sterling viajó con la comisión cubana a Washington en calidad de periodista de *El Mundo*, y recoge esta versión en su obra ya citada (p. 318).

¹⁴ *Ibid.*

ilustrativo que un constituyente liberal como Manuel Sanguily, que hasta el momento se había convertido en un pilar de la independencia nacional cubana, expresara en estos momentos que frente al dilema de república tutelada o intervención indefinida, él prefería la primera. Este sería el sino de la clase política en el periodo que abría la república y cerraría la revuelta de 1933. Ningún gobierno cubano de entonces tendrá una base para gobernar, justificada en alguna "fórmula política", sino en la mejor representación de ese "vínculo" que simbolizó la Enmienda Platt.

LIBERALES Y CONSERVADORES

Una vez cubiertas las exigencias norteamericanas, el general Wood anunció la celebración de elecciones nacionales para elegir al presidente de la república el último día del año de 1901. Todos o casi todos daban por descontado que el generalísimo Máximo Gómez debería ser postulado para ocupar dicho cargo, sin embargo, éste, en uno de sus usuales gestos republicanos declinó, argumentando que "los hombres de la guerra para la guerra, y los de la paz, para la paz", iniciando un viaje por los Estados Unidos para visitar al que fuera Delegado del Partido Revolucionario Cubano, Tomás Estrada Palma, para conversar sobre la conveniencia de que él fuera el candidato.

El prestigio e influencia de Gómez entre la clase política abrió el camino para que Estrada Palma se convirtiera en el candidato presidencial de los partidos Nacional y Republicano, e incluso sin hacer campaña electoral, ganara los comicios de diciembre al no tener rival enfrente. En realidad, el general Máximo Gómez en persona llevó a cabo la campaña de Estrada Palma, mientras que el otro partido nacional del momento, la Unión Democrática, intentó convencer al también general y veterano revolucionario Bartolomé Masó para participar en los comicios. Una corta campaña convenció a Masó y sus partidarios de la inconveniencia de continuar al criticar el contenido de la Enmienda Platt, amén de las

dificultades que encontrarían para integrar las listas electorales de los votantes como demandaba la ley electoral de entonces.¹⁵

Tomás Estrada Palma era, para las nuevas generaciones, “uno de los factores más visibles, admirados y reverenciados de la leyenda revolucionaria”. A decir verdad, no era para menos: compañero de Céspedes; presidente de la República en Armas en una parte del trayecto de los diez años de lucha; preso y exiliado en el mismo periodo; sucesor del mismísimo Apóstol como Delegado del Partido Revolucionario Cubano y su agente diplomático en Estados Unidos, donde tuvo que fungir como director de una escuela para sobrellevar el largo exilio.

Su llegada a Cuba fue el prelude de la cristalización del esfuerzo de dos generaciones de cubanos por fundar un Estado independiente, como expresó el general Máximo Gómez al exclamar “¡creo que hemos llegado!”, cuando Estrada Palma recibió el mando del país de manos del general Wood el 20 de mayo de 1902.

Más que un estadista, Estrada Palma se mostró como un administrador celoso del dinero y como un maestro de escuela frente a un grupo de alborotados adolescentes. No fue el político que necesitaba el país para sentar las bases de la república. La propia clase política isleña no le inspiraba mayor confianza para gobernar cuando dejó a los partidos que lo habían llevado a la presidencia por considerarlos demasiado “radicales”. Es decir, hizo a un lado a la generación del 95 que había peleado en la guerra de independencia y que ahora, se disponía a ocupar los más importantes puestos del Estado. Su visión de la política y del proceso de ésta en un país como Cuba era conservadora y ajena a cualquier otra consideración que alterara su “principio de autoridad”.

La unidad del presidente con las dos principales fuerzas políticas del momento, los partidos Nacional y Republicano, duró poco tiempo, quedando abierta una pugna que terminó por desencadenar una guerra civil entre los liberales, organizados así al fusionarse los

¹⁵ *Ibid.*

nacionales y republicanos, y los moderados, partidarios del presidente Estrada, cuando éste buscó la reelección en diciembre de 1905.

Para entender esta situación habrá que remontarnos a las bases con las cuales se fundó la república en Cuba. La clase política estaba compuesta por diversas élites que buscaban la exclusión de las otras en el ejercicio del poder; no existió un consenso de circulación del poder y, por ende, de institucionalidad en la batalla política. Cuba contó con una serie de agrupaciones de carácter político que no conformaron un sistema de partidos que estabilizarán los disensos de las disputas de la clase política.

El sistema representativo era, en buena medida, presión norteamericana para implantar la democracia, aunque no existieran las bases materiales para ello. En Cuba, la intervención impidió la evolución de una clase política que todavía no acababa de formarse; Estados Unidos apareció como un vigilante que evitó cualquier experimento propio que llevara a estos mismos elementos a construir su sistema.

El sistema político estaba inacabado en lo general porque se evitó la ruptura revolucionaria; no nació algo nuevo después de la independencia sino que se injertó un código republicano a un árbol con raíces coloniales. En este sentido, los administradores norteamericanos nunca suprimieron el entarimado del edificio colonial, dejando vigentes los códigos y leyes heredados de España. Así, la tradición política cubana no podía fundarse sobre un espíritu democrático con una práctica política con raíces del espíritu colonial de la exclusión.

Cuando el Constituyente de 1901 se limitó a discutir y proclamar la primera constitución republicana, se olvidó de adecuar los códigos civil y penal, la ley de orden público y municipal, pues siguieron vigentes los heredados de la colonia. La relación entre el poder central (el presidente) y los poderes locales (municipios) se basaba en el control, como antes lo hicieron los capitanes generales españoles, pues el poder central podía destituir alcaldes, suspender concejales y designar sustitutos, sin más razón que el interés político del gobernante en turno.

En este contexto, no resultan extraños la reacción y el temor a la exclusión de los perdedores frente al poder.¹⁶ Al desatarse la lucha entre los moderados del presidente Estrada y los liberales de oposición, esta dinámica se aplicó con todo rigor, la destitución de alcaldes y concejales no se hizo esperar como lo mostró el caso del liberal Juan Ramón O'Farrill, quien fue destituido como alcalde de La Habana, además de practicarse "visitas" a los ayuntamientos del país con el mismo fin.¹⁷

En este sentido, la administración Estrada Palma fue prototípica, no dejando más camino que la insurrección para esa parte de la élite desplazada del poder, una vez que se consumó la reelección de "Don Tomás", como le llamaban sus partidarios y amigos. Las elecciones de 1905 fueron, según un observador, "una farsa presentada con menos pudor que en tiempos de la colonia", al describir el escandaloso fraude electoral cometido por los moderados al excluir y en muchos casos eliminar de las listas electorales a los liberales.¹⁸

Un enrarecido clima político haría difícil que el segundo periodo de Estrada Palma llegara a buen puerto; los liberales conspiraban, planteando la necesidad de una "revolución" para restaurar un equilibrio perdido con la intransigencia estradista. Muchos veían con temor la influencia de ciertos consejeros del presidente, entre los que se encontraba Dolz, por ser una camarilla "que ejerce nefasta influencia sobre todos los que mandan, ya sean civiles o militares". Orestes Ferrara, veterano revolucionario liberal, reflexionaba tiempo después en el mismo tenor:

¹⁶Ricardo Dolz, senador cercano a Estrada Palma fue el encargado de justificar la necesidad política de la exclusión. Dolz partía de dos supuestos: el primero, una política unitaria, capaz de garantizar la vida institucional de la naciente república y, segundo, como consecuencia del anterior, la exigencia de gobernar con un solo partido, ya que ésta era la única forma de afirmar la autoridad presidencial. Véase Márquez Sterling, *op. cit.*, p. 329 y José M. Pérez Cabrera, "Presidencia de Estrada Palma", en Ramiro Guerra, *et. al.*, *Historia...*, VIII, pp. 14-15. Esta actitud obligaría al general Máximo Gómez a distanciarse del presidente y practicar una oposición a la reelección de Estrada Palma cuando enfermó y poco después murió en 1905.

¹⁷Una frase sintetizaba esta política: "A moderarse", es decir, destituir a todos los funcionarios públicos que no se afiliaran al nuevo Partido Moderado y siguieran una línea de oposición al gobierno. Véase Enrique Gay-Calbó, "Insurrección de 1906 y eclipse de la república", en *ibid.*, p. 19.

¹⁸La legislación electoral disponía la formación de mesas para organizar las listas electorales de cada barrio. Estas mesas deberían estar integradas por los representantes de los partidos contendientes para garantizar imparcialidad en la elaboración de estas listas, pero en las condiciones prevaletentes de la política de "a moderarse", las mesas fueron copadas por los moderados. Los liberales decidieron retirarse de las mismas, dejando a éstos la confección de una elección a su antojo.

Hubiéramos sido gobernados por unas clases o familias privilegiadas. Los puestos públicos se hubiesen transmitido de padres a hijos. El Senado, la Cámara, los Tribunales, hubieran sido meros instrumentos de caciques intelectuales, pero caciques al fin.¹⁹

La insurrección liberal y la posterior intervención norteamericana era un síntoma de que la transición hacia la integración de la clase política todavía no se había completado. La política excluyente del estradismo enfrentó a la propia élite, volviendo a formar dos órbitas mutuamente excluyentes. Sólo la mediación norteamericana logró evitar un enfrentamiento mayor. Como ocurrirá hasta mediados del siglo XX, los Estados Unidos serán el factor de equilibrio y mediación cuando estallen los conflictos entre la élite isleña. Ésta, reconocerá en los enviados norteamericanos al factor de equilibrio de su propio sistema político; desde Estrada Palma hasta Fulgencio Batista, la clase política cubana será incapaz de encontrar ese punto de encuentro que sintetizaba la integración de los intereses de cada una de las élites que la forman.

La primera experiencia republicana en Cuba terminó aumentando las dudas sobre el futuro de la misma, pues la cuasi guerra civil, llamada la "revolución de agosto", mostró la fragilidad de una clase política que dirimía sus conflictos invocando la intervención norteamericana. En esta coyuntura, paradójica y desgraciadamente fue el propio presidente de la república, Estrada Palma, quien utilizó tal "arma" política.

Cuando la insurrección liberal se extendió por tres importantes provincias (La Habana, Trinidad y Las Villas) y se suspendieron las garantías constitucionales, la solución del conflicto se alejó al polarizarse las posiciones. Por un lado, los liberales exigían la anulación de las pasadas elecciones, mientras que el presidente y los moderados no solo no estaban dispuestos a ceder en eso, sino a profundizar la política de "a moderarse". Una fracasada mediación de otro

¹⁹Citado en Márquez Sterling, *op. cit.*, p. 334. En la nueva legislatura, de los pocos miembros liberales elegidos, se encontraron con poco espacio para su tarea legislativa; uno de ellos, Faustino "Pino" Guerra, al abandonar el recinto parlamentario exclamaría "Aquí estamos de más; hay que buscar la justicia en otra parte".

grupo de veteranos revolucionarios sería el preludio de la claudicación de la clase política frente a los Estados Unidos, a quien se le reconoció la potestad sobre los asuntos cubanos.

Un sorprendido cónsul norteamericano, Frank Steinhart, informó a su gobierno de la visita del secretario de Estado cubano, Juan Francisco O'Farrill, enviado por el presidente Estrada para formular una petición ante la crítica situación que reinaba en el país: enviar fuerzas armadas para restablecer la normalidad en las principales ciudades de la isla.

El secretario de Estado de Cuba me ha rogado, en nombre del presidente Palma, pida al presidente Roosevelt el envío de dos barcos de guerra: uno con destino a La Habana; el otro, a Cienfuegos. Las fuerzas del gobierno resultan inefectivas para proteger la vida y la propiedad de los habitantes de la Isla. El presidente Palma convocará al Congreso el viernes próximo, y éste pedirá la intervención por la fuerza. Esta petición de barcos es absolutamente confidencial. Nadie aquí, excepto el presidente, el secretario y yo, está enterado de esta gestión ²⁰

Con la llegada de los primeros barcos norteamericanos se iniciaron nuevas conversaciones para tratar de llegar a un acuerdo, pero ni los moderados ni el presidente Estrada estaban dispuestos a ceder en algo; una marcada incapacidad política gubernamental fue dando mayor grado de intervención a los enviados norteamericanos —encabezados por el secretario de Guerra, William H. Taft— quienes concluyeron en la necesaria depuración de las pasadas elecciones y en reformar todo el sistema electoral. Lo importante de la mediación no estaba en sus conclusiones sino en la capacidad de decisión que tanto los liberales como los moderados les daban; así, cuando Taft estableció el límite de la paciencia norteamericana al urgirlos a llegar a un acuerdo o, de lo contrario, se decretaría la intervención, una de las partes, los moderados y el presidente, decidieron que era mucho mejor esta última opción que cualquier clase de arreglo con los liberales. Las palabras de Ricardo Dolz fueron elocuentes y lapidarias: “prefiero la intervención, porque con arreglo a la Ley Platt es un Estado de Derecho”.

²⁰ Citado en *ibid.*, p. 335.

A las cero horas del 29 de septiembre de 1906 asumió las funciones del gobierno en Cuba el secretario de Guerra de los Estados Unidos, William H. Taft, sin disparar un solo tiro. Con este hecho terminaba la insurrección liberal y se eclipsaría la república cubana por un periodo de dos años y cuatro meses.²¹

En lo político, el partido moderado se disolvió en febrero de 1907, dando origen al Partido Conservador, aglutinando nuevas y viejas figuras políticas mientras que los liberales siguieron divididos en torno a dos caudillos, José Miguel Gómez y Alfredo Zayas.²²

Un bipartidismo liberal conservador dominaría las siguientes dos décadas la escena política cubana, a decir verdad, añadiría poco bueno para cimentar una estructura política democrática. Ahora bien, durante todo este largo periodo, la clase política en su conjunto, con sus diversas élites, no representó el interés del conjunto de la nación, es decir, las diversas "fórmulas políticas" dejaron fuera el problema de la fragmentación nacional en lo social y económico. La actividad política se convirtió en la justificación para el asalto al poder y el aprovechamiento del erario público para beneficio personal. Todos los presidentes y políticos concebirán al Estado como un botín, entronizándose la corrupción como una constante de las distintas gestiones presidenciales.

El primer ciclo republicano se cerrará con el gobierno de Gerardo Machado, quien sin proponérselo iniciará una amplia transición, cuando nuevos actores políticos irrumpirán en la escena nacional, rompiendo con el sistema excluyente creado por la generación del 95. Los sectores medios urbanos y las clases del ejército crearán una nueva élite que incorporará elementos novedosos para la elaboración de una fórmula política.

²¹Después de una semana, Charles E. Magoon, asumiría el cargo de Gobernador, encargándose de la titularidad del gobierno isleño. El rasgo más sobresaliente de la administración Magoon sería la reorganización del Estado de acuerdo a un criterio republicano, adecuando las leyes municipal, electoral, provincial y judicial, además de sentar las bases de la organización del ejército cubano. La intervención estaba haciendo las reformas que los liberales habían reclamado.

²² Gómez era el jefe político de los republicanos, mientras que Zayas lo era de los nacionales. Ambos pertenecían a la generación independentista del 95 y ocuparían la presidencia de la república, Gómez en el periodo 1909-1913 y Zayas en el de 1921-1925.

La descomposición del sistema político llegó a tal grado que una fuerte oposición se fue generando desde afuera de la misma clase política: la clase media urbana, estudiantes, profesionales e incluso organizaciones obreras tomaron conciencia de la necesidad de una transformación radical para regenerar al país, cuando Machado pretendió reformar la Constitución para dilatar su mandato.²³ Una fuerte oposición se levantó contra lo que se denominó "cooperativismo", es decir, esa liga de intereses políticos que permitieron a Machado prorrogar su mandato y asegurar a los congresistas hacer lo mismo. En un principio, la oposición partió de un segmento de la propia clase política quienes encabezaron una "revolución" para manifestar su inconformidad.²⁴

Clausurado el camino democrático, pues todo opositor era suprimido por la fuerza o forzado a tomar el exilio, una nueva forma de protesta se hizo presente en Cuba por primera vez: el terrorismo y el atentado contra las figuras más representativas del "machadato". Con esa idea nacería, en 1932, la más famosa organización insurreccional de la época, el ABC. Como organización clandestina se organizó a través de células que tomaron el nombre de una letra del abecedario, de ahí la denominación de las tres primeras letras del mismo. Sin embargo, el ABC no pensaba en la insurrección popular para derribar al régimen, sino más bien en crear un clima de inestabilidad que obligaría a los norteamericanos a intervenir. Un clima de violencia se apoderó de Cuba; violencia sistemática de ambas partes que desembocó en la desaparición de cualquier indicio de un Estado de Derecho. Junto al ABC surgirían otras organizaciones similares como la Organización Celular Revolucionaria (OCRR), Pro Ley y Justicia y el ABC Radical. Todas ellas estaban formadas por estudiantes y profesionistas de

²³En 1928 el Congreso autorizó una reforma a la Constitución encaminada a legalizar la prórroga de poderes de los propios congresistas y el presidente. El pretexto fue suprimir la reelección presidencial para evitar conflictos políticos como había sucedido en el pasado. Sin embargo, los encargados de votarla no la suprimieron y alargaron el mandato presidencial y de los congresistas por seis años.

²⁴La oposición al interior de la clase política era disímil, pues se encontraban tanto conservadores como el expresidente Mario García Menocal, liberales como el coronel Carlos Mendieta, quien había dispuado a Machado la candidatura liberal a la presidencia en 1924, y Juan Gualberto Gómez ex senador y constituyente en 1901. Ellos encabezaron una "revolución" al viejo estilo pero fracasó ante la superioridad del ejército en 1931, al mismo tiempo que un intento de desembarco e insurrección popular era desmantelado en la provincia de Oriente, fracasando la tentativa de combatir frontalmente a Machado.

clase media urbana; de ellas saldrían una parte de la clase política que gobernaría el país en la década de los cuarenta y cincuenta²⁵

En este punto, la clase política en su conjunto, es decir, tanto liberales como conservadores, fueron incapaces de ofrecer una alternativa al conflicto abierto por los sectores medios urbanos. La crisis del machadato no era otra cosa que la expresión del fracaso de la generación del 95 por construir un sistema político capaz de soportar la irrupción de nuevos actores políticos sin llegar al dilema de la ruptura.²⁶

En este sentido, encontramos un grave conflicto entre la sociedad civil y su propia clase política, pues había dejado de existir cualquier punto de referencia entre la una y la otra; y como sucedió en otras ocasiones, la clase política colocó en las manos norteamericanas la decisión del futuro político del país.

Al entrar el año 1933, el futuro inmediato del régimen era incierto, la violencia política envolvía al país en una atmósfera de odios irreconciliables que ni la llamada mediación del embajador norteamericano Sumner Wells pudo solucionar, hasta que éste invocó a la Enmienda Platt ante la inminencia de una huelga general convocada por la naciente Confederación Nacional Obrera.

Apoyado en un sector del ejército, Wells pudo maniobrar para que Machado entendiera la inconveniencia de continuar en su puesto, cosa que hizo el 12 de agosto de 1933, dejando el poder en manos del propio ejército para que formara un gobierno provisional que recayó en la persona de Carlos Manuel de Céspedes, hijo del iniciador de la independencia en 1868. El

²⁵Véase Jorge I. Domínguez, *Cuba: order or revolution*, Cambridge, Harvard University-Belknap, 1978, pp. 99-100 y Hugh Thomas, *Cuba: la lucha por la libertad: 1762-1970*, Barcelona, Grijalbo, 1982, 2v, II, p. 825.

²⁶Los partidos históricos, los liberales y conservadores, terminarían siendo una caricatura de sí mismos luego de los cruentos años del machadato; ni uno ni otro tuvieron la fuerza para sobreponerse a su condición de organizaciones políticas frente a las fuerzas emergentes antimachadistas. La mediación de Wells se realizó con el concurso de las organizaciones políticas como el ABC, el Partido Nacionalista, Acción Republicana, Organización Celular Revolucionaria, Unión Revolucionaria Comunista; y diversas organizaciones sociales como los profesores de la Universidad de La Habana, Mujeres Opositoras, Maestras Normalistas, así como militantes de diversos partidos, véase Márquez Sterling, *op. cit.*, p. 416.

nombramiento de Céspedes era resultado de la “mediación Wells” y las fuerzas políticas que habían tomado parte en la mesa de ella.²⁷

El gobierno provisional de Céspedes distaba de ser representativo de la nueva situación política en Cuba. Desplazada la clase política tradicional, no todas las nuevas fuerzas políticas aceptaron la mediación y, por lo tanto, participar en ese gobierno; las agrupaciones más radicales como el ABC Radical, el Directorio Estudiantil Universitario y la Confederación Nacional Obrera quedaron fuera, con lo que el foco de inestabilidad no había sido cancelado. La óptica de Wells no captó el significado de la irrupción de nuevas fuerzas que representaban a otros intereses de la sociedad cubana y, por tanto, cambiaban la composición de la clase política, hasta entonces dominada por una tradición política decimonónica entre el liberalismo y el conservadurismo, ajena a la composición moderna de la sociedad cubana, que en las últimas décadas se había transformado vertiginosamente desarrollando segmentos sociales que buscaban su representación política, como los obreros y sectores medios urbanos, a través de estudiantes y profesionistas.

La salida de Machado y la mediación Wells tuvieron como efecto inmediato el configurar una nueva élite política que rompió el molde de la “fórmula política” empleada hasta entonces. Un aire renovador se difundió, dejando sin soporte al gobierno de Céspedes, que hasta entonces se mantenía gracias al ejército y el apoyo del embajador Wells. La continuidad del dominio de la clase política y del sistema que representaba estaba en entredicho aun antes de la salida de Machado; un proceso de renovación en la clase política apareció cuando los estudiantes universitarios a través de su organización, el Directorio Estudiantil Universitario, publicaron un “Manifiesto” donde consideraban la coyuntura como revolucionaria, propicia para “un cambio total y definitivo del régimen”. El cambio se perfilaba en una amplia reforma de las bases políticas que sustentaban el poder en Cuba. El

²⁷Los acontecimientos de 1933 han sido ampliamente estudiados por la historiografía cubana, por ejemplo, Justo Carrillo, *Cuba 1933 estudiantes, yanquis y soldados*, Miami, Instituto de Estudios Interamericanos University of Miami, 1985; Lionel Soto, *La revolución del 33*, La Habana, De. Pueblo y Educación, 1985, 3v.; Samuel Farber, *Revolution and reaction in Cuba*, Middletown, Wesleyan University, 1976.

sistema político mantenido hasta entonces resultaba incapaz de ofrecer una salida al empuje de nuevas fuerzas políticas que pugnaron por abrir el espacio político cerrado hasta entonces, creando en esa coyuntura sus propias formas de participación política, ajenas al tradicionalismo de los partidos decimonónicos.

La renovación de la clase política cubana fue argumentada a través de la reivindicación de dos preceptos: la justicia social y el Estado de Derecho. Los miembros del Directorio consideraban necesario garantizar un sano equilibrio entre el poder y la sociedad, restableciendo la vigencia del Estado de Derecho, entendido como el límite de la autoridad del Estado y la propia clase política ante la voluntad popular, al mismo tiempo que éstos, el Estado y la clase política, garantizarían el bienestar de toda la población por medio del disfrute proporcional de las riquezas nacionales. Esta demanda se ancló en el retorno a la tradición y al legado del Apóstol por construir una nación independiente y soberana, ajena al tutelaje norteamericano y cuya expresión era la Enmienda Platt en cualquiera de sus variantes. Los ideales de Martí se enarbolarán para construir un país independiente y de paso, regenerar del fracaso el proyecto liberal. En esa perspectiva, las fuerzas emergentes se concebían como una revolución por su tarea restauradora del proyecto original de la nación, la de Martí, ante la corrupción y subordinación de la clase política de la generación del 95.

Una nueva élite empujaba hacia la redefinición del papel de la clase política, hasta entonces subordinada al interés geopolítico norteamericano. Esta problemática escapaba, por definición, al gobierno encabezado por Céspedes, de ahí su inoperancia ante la efervescencia que vivía Cuba entonces, pues el pronunciamiento del Directorio fue secundado por fuerzas sociales tan disímbolas como obreros, banqueros, soldados, hacendados, etcétera, contribuyendo a afianzar un audaz golpe de timón cuando la suboficialidad del ejército se rebeló contra sus mandos superiores.

El desplome del sistema político se hizo evidente cuando la única fuerza organizada para mantener el orden en el país se vio paralizada, desde su interior, al quedar rota la tradicional cadena de mando. Las llamadas "clases" del ejército, temerosas de que el ajuste de

cuentas les llegara por el papel del Ejército durante el machadato, buscaron el apoyo de los distintos grupos inconformes con la situación actual. Esto fue el inicio de la llegada de una nueva élite política al poder, abriendo un compás donde se acomodarían las diferentes fuerzas en este nuevo universo. La natural circulación de la élite gobernante requirió de nuevos actores que ofrecieron una gama mucho más amplia de opciones políticas que las que hasta entonces se habían manifestado en Cuba.

LOS NACIONALISTAS

En la madrugada del 4 de septiembre de 1933, un audaz grupo de sargentos²⁸ se apoderó del mando de los principales cuarteles del país, poniendo en jaque a los oficiales del Ejército y, de paso, a la clase política que, inmovilizada, veía impotente cómo los grupos radicales de estudiantes se acercaban al campamento militar de Columbia para proclamar un "gobierno revolucionario". Inmediatamente una "Proclama de la Revolución al pueblo de Cuba"²⁹ estableció la ruptura con el pasado al plantear como objetivos una total reorganización del sistema político y económico en Cuba; convocar a una Asamblea Constituyente; y dar los pasos necesarios para la edificación de una nueva Cuba, constituida sobre "la base sólida de la justicia y la democracia". La proclama la firmaban Fulgencio Batista por los sargentos; Ramón Grau San Martín, como Decano de la Facultad de Medicina de la Universidad de La Habana; Carlos Prío Socarrás, como representante estudiantil; y el periodista Sergio Carbó, director de

²⁸La llamada "conspiración de los sargentos" fue encabezada por los dirigentes del Club de Hombres Alistados, entre los que se encontraban Pablo Rodríguez; José Pedraza; Manuel López Miyoga y Fulgencio Batista. El primero y último eran sargentos de oficina, mientras que Pedraza era el militar del grupo. A este grupo se unieron el cabo Ángel Echeverría y los soldados rasos Mario Alfonso Hernández, Ramón Cruz Vidal y Juan Estévez. Al principio se les conoció como la Junta de los Ocho o la Unión Militar Revolucionaria. Véase Hugh Thomas, *op. cit.*, p. 829; Justo Carrillo, *op. cit.*, p. 167-174 y Márquez Sterling, *op. cit.*, p. 434.

²⁹El documento puede consultarse en Lionel Soto, *op. cit.*, III, pp. 35-36 y Hortensia Pichardo (Comp.), *Documentos para la historia de Cuba*, primera parte, La Habana, De. Pueblo y Educación, IV, pp. 6-9. .

La semana, entre otros.³⁰ A partir de ahí, se popularizó la consigna de “todo el poder a la revolución”, aparecida en el medio dirigido por Carbó.

El mismo Carbó afirmaría al corresponsal de un periódico norteamericano que “al amanecer del 5 de septiembre de 1933, la República llegó a su mayoría de edad, y con gritos de júbilo, escapó de la Embajada norteamericana”, para anunciar un profundo cambio en la composición de la clase gobernante cubana. El embajador Wells reconoció tal hecho al telegrafiar a su gobierno que “lo más inverosímil es que por la mañana el gobierno haya sufrido un colapso en toda la isla”, ante lo cual recomendaba enviar lo antes posible “por lo menos dos barcos de guerra a La Habana y uno a Santiago”.

El gobierno de Céspedes dejó de existir de la misma forma como se formó, a recomendación de Wells, entregando el simbólico poder que sustentaba a la llamada pentarquía la tarde del mismo 5 de septiembre. Al realizar este acto, el secretario de Céspedes insinuó a Grau la forma de “ponerse de acuerdo”, a lo que éste contestó: “¿Ponernos de acuerdo para qué? Ustedes aún no han comprendido que no es cuestión de repartirse los cargos entre ustedes, los viejos políticos y nosotros, los revolucionarios. A ver si se les mete en la cabeza que estamos haciendo una revolución”.³¹

Al desaparecer la presidencia de Céspedes, inmovilizado el Ejército por Batista, sin brújula la clase política tradicional, los estudiantes y maestros radicales, así como el ejército de los sargentos ocuparon, *de facto*, el espacio político dejado por aquellos, huérfanos de la acción norteamericana. No será extraña la reacción de Wells al culpar de todo a los elementos “radicales” y “comunistoides”, que él —como representante del poder tutelar— ya no controlaba.

El Directorio Estudiantil hizo circular una declaración donde se hizo un resumen de la situación al recordar que esta organización se había opuesto a la mediación de Wells y al

³⁰Al calor de los acontecimientos, se formó un gobierno provisional integrado por cinco miembros: Ramón Grau, Porfirio Franca (banquero), Sergio Carbó y los abogados Guillermo Portella y José M. Irizarri, que se le denominó de la “Pentarquía”.

³¹Esta versión se debe a un testigo presencial de estos hechos y posterior figura política de primera línea, Eduardo Chibás, aparecida en *Prensa Libre* el 24 de mayo de 1944 y citado por Thomas, *op. cit.*, p. 837.

gobierno emanado de ella; Cuba vivía en una coyuntura caótica, que requería de la responsabilidad patriótica de todos para salir adelante, haciendo un llamado al

¡Pueblo de Cuba! ¡Esta es tu obra, inmensa, cubana, sin mezcla de intervencionismo más o menos disfrazado! ¡Has ingresado en el concierto de pueblos soberanos y serás respetado por todos!

¡Ayuda, pues a la Revolución, que es tu obra, coopera con el mantenimiento del orden! ¡Viva Cuba libre y soberana!³²

El desplazamiento de la vieja élite política por parte de los estudiantes y sargentos del ejército tuvo que enfrentar la resistencia de los Estados Unidos para reconocer al gobierno de la pentarquía; se iniciaron contactos entre éstos y el embajador Wells sin llevar a ningún resultado, ahondando la crisis política. En ese marco, el Directorio Estudiantil decidió nombrar a Ramón Grau como presidente el 9 de septiembre de 1933. El nuevo gobierno encabezado por Grau era curioso y nos mostraba la caótica situación que vivía la isla, pues el presidente dependía del apoyo político de una organización estudiantil cuya presencia no iba más allá de las escalinatas universitarias; mientras, Batista se concentró en combatir a la oficialidad del Ejército. La derrota de éstos últimos en el Hotel Nacional de La Habana, marcó el giro decisivo para salir de este callejón. Una vez consolidado su control sobre el ejército y sin rivales que le disputaran el mando, Batista³³ emergió como el hombre idóneo para normalizar al país; para muchos, desde la vieja clase política hasta Wells, era la única persona en Cuba que emanaba cierta autoridad, ante el desgobierno que los "estudiantes" representaban.³⁴

³²Citado en Hugh Thomas, *op. cit.*, p. 837 y Hortensia Pichardo (Comp.), *op. cit.*, pp.12-13.

³³Al incorporarse al ejército a los 20 años, Batista tenía la experiencia de los más variados trabajos; su buen aspecto y simpatía le valió mote de "mulato lindo". En el ejército aprendió taquigrafía y fue adscrito a los Consejos de Guerra donde entró en contacto con el aspecto legal del ejército. Identificado con la tropa, se dio a conocer como dirigente en un discurso pronunciado a favor de los suboficiales muertos en el machadato. Véase Thomas, *op. cit.*, pp. 832-33.

³⁴Un hecho significativo que influyó en el ánimo de la población fue la purga que el Directorio hizo de toda la burocracia gubernamental. La dislocación del aparato administrativo del Estado acabó por derrumbar cualquier autoridad estatal.

Las interminables discusiones con la asamblea de estudiantes dificultaban cualquier acción del gobierno, que además no contaba con el aparato para hacer cumplir sus disposiciones; por otro lado, la falta de reconocimiento al mismo por los norteamericanos hacía más difícil su consolidación. Nuevamente un golpe de timón por Batista terminó por destrabar el nudo de la situación política al designar al coronel Carlos Mendieta presidente provisional, ante el asombro de los radicales que vieron como Batista hacía efectiva su decisión al contar con una organización para gobernar: el Ejército.

Los cuatro meses transcurridos desde el golpe de la pentarquía y el gobierno de Grau hicieron florecer las limitaciones de las fuerzas políticas que emergieron en ese momento. Si bien los estudiantes se convirtieron en un factor importante en esta coyuntura, su organización tenía una limitación estructural que el ejército traspasaba por su carácter nacional. En estas condiciones, el ascenso vertiginoso de Fulgencio Batista hasta la cúspide de la clase política se explicará por la inoperancia de todas las instituciones y organizaciones sociales existentes en la Cuba de entonces; ninguna estuvo en condiciones de ser el soporte de gobierno alguno por la fragilidad de sus bases, por carecer de ese vínculo de identificación de intereses entre la base y la dirigencia.

Batista abrió un nuevo ciclo, aprovechando la desbandada y luego colaboración de las figuras más prominentes de la élite liberal y conservadora, así como la dispersión de las fuerzas emergentes una vez disuelto el gobierno de Grau y el Directorio Estudiantil Universitario; sólo el ABC organizará un audaz golpe que fracasará por el apoyo incondicional del ejército hacia la figura de Batista. Una nueva frustración apareció en el horizonte cuando las capas medias desplazadas por la habilidad de Batista se sintieron traicionadas en su revolución renovadora. Para entonces, el ahora coronel Batista, había encontrado el entendimiento con el nuevo representante diplomático norteamericano, Jefferson Caffrey. Para estos críticos, el desplazamiento de la vieja clase política por Batista no había cambiado el lazo estructural del sistema político cubano con los Estados Unidos, identificando a éste último con los intereses norteamericanos. La abrogación de la Enmienda Platt se hizo en 1934 en el contexto de la

política del Buen Vecino de F.D. Roosevelt. Sin embargo, este gesto no cambió en esencia el tipo de relación cubano-americana; la presencia norteamericana siguió siendo muy fuerte e influyente tanto en la política como en la vida social cubana, lo que varió fue el tono no la esencia: en la práctica los intereses económicos yanquis ejercieron una poderosa influencia conservadora al presionar a su gobierno a no asociarse con las fuerzas nativas promotoras del cambio, como fue el caso del efímero gobierno de Grau, redundando en el fortalecimiento de quien les garantizara estabilidad política conservadora.

A raíz de esta influencia, muchos cubanos responsabilizarían a los Estados Unidos de las acciones de su propio gobierno ya sea por intervenir o por no impedir los abusos cometidos por éste. Una corriente nacionalista, originada en la experiencia del 33, identificaría al nuevo orden político con los intereses norteamericanos.

La era de Batista como árbitro de la situación política se prolongaría por una década³⁵, cuando el propio Batista asumiría la responsabilidad presidencial de 1940 a 1944, como culminación de la redacción de una nueva Constitución. Su habilidad política ³⁶ le permitirá sortear con éxito las dificultades de esos años, además de incorporar, en alianzas estratégicas, a nuevas fuerzas ajenas a la órbita política tradicional como los comunistas, quienes colaboraron en su gobierno de 1940.³⁷

La Constitución de 1940 será el intento de cristalizar un ideal político, el de reorganizar a la república y darle un nuevo perfil, de acuerdo al reacomodo político entre las diversas

³⁵En este periodo pasarían por la presidencia el ya mencionado Mendieta hasta 1935 cuando fue sustituido por José A. Barnet, quien un año después entregaría el cargo a Miguel Mariano Gómez, hijo del caudillo liberal y expresidente José Miguel Gómez, hasta que entró en conflicto con el propio Batista hacia finales del mismo año, cuando el Senado lo depuso por el vicepresidente Federico Laredo Bru.

³⁶La figura de Batista ha sido discutida y analizada desde diversos ángulos, que van del apologético hasta el denigratorio; sin embargo, su importancia política en la historia de Cuba debe enfocarse en esa capacidad para maniobrar entre diferentes corrientes ideológicas y aprovecharse de ellas en un momento que ninguna de las fuerzas emergentes lograba consolidarse como una élite gobernante. Para este aspecto véase la obra de Farber ya citada donde habla de un "bonapartismo" criollo abierto con la caída de Machado y representado por Batista.

³⁷Una muestra de esta flexibilidad ideológica de Batista fue la extraña alianza que lo llevó a la presidencia, llamada Coalición Socialista Democrática, donde se congregó la vieja clase política, algunos ex militantes del ABC y los comunistas del Partido Socialista Popular. Véase, Márquez Sterling, *op. cit.*, pp. 505-509; Marcial Martínez, *Cuba. La verdad de su tragedia.*, México, Galeza, 1959, pp. 82-83; y Jorge I. Domínguez, *op. cit.*, p. 101.

fuerzas surgidas de la revolución de 1933 y lo que quedaba de la clase política liberal-conservadora.³⁸

La década de Batista verá la consolidación de una izquierda nacionalista, sin carácter marxista, que había aparecido como rasgo distintivo del periodo abierto en el 33. Esta izquierda se alimentaba con las raíces martianas, por un lado, y de las experiencias del llamado "populismo" latinoamericano, por otro. Su nacionalismo los hacía herederos del legado de Martí, herederos que rescatarían al mítico Partido Revolucionario Cubano. La izquierda nacionalista o los "auténticos",³⁹ plantearán elementos novedosos para construir una nueva fórmula política. Tocarà a éstos rescatar el pasado y vertirlo hacia el presente para plantear un futuro; se sentirán herederos de la gesta libertadora por sus altas virtudes morales y democráticas compendiadas en la figura del Apóstol José Martí.⁴⁰ La preocupación, o mejor dicho, la pasión por Martí articulará el interés por lo nacional, por lo cubano, convirtiéndose en una misión o "magisterio", unánimemente seguido y reverenciado.

Martí será algo más que el padre de la patria y forjador de su independencia, será la "fórmula política" de la izquierda nacionalista. La importancia de este encuentro será capital para el futuro de cualquier élite política en Cuba, pues como creador de un universo político nacional, la figura de Martí se hará la norma para la crítica política durante la segunda república.

³⁸La Constitución de 1940 sentó las bases de un Estado que reflejará las aspiraciones de la revolución del 33: nacionalismo, democracia y bienestar social. Para un análisis detallado de ésta, véase Gustavo Gutiérrez, "La Constitución de 1940 y su peligrosa inoperancia", en Ramiro Guerra, *et. al.*, *Historia...*: VIII, pp. 160-181.

³⁹La palabra *auténtico* apareció entre paréntesis después del nombre del partido para subrayar la continuidad de la doctrina y proyecciones "auténticas" del gobierno revolucionario de 1933, a quien el pueblo señaló como "revolucionarios auténticos" por haber repudiado la "mediación" de Wells e impulsar leyes de transformación social y económica para el país. Su fundación ocurrió en febrero de 1934, integrando a miembros del Directorio Estudiantil Universitario, funcionarios del gobierno de Grau y una docena de organizaciones antimachadistas; su lema enmarcaba sus aspiraciones políticas: "Cuba para los cubanos". Véase "Programa Constitucional del Partido Revolucionario Cubano (Auténtico)", en Hortensia Pichardo (comp.), *op. cit.*, pp. 280-307.

⁴⁰Al respecto véase Ottmar Ette, "Hacia una nueva perspectiva: la recepción de Martí hasta 1953", en *op. cit.*, pp. 89-136, donde el autor analiza la utilización de la figura de Martí como parte del discurso de toda la clase política, desde Batista hasta los auténticos; también Francisco Ichaso, "Preocupación cardinal", en Ramiro Guerra, *et. al.*, *Historia...*: VIII, pp. 335-339. Cabe mencionar que el autor fue un destacado dirigente antimachadista con el ABC.

A diferencia del liberalismo de la generación del 95, los auténticos plantearán un programa de reforma económica y social dentro de un marco político democrático. El nacionalismo auténtico se basaba en una visión optimista sobre el desarrollo de su país, como una entidad plenamente independiente en lo político y abierto al desenvolvimiento económico.

La oportunidad del nacionalismo revolucionario auténtico entró muy rápido en bancarrota al llegar al gobierno y envolverse en las prácticas tradicionales de corrupción y peculado. La "verdadera revolución" anunciada por Grau devino en un simulacro ahogado por la corrupción y la ineficiencia administrativa que llegó a convertirse en el lubricante del sistema. Algunos historiadores⁴¹ han advertido que en este periodo se gestó el verdadero desgaste y descrédito de las instituciones republicanas en Cuba. En apariencia, la corrupción detonó dicho derrumbe, pero un análisis más detallado mostrará que ésta fue consecuencia de una serie de problemas estructurales del sistema político. Las bases de la segunda república, la nacida apartir de la experiencia nacionalista de 1933, confirieron al presidente un poder muy por encima de los otros dos (Legislativo y Judicial), por lo cual no existió el equilibrio necesario para evitar los excesos del Ejecutivo en una cultura política dominada por ese mismo mal desde el nacimiento de la primera experiencia republicana en 1902. Como asignatura pendiente, la denuncia de la corrupción será una bandera de legitimación política de la siguiente generación.

Como presidentes auténticos, Ramón Grau y Carlos Prío, fueron incapaces de atacar los problemas nacionales de Cuba, como habían prometido. Después de ocho años de gobierno, la popularidad auténtica se encontraba disipada y la propia organización fragmentada. Una nueva frustración se sumaba al historial político cubano. En su momento, al ser elegido como presidente constitucional, Grau había sido el candidato presidencial más

⁴¹ Cfr. por ejemplo Jorge I. Domínguez, *op. cit.*, pp. 93-95; Louis A. Pérez, *Cuba between reform and revolution*, New York, Oxford University Press, p. 285; E. Vignier y G. Alonso, *La corrupción administrativa en Cuba 1944-1952*, La Habana, Ed. Ciencias Sociales, 1973, y Hugh Thomas, *op. cit.*, pp. 659 y 761.

votado de la historia republicana; en torno a él y su partido, se congregaron las esperanzas de la revolución que construiría, por fin, una nación en el amplio sentido de la palabra.

En 1947, escandalizados por el nulo avance del programa social y económico, una parte de ellos se desprendió para formar bajo el liderazgo de Eduardo Chibás una nueva organización, el Partido del Pueblo Cubano conocido como "Ortodoxo", para reafirmar su apego al legado del Apóstol y a la renovación nacionalista vislumbrada en el 33. Su programa no era muy diferente al de los auténticos, salvo en su rigurosa devoción a la labor gubernativa, como anunciaba su lema "Vergüenza contra dinero". Sin embargo, la aparición ortodoxa no contuvo la erosión de toda la clase política, para quien había pasado el tiempo de la reforma.

Chibás, con sus arengas incendiarias contra la venalidad oficial, aparecía más como un fiscal en busca de notoriedad que un líder político capaz de atacar el problema fundamental de la clase política cubana. Sin embargo, su liderazgo fue tan popular que escindió a la élite gobernante del momento⁴², para rivalizar con el sucesor de Grau en la presidencia, Prío, y amenazar la continuidad en el poder de los auténticos de no haber terminado sus días al quedar en entredicho su prestigio para comprobar una acusación de corrupción contra el ministro de Prío, Aureliano Sánchez Arango.

La muerte de Chibás en agosto de 1951, tras una agonía de varios días luego de dispararse mientras concluía su tradicional programa de radio, cambiaría la ecuación política en Cuba. El ciclo del nacionalismo no terminaría con la muerte de Chibás, las fuerzas desarrolladas en este periodo buscarán un nuevo cauce que tardarían en encontrar hasta la llegada de su nuevo profeta.

⁴²A la fundación del Partido Ortodoxo acudieron 15 senadores, 26 representantes y otro número similar de alcaldes auténticos, además de un grupo reciclado de abecedarios. Para un observador de la época, "la ortodoxia era un remiendo y tenía una base popular muy diferente a su dirigencia. En las alturas era un partido conservador, en la masa resultaba una agrupación de extrema izquierda, sin rumbo fijo". Márquez Sterling, *op. cit.*, p. 533. Sobre el programa ortodoxo y el papel de Chibás en el descrédito del sistema político, *cfr.* Louis A. Perez, *op. cit.*, p. 287 y Domínguez, *op. cit.*, 113.

CAPÍTULO III

LA POLÍTICA COMO LECCIÓN MORAL

Fulgencio Batista irrumpió, la madrugada del 10 de marzo de 1952, en el campamento militar de Columbia con el beneplácito de los jefes militares en turno. El gobierno del presidente Carlos Prío Socarrás, sin oponer resistencia alguna, dejó el camino libre para que Batista tomara el poder sin ningún problema. Los golpes de Estado no eran tan ajenos en la historia política cubana, sin embargo, éste sería el punto de partida para una serie de acontecimientos que en poco tiempo cambiarían la historia de Cuba.

El 10 de marzo rompió con una institucionalidad difícilmente cuajada en la frágil tradición democrática cubana, alcanzada apenas un par de décadas atrás en un proceso por demás traumático y que de alguna manera se cerraba con este acontecimiento. Se abrió entre la clase política isleña, un debate sobre la pertinencia del sistema democrático. Debate que pese a su trascendencia no provino de sus estratos más representativos, sino de una nueva generación que en esos momentos apenas asomaba a la vida cívica de su país y se incorporaba a las actividades políticas formales.

El debate sobre la democracia impulsará la formación de nuevos grupos que de impugnadores se convertirán en transformadores de su propia realidad política hasta revolucionar los cimientos

mismos en que se basaba la clase política cubana. A veces imperceptible en su momento, este proceso dará origen a una nueva clase política que se fundará en el debate democrático sobre el propio sistema político y la legitimidad de la élite para gobernar. En este proceso, encontraremos una nueva "fórmula política" que argumentará en ambos sentidos la necesidad de una renovación por medio de la insurrección, ante la cancelación de las vías democráticas para hacerlo.

El golpe de Estado del 10 de marzo de 1952 marcó a una joven generación sobre su concepción de la política y sus representantes en Cuba, incluidos los comunistas del Partido Socialista Popular. Esta nueva generación pensaba que las posibilidades de cambiar esta situación eran mínimas mientras prevaleciera la estructura política que había propiciado a Batista y a la corte de políticos que medraban tras él. La clase política cubana, en esta coyuntura, eludió el reto que le presentó la nueva irrupción en el poder por parte de Batista para justificarse ante su propia sociedad, al mismo tiempo que una nueva generación, sobre todo de profesionales de clase media urbana, sintió amenazada sus expectativas de ascenso social y político con la reedición de un gobierno de Batista, al evitarse la circulación natural en el ejercicio del poder.

EL RETORNO DE BATISTA

Carente del apoyo popular y ante el inmovilismo de la clase política local, el presidente Carlos Prío Socarrás quedó paralizado cuando le llegaron los informes de la conspiración de un grupo de jóvenes oficiales del ejército para derrocarlo. La madrugada del 10 de marzo se enteró que el general,

expresidente y uno de los candidatos presidenciales de los próximos comicios, Fulgencio Batista, había entrado al campamento militar de Columbia para encabezar a los complotados; reunido en el Palacio presidencial con su gabinete, Prío sólo alcanzó a enviar una declaración a la prensa donde confirmaba el levantamiento militar, esperando que los jefes del ejército se mantuvieran fieles a la legalidad, apelando a su moralidad contra las tentativas de "un hombre ambicioso"¹.

Mientras, una a una las guarniciones militares recibían el siguiente mensaje desde el campamento de Columbia: "Comunico a usted que el general Fulgencio Batista y Zaldívar se ha hecho cargo de las Fuerzas Armadas. Gobierno destituido. Reúna la fuerza inmediatamente y notifíquelo a este centro. Acuse recibo esta vía haber cumplimiento". También una a una, las guarniciones militares se fueron sumando al golpe, mientras Prío no hallaba la forma de salir lo mejor librado del asunto.

Acompañado por un pequeño grupo de colaboradores, entre los que se encontraban los legisladores matanceros Vicente Tejera y Sergio Megías, además del líder auténtico Tony Varona, el todavía presidente abandonó La Habana buscando un lugar seguro en Matanzas pero ante el desfavorable panorama militar, decidió regresar a la capital para asilarse en la embajada mexicana, donde encontró a varios ministros de su gobierno como Rubén de León, Segundo Curti, Ricardo Artigas y Aureliano Sánchez Arango. Para la madrugada del 11 de marzo, el gobierno de Carlos

¹ La nota entregada a la prensa habanera, decía lo siguiente: "Tengo noticias de que el estado mayor del ejército ha sido tomado por antiguos oficiales que siguen instrucciones del general Batista. Los mandos del ejército en las distintas provincias, han reportado que mantienen su lealtad al régimen legítimo constitucional. No puede pasar inadvertido al pueblo lo que significaría para la república que se rompiera el régimen constitucional cuando todos los partidos se disponían a concurrir a una consulta electoral.

"Yo confío en la moral y en el valor del pueblo de Cuba para que mantengan su lealtad al juramento de fidelidad prestado a la república; y a los obreros, a los estudiantes, a los campesinos, a los industriales, en una palabra, a todos los cubanos, para resistir este alevoso ataque. En los cubanos confío". Véase Mario Mencía, *El grito del Moncada*, La Habana, Editora Política, 1986, 2v, I, pp. 70-71; también Hugh Thomas, *op. cit.*, p. 1012.

Prío Socarrás había dejado de existir, con más pena que gloria. Un agudo periodista, escribió al observar estos acontecimientos, que por otra parte, describía muy bien a su clase política:

Se cayó como una fruta podrida, casi por su propio peso, víctima de sus intrigas políticas, de sus desafortunadas ambiciones y de su desprecio a la opinión pública, base del régimen democrático. Como otros trepadores más o menos vivaces de su generación, [Prío] no concebía el cargo público más como una escala de enriquecimiento rápido y el papel de sus colaboradores más cercanos, sino como parte de un plan encaminado, invariablemente, a la acumulación de una fortuna [...] En resumen, la caída de Prío sin resistencia real, sin un gesto, sin oponerse el sacrificio de una molestia física, es una caída sin dignidad.²

En poco tiempo, Batista fue controlando la situación en el país al pactar y negociar con las distintas fuerzas políticas organizadas como los sindicatos o los mismos partidos. En sus primeras declaraciones públicas, Batista justificaba el golpe de Estado en prevención de un auto golpe que preparaba el mismo presidente Prío:³

Este golpe fue organizado por una junta militar secreta compuesta por capitanes y tenientes descontentos, al igual que la tropa, por la falta de garantías para los soldados y la policía por parte del gobierno, en sus actividades de persecución de actos ilegales.

Además, por tres conductos, uno de ellos directo del palacio, pude enterarme del propósito de Carlos Prío de dar un golpe de Estado el 15 de abril, si para esa fecha no había seguridad de que el pueblo diera el triunfo a Hevia. Conociendo ese propósito, e invitado a tomar la dirección de un movimiento serio, me decidí seguro de servir a la república.⁴

² Véase Ramón Vasconcelos en *Alerta*, citado en Mencía, *op. cit.*, p. 77.

³ En esos días se manejaron varias versiones sobre las razones de Batista para encabezar el golpe del 10 de marzo; la primera fue la difundida en todas las proclamas del nuevo gobierno, acusando a Prío de tener intenciones de permanecer en el poder después de finalizado su mandato constitucional; la segunda, dada por el propio Batista cinco años después fue que el candidato ortodoxo, Roberto Agramonte, de llegar a la presidencia, tenía planeado desatar una gran persecución contra toda la oposición. De cualquier modo, Batista trataba de "adelantarse a los acontecimientos", como él mismo reconoció. Cfr. Jules Dubois, *Fidel Castro ¿Rebelde, libertador o dictador?*, Buenos Aires, Grijalbo, 1959, pp. 26-27 y Hugh Thomas, *op. cit.*, pp. 1006-1008. Al mismo tiempo, en los corrillos políticos de La Habana se comentaba que el verdadero motivo de Batista era el de "recuperar" en algo su menguada fortuna luego del costoso divorcio con su primera esposa y después de siete años fuera del poder llevando un tren de vida principesco.

⁴ Véase Mario Mencía, *op. cit.*, I, pp. 1-2 y *Bohemia*, N.º. 11, marzo 16 de 1952; citado en *Moncada, antecedentes y preparativos*, La Habana, Fuerzas Armadas Revolucionarias, 1972, p. 52.

Hablando para justificar lo injustificable, Batista decía encabezar un movimiento militar para salvar a la república no sólo de la dictadura sino también de la corrupción de los políticos auténticos que habían hecho un “régimen de sangre y corrupción que ha destruido instituciones, creando desorden y burla en el Estado, agravado por sus siniestros planes”. Sin embargo, el golpe del 10 de marzo si bien inició gracias a un grupo de jóvenes oficiales del Ejército, muy pronto éstos se vieron desplazados por los incondicionales de Batista en los principales puestos del gobierno, acabando con la efímera junta militar que nunca pudo controlar a Batista, dejando el poder en sus manos.⁵ El control de Batista sobre los complotados fue absoluto, como meses después lo confirmó el ex vice presidente de Prío, Guillermo Alfonso Pujol, en una versión aparecida en *Bohemia* donde describió el clima de intrigas manejadas por el propio Batista para cubrirse a sí mismo como el instigador y operador del golpe. La lectura del relato de Pujol ilustra sobre la personalidad de Batista y también sobre el papel del ejército dentro del propio sistema político cubano.⁶

Las primeras medidas del nuevo gobierno fueron dadas a conocer por medio de una “Proclama” al pueblo donde quedaba de manifiesto el carácter golpista del 10 de marzo al declarar

⁵ El grupo promotor del golpe: diez oficiales de Columbia, ocho de La Cabaña, seis de la Marina de Guerra y Rafael Salas Cañizares por la policía, proclamaron al mediodía del 10 de marzo que “Los miembros del ejército, la marina y la policía que suscriben constituidos en Junta Militar Revolucionaria, informamos al pueblo que hemos gestado este movimiento para evitar a Cuba la vergüenza del régimen de sangre y peculado, que ha desintegrado las instituciones y creado el desorden y la anarquía en la república”. Este comunicado pasó inadvertido ante las declaraciones de Batista y de la “Proclama” al pueblo de Cuba hecho por el nuevo Consejo de Ministros. Véase, Mencía, *op. cit.*, pp. 79-80.

⁶ Pujol cita a Batista: “En el ejército, hay un movimiento de jóvenes oficiales que se encamina a la destitución del Presidente Prío y a su sustitución por el Vicepresidente de la República. Me tienen por la figura que debe darle la tonalidad histórica al movimiento. Si los desoímos, se corre el riesgo de que lo hagan por su cuenta y eso es muy peligroso dada la ausencia que tiene los militares del sentido de orientación política”, G.A. Pujol, “Ante la historia”, *Bohemia*, octubre 5 de 1952, véase *Moncada...*, pp. 14-25. El biógrafo de Batista Edmund Chester, por su parte, transcribe la opinión de éste al momento del golpe de marzo: “Que lo intenten otros, si quieren. Que utilicen, si les parece los mismos argumentos y que pronuncien las mismas palabras. Jamás podrán entrar en Columbia, como lo hicimos nosotros, porque para conseguirlo... hay que penetrar en el corazón de los soldados”. *Ibidem*, p. 37.

“vigentes la Constitución y las leyes en todo cuanto no se oponga al régimen que por el presente se establece”. Según este documento⁷ una Junta Revolucionaria —sin especificar cómo y cuándo se integró— había decidido que Fulgencio Batista asumiera la jefatura del Estado y que se hiciera cargo de organizar y dirigir los poderes ejecutivo y legislativo, asesorado por un Consejo de Ministros. Se declaraban “cesadas de sus cargos a las personas que ejercían el poder ejecutivo” y se ponía en vigor la Ley de Orden Público que prohibía todo tipo de manifestación y reunión mayor de tres personas, además de suspender por 45 días el derecho a huelga y otros derechos civiles con el “propósito patriótico de mantener con firmeza la garantía de todos los derechos, para traer la paz, el orden y el sosiego público a la familia cubana conturbada, y anheloso de prestarle un nuevo servicio a Cuba en esta hora de tribulaciones”.⁸

El 4 de abril se promulgaron los llamados Estatutos Constitucionales, donde quedó establecida la nueva estructura estatal. En ellos se estipulaba que el gobierno quedaría constituido por un presidente de la república, un Consejo de Ministros y un Consejo Consultivo. Los miembros de éste último serían nombrados por el presidente de la república y tenían como función “hacerse oír” por el Consejo de Ministros, quien por su parte designaba al presidente de la república, quien a su vez, nombraba a cada uno de los miembros de ese consejo.

Los Estatutos reformaban al sistema judicial al crear el Tribunal de Garantías Constitucionales, de quienes dependería todo el aparato de impartición de la justicia. No es de extrañar que los magistrados también fueran designados por el presidente, es decir, por Batista.

⁷ La “Proclama” puede consultarse en *ibidem*, pp. 62-64.

⁸ *Ibidem*.

Del mismo modo que un solo hombre controlaba los tres poderes, también se suprimió la autonomía estatal y municipal, dejando nuevamente al presidente la facultad de remover y nombrar libremente a los funcionarios que se ocuparan de la administración en esos niveles.

El Código Electoral quedó suprimido y se declararon nulos los derechos de las organizaciones políticas, al mismo tiempo que, paradójicamente, se señaló el tercer domingo de noviembre de 1953 como la fecha para la celebración de elecciones generales.⁹

En junio, Batista trató de explicar las razones de su permanencia en el poder. En varios discursos intentó darle un perfil político a su gobierno al definirlo como un "movimiento de liberación" que había terminado con la corrupción y la anarquía del anterior gobierno. Prometía una política de bienestar social, pero pedía tiempo para estudiar los problemas con el fin de "eliminar el cáncer que estaba consumiendo los órganos vitales de la nación".¹⁰

LA RESPUESTA DE LA CLASE POLÍTICA

⁹Estas elecciones no se celebrarían sino hasta un año después de lo indicado.

¹⁰Cfr. Hugh Thomas, *op. cit.*, p. 1031. En la declaración preliminar de los Estatutos con los que sustituyó a la Constitución se anunciaba el primer intento por darle un sustento político al 10 de marzo, al presentarlo como una restauración de los ideales revolucionarios del 33 cuando apunta que "Ante este cuadro de desolación y de crisis, lleno de sombríos augurios, fue necesario retomar el punto de partida de la Revolución, como fuente de derecho, para asegurar la pacífica y democrática convivencia nacional, salvaguardar los avances sociales, defender la moral y mantener el ritmo del progreso, que es la sustancia de la Revolución y que sólo puede impulsarse dentro de un ambiente de paz, de respeto a la vida y a la persona del ciudadano, al amparo del trabajo y de plenas garantías para el capital de inversión". Mencía, *op. cit.*, p. 1.

La precipitada huida de Prío a la embajada mexicana había dejado sin cabeza al partido gobernante, el Auténtico, que como organización política no hizo pronunciamiento alguno en torno al golpe de marzo, como no lo hicieron los otros partidos que integraban la coalición que lo había llevado al poder.¹¹ El dirigente liberal, Eduardo Suárez Rivas, estableció contacto con la cabeza visible de los auténticos, Tony Varona, para hacerle ver la necesidad de negociar la situación que había creado el golpe, sobre todo cuando se enteró que el representante del partido demócrata, José Raimundo Andreu, estableció contactos con gente cercana a Batista como Jorge García Montes, Carlos Saladrigas y Ramón Hermida, para buscar una “fórmula constitucional” al 10 de marzo, aun cuando Prío todavía se encontraba en la sede diplomática de México. Rivas argumentaba a Varona: “Yo creo que debemos propiciar una reunión de jefes de partidos a fin de analizar los acontecimientos y trazarnos un plan. No importa lo ocurrido [sic], hay un hecho indiscutible: los partidos políticos son los vehículos indispensables para cualquier gestión”.¹² El oportunismo de los dirigentes partidistas facilitó las cosas a Batista para aianzarse en el poder, pues no encontró ninguna resistencia para ello; como vemos, buena parte de la élite política veía a los partidos como un instrumento para “tranzar” cualquier arreglo político en beneficio personal y no como partes de un sistema político.

¹¹Los partidos integrantes de esta coalición eran el Liberal, Republicano y Demócrata.

¹²Al respecto véase el excelente relato de la sección “En Cuba” de *Bohemia*, N°12, marzo 23 de 1952, donde se describen las maniobras de los dirigentes políticos para acomodarse a la nueva situación. El agudo redactor de *Bohemia*, sintetizó así la situación: “En realidad, nadie sabía a qué atenerse. Muchos confiaban en que los dos hábiles prestidigitadores del PD, Andreu y Rodón, hallaran una salida, o más bien un puente entre sus obligaciones de partido y su anhelo de salvación burocrática. Del régimen fenecido nadie se acordaba ya. Había mucha paciencia en el porvenir para no pensar en el pasado”. Citado en *Moncada...*, p. 82.

Palpando la situación, Batista declaraba desdeñosamente que “es muy temprano todavía para los políticos. Nada puedo decir ahora. A lo mejor si digo que sí, mañana tendré que decir que no”¹³. El 17 de marzo, los líderes parlamentarios auténticos, ortodoxos y liberales, discutieron un proyecto a presentarse en el Congreso donde se hacía un llamado al poder judicial y a los tribunales de Cuentas y Garantías Constitucionales para enjuiciar al golpe.¹⁴ Con dicho documento, la mayoría de los legisladores ortodoxos —los auténticos acudieron en poco número, pese a la convocatoria de Varona— llegaron a la sede del Congreso donde les esperaban tropas del ejército que impidieron su paso; después de ciertos amagos, la soldadesca los dispersó a tiros, poniendo fin al intento del poder legislativo por sesionar y pronunciarse sobre la situación reinante en el país.¹⁵

Como lo señalaba el editorial de *Bohemia*, la ortodoxia había sido la única organización política nacional que articuló una respuesta opositora al golpe, defendiendo la legalidad democrática, sin embargo, ésta más bien parecía una acción para cubrir el expediente pues no fue más allá de las declaraciones, denuncias y peticiones que se hicieron en el momento. Así, pocas horas después de enterarse del golpe, el candidato ortodoxo a la presidencia, Roberto Agramonte, llamaría a utilizar todos los medios al alcance para “respetar la organización democrática del Estado”, exhortando a los

¹³Uno de los encargados de la gestión mediadora, Jorge García Montes, diría escuetamente “una cosa que mató de entrada la 'fórmula constitucional' fue la precipitada carrera de muchos congresistas hacia Columbia”. Véase Mencía, *op. cit.*, p. 116.

¹⁴A petición de los ortodoxos Pelayo Cuervo y Manuel Bisbé, se sustituyó la referencia a las gestiones sobre la “fórmula constitucional” por la solicitud de juicio, según consta en el considerando Quinto, Véase *Moncada...*, pp. 110-111.

¹⁵Una semana después, el 23 de marzo, *Bohemia* editorializaba sobre la suerte de la clase política cubana: “Al cierre de esta edición eran muy pocos los políticos aliancistas que se disponían a recorrer el pedregoso sendero de la oposición. Para sorpresa de muchos no eran los compañeros de partido del presidente depuesto los que protestaban por el golpe, sino sus adversarios de la ortodoxia, ganándose con ello numerosas, aunque breves detenciones, principalmente el candidato presidencial del PPC(O), Roberto Agramonte”. Véase *ibidem*.

cubanos, sin distingo partidistas, a cerrar filas en defensa de la democracia y de las libertades públicas.

La noche del mismo 10 de marzo, en un pronunciamiento más extenso, el partido ortodoxo definió la toma del poder por Batista como “un alevoso atentado contra la Constitución”; descalificaba las supuestas razones aludidas por Batista debido a que él mismo era parte del problema por su acción pública anterior, al regir irresponsablemente los destinos cubanos. El documento finalizaba ratificando los principios de la ortodoxia, condenando “los actos como el 10 de marzo, y reitera, con más fervor y coraje que nunca, su decisión de seguir luchando por sus ideales y de resistirse por todos los medios a su alcance a la situación de ilegalidad y de brutal imposición que se engendra hoy en los cuarteles”.¹⁶

El 16 del mismo mes, como todos los días 16 de cada mes desde su muerte, militantes y simpatizantes de la ortodoxia acudieron a la tumba de Eduardo Chibás. El ambiente y la coyuntura política hacían de esta cita ortodoxa un momento culminante para llamar a los seguidores del ideario chibasista a cerrar filas en torno a la política del partido. En voz de Emilio “Millo” Ochoa, se dio lectura a un manifiesto, donde se reiteraban los conceptos vertidos en los anteriores documentos advirtiendo que ante la dictadura no cabían las transacciones, y para no acusar al partido de que solo protesta sin señalar vías de acción, declaraba que para el Partido del Pueblo Cubano, no hay más solución que la siguiente:

¹⁶Cfr. Mencía, *op. cit.*, p. 120. Entre las medidas alegadas por la dirigencia ortodoxa estuvieron una apelación a la Organización de Estados Americanos el 15 de marzo, donde pedían se condenara el golpe; la presentación de una denuncia ante el Tribunal de Garantías Constitucionales, donde se detallaban las infracciones cometidas por los golpistas y una petición a la Secretaría General de la ONU condenara también el golpe.

1) La formación inmediata de un gobierno inequívocamente neutral y por lo tanto ajeno a la influencia directa e indirecta de Fulgencio Batista. 2) El restablecimiento inmediato de todas las garantías constitucionales por ese gobierno. 3) La convocatoria inmediata, en un ambiente de absolutas garantías, a elecciones para todas las magistraturas políticas nacionales y provinciales que proceda, de manera que puedan ser ocupadas en las fechas que señala la Constitución y la ley, por los mandatarios que el pueblo libremente elija.¹⁷

Por otra parte, el caso del Partido Socialista Popular no era diferente. A través de su periódico *Hoy*, el 11 de marzo llamaba a las masas populares de todos los partidos "a agruparse, a unirse, a formar nuevos comités de frente único, a luchar por que se mantenga vigente la Constitución, porque se respeten las libertades públicas y los derechos democráticos, porque se celebren elecciones libres el próximo primero de junio". Sin embargo, al igual que los ortodoxos, sus llamados a la unidad y por el respeto a la constitucionalidad del sistema político no llegaron más allá de estas declaraciones.

Por su parte la cúpula de la Confederación de Trabajadores de Cuba (CTC), amagaba con una huelga general el mismo 10 de marzo, sin embargo, muy pronto terminaría plegándose a la nueva situación política, cuando Batista prometió respetar las conquistas sindicales. El dirigente de la CTC, Eusebio Mujal apareció conferenciando con el ministro de trabajo de Batista, Jesús Portocarrero, el 12 del mismo mes. Al salir de su entrevista con éste, Mujal declaró que: "Consciente de mis deberes como secretario general de la CTC, di entero crédito a las palabras del

¹⁷La proclama ortodoxa puede consultarse en Mario Mencía, *Tiempos precursores*, La Habana, De. Ciencias Sociales, 1986, p.8 y *Moncada...*, pp. 101-105. La dirección ortodoxa amenazaba, en caso de que Batista se empeñara en seguir en el poder, con integrar y movilizar un llamado Frente Cívico Nacional para organizar todas las formas que la misma Constitución autorizaba. Las medidas de presión política se limitaban a recomendar el no pagar impuestos y reducir a lo indispensable las compras diarias. Véase Raúl Castro, "VIII aniversario del 26 de Julio", en *Selección de discursos y artículos 1959-1974*, La Habana, Ed. Política, 1988, 2v, I, p. 42.

doctor Portocarrero, revocando la orden de huelga general cuando se me garantizaron las conquistas sociales y se ordenó la libertad de los trabajadores presos".¹⁸ Al finalizar esa misma semana, la cúpula del movimiento obrero, con Mujal a la cabeza, se entrevistaron con Batista para exponerle sus condiciones para negociar. El pliego expuesto contenía siete condiciones: 1) Mantenimiento de las conquistas sindicales; 2) Respeto a los dirigentes obreros; 3) Mantenimiento de los representantes actuales en los organismos afines al movimiento obrero; 4) Devolución del Palacio de los Trabajadores; 5) Relación estrecha entre el ministro de trabajo y la CTC; 6) Ratificación de una rígida política anticomunista; y 7) Garantía a la CTC en los organismos internacionales como la Organización Regional Interamericana de Trabajadores (ORIT) y la Confederación Internacional Obrera de Sindicatos Libres (CIOSL). La justificación expresada por Mujal planteaba la "responsabilidad" del movimiento obrero y Batista para servir a los intereses del país, a lo que Batista respondió complacido la actitud de los dirigentes obreros, que "han sabido corresponder sensatamente a la opinión de las masas trabajadoras [...] he visto que han sabido captar con inteligencia la identidad entre mis propósitos y los que alientan las luchas históricas del proletariado".¹⁹

El único grupo organizado que ofreció apoyo al presidente Prío fue la dirigencia de la Federación de Estudiantes Universitarios (FEU), cuyos integrantes acudieron al palacio presidencial para entrevistarse con el presidente. Al recibirlos, los representantes estudiantiles universitarios le

¹⁸*Ibid.*, pp. 110-114.

¹⁹*Ibid.* La revista *Bohemia*, por su parte, reportaba uno de los costos del pacto de no agresión entre Mujal y Batista al señalar la embestida contra los líderes adictos al gobierno de Prío entre los ferroviarios, azucareros y transporte urbano. Mujal argumentaba que lo importante era "salvar las conquistas logradas por el movimiento obrero. Hay que defender la personalidad legal de todas las organizaciones sindicales y mantenerse al margen de las alternativas políticas".

preguntaron las medidas que había acordado para defender a su gobierno del golpe de Estado; éste contestó que se encontraba “estudiando la situación” para proceder de la mejor manera posible. Ante la insistencia estudiantil, Prío informó que se iría a alguna guarnición militar leal para iniciar la lucha, acordando con los estudiantes el envío de armas al *campus* universitario para defender al gobierno. Las armas nunca llegaron y los estudiantes, en sesión del Consejo Universitario, acordaron suspender las clases hasta que fueran restablecidas las garantías constitucionales al mismo tiempo que difundieron una proclama dirigida a los miembros del ejército para oponerse al golpe. Igual actitud asumieron los estudiantes de la Universidad de Oriente, quienes llamaron a integrar un movimiento que tendiera a devolver el ejercicio del poder a los civiles. El gobierno golpista trató de apaciguar la protesta estudiantil prometiendo nuevos fondos para una ciudad universitaria y tolerando las actitudes disidentes provenientes de la universidad, pues fuera de este espacio, la protesta estudiantil no encontró eco entre la sociedad cubana.

LA RUPTURA

Un vacío político empezó a ser percibido por esta nueva generación. El joven militante ortodoxo Jesús Montané, describió el clima que imperaba entre los de su generación luego del golpe del 10 de marzo:

El escepticismo reinaba por doquier. La nación no encontraba quien la guiara a un puerto seguro y feliz. El artero golpe del 10 de marzo del 52 había sumido a nuestros politiqueros en un mar de dudas y vacilaciones.

...[Los jóvenes] tocaron muchas puertas buscando la orientación correcta, la consigna de combate, pero sólo recibieron de esos falsos líderes (verdaderos ídolos de barro) consejos paternos de que había que tener calma, que había que esperar, etc., etc.²⁹

La organización ortodoxa será el semillero de los futuros cuadros políticos que se opondrán a Batista en los próximos años. Es importante consignar que en el partido Ortodoxo se encontraba gran número de jóvenes fascinados por la elocuente oratoria de su líder Eduardo Chibás, muerto por su propia mano meses antes en un vano intento por despertar la conciencia cívica de la población en contra de la corrupción imperante. Chibás era, aun muerto, el guía y maestro de la juventud ortodoxa que estaba dispuesta a seguir los pasos de aquél. Para la juventud ortodoxa esta es una tarea a seguir en lealtad al maestro inmolado. La figura y estilo político de Chibás será adoptada por la nueva generación como un signo de identidad; para ellos, la política será un continuo ejercicio de virtudes cívicas que se resumirá en el lema ortodoxo de "vergüenza contra dinero".

Vergüenza contra dinero; ahí se resumía el reclamo de la juventud hacia sus mayores que habían sucumbido frente al dinero. Ellos aceptaban la vergüenza y la asumían como su seña de identidad. El vacío dejado por la muerte de Chibás abrió las perspectivas para el surgimiento de esta insatisfacción juvenil que hasta entonces había llenado su liderazgo carismático y verbo encendido. Los sucesores de Chibás en la dirección ortodoxa no supieron percibir este cambio de aires que se estaba dando no sólo al interior del partido, mostrando poco interés por las inquietudes de sus noveles militantes.

²⁹Citado por Mencía, *Tiempos...*, p. 7.

Uno de estos aguerridos jóvenes le hacía ver esta situación a José Pardo Llada, en ese entonces vocero del partido, al comentar la manifestación ortodoxa frente a la tumba de Chibás el 16 de marzo, cuando le señalaba que

Haciendo un recuento de la jornada de ayer [...] quiero manifestarle, primeramente fiel a la consigna de nuestro partido, que no se hicieron ahí los pronunciamientos necesarios que de acuerdo con el estado de cosas imperantes, y después, como partidario decidido a acabar con este régimen de fuerza, que de ahí no salía lo que el pueblo de Cuba quiere.

Se esperaban muchas cosas, hasta los papelititos necesarios en estos casos, que dicen mucho, pero en el fondo no dicen nada; pero sobre todas las cosas, se esperaba la combatividad ortodoxa, irreductible en todos los momentos, persiguiendo como meta única acabar de una vez y para siempre con el ladronismo, el bandidaje y otros desmanes que han representado la mayoría de todos los gobernantes que hemos padecido los cubanos.²¹

El clima prevaleciente luego del golpe del 10 de marzo marcó las condiciones para el rompimiento político que se avecinaba, pues como lo percibió Abel Santamaría, no era posible seguir haciendo política a través de los canales tradicionales, esto es, los partidos; al mismo tiempo que se abrió la posibilidad de disputar el poder por cualquier medio, más allá del proceso electoral, cerrado por el momento. En el mismo acto comentado por Santamaría, otros jóvenes se inconformaron por la política del partido. Se cuenta que una vez que Millo Ochoa terminó la lectura del Manifiesto de la ortodoxia, un espigado joven alzó la voz para gritar "Si Batista capturó el poder por la fuerza, debe ser derribado por la fuerza". Era Fidel Castro, abogado de 25 años de edad, delegado del barrio de Cayo Hueso en La Habana y aspirante a candidato a congresista por el partido ortodoxo en las malogradas elecciones de 1952.²²

²¹Carta de Abel Santamaría a José Pardo Llada, 17 de marzo de 1952, en *Moncada...*, pp. 106-107

²²Cfr. Tad Szulc, *Fidel un retrato crítico*, Barcelona, Grijalbo, 1987, p. 248 y Mencía, *op. cit.*, pp. 123 y 133.

En el mismo acto, se repartió a los asistentes un pequeño manifiesto titulado "Revolución no, zarpazo", firmado por el mismo Castro, donde exhortaba a los militantes del partido de Chibás al sacrificio y la lucha en momentos en que la patria se encontraba oprimida por un tirano. Era un exhorto de lucha contra el golpe de Estado perpetrado por Batista, el cual no contaba con alguna justificación política o moral. Añadía el joven abogado:

Su asalto al poder carece de principios que lo legitimen, ríase si quiere, pero los principios son a la larga más poderosos que los cañones. De principios se forman y alimentan los pueblos, con principios se alimentan en la pelea, por los principios mueren.²³

En el citado documento, Castro hacía un recuento de la situación previa al golpe, argumentando que sí se vivía el desgobierno, pero que se esperaba la oportunidad constitucional para "echar abajo un gobierno de malversadores y asesinos, y eso intentábamos por la vía cívica con el respaldo de la opinión pública y la ayuda de la masa del pueblo". Ante esto, enfatizaba, "no hay nada más amargo que el espectáculo de un pueblo que se acuesta libre y amanece esclavo".

Frente a la opresión, concluía Castro, se abría la puerta de la lucha por la libertad para no "ser esclavo". La lucha anunciada era la insurrección, abriendo un debate interno en la ortodoxia sobre las vías para actuar entre lo que proponía la dirigencia y esta demanda apenas articulada que poco a poco iría tomando forma, una vez que los jóvenes radicales fueron agrupándose en torno a esa idea.

²³Sobre la fecha de divulgación de este escrito existen varias versiones. Tad Szulc, *op. cit.*, pp. 248-249, y Mencía, *op. cit.*, p. 127, exponen la versión señalada arriba; Raúl Castro recuerda, por el contrario, que en esa ocasión se repartió un pequeño periódico llamado *El Acusador*, donde apareció un artículo de Fidel titulado "Recuento crítico del PPC", *Cfr.* Raúl Castro, *op. cit.*, p.43. Para el texto íntegro véase Fidel Castro, "Revolución no, zarpazo", en Miriam Fernández Sosa (comp), *Selección de lecturas de historia del pensamiento político cubano*, La Habana, Universidad de La Habana, 1989, Vol II, cuarta parte, pp. 12-15.

El golpe del 10 de marzo había dado la justificación para proclamar la necesidad de buscar cambios urgentes en el sistema político. Esta urgencia estaba marcada por una sencilla razón: los miembros de la clase política cubana, con Batista a la cabeza, carecían de legitimidad democrática para ejercer el poder, mientras que los que no se habían sumado al golpe habían claudicado en la defensa del mismo sistema democrático. De hecho, el golpe de Estado había puesto en una crisis constitucional al país, sin que ello importara a la clase política cubana, a la que se acusaba de frivolidad y corrupción.

El reclamo de los jóvenes ortodoxos estaba enmarcado en este sentido y convocaban a realizar a toda la sociedad lo que en ese momento concebían como una revolución, es decir, la toma del poder por medios insurreccionales para restablecer la legitimidad democrática. En otra parte en la carta citada a Pardo Llada, el mismo Abel Santamaría reflexionaba sobre el camino a seguir en esos momentos: “La inactividad consume, y no podemos dejarnos consumir de ninguna forma. ¿Para qué, en este momento, dogmas ni doctrinas, si lo que necesitamos se llama acción, acción? Basta ya de pronunciamientos estériles, sin objetivos determinados. Una revolución no se hace en un día, pero se comienza en un segundo. Hora es ya: todo está de nuestra parte, ¿por qué vamos a despreciarlo?”, y finalizaba “hay que ayudar...pero hay que indicar la forma. Usted y los demás tienen la palabra”.

Resulta interesante advertir que al mismo tiempo que se habla de insurrección, justificada por razones éticas como argumento político, también se apelará a un principio universalizado por el liberalismo: el derecho a la rebelión. La justificación de este principio permitirá cerrar el círculo a

los jóvenes radicales de la ortodoxia para sentar un precedente jurídico importante y, así, abocarse a su "revolución", como Fidel Castro lo señaló poco tiempo después del 10 de marzo. La teoría política del liberalismo, en este sentido, no es ajena al concepto de revolución social ni al de insurrección popular, como lo marcó el paradigma francés de la toma de la Bastilla. En esta etapa justificatoria, Castro tomará como argumento central la bandera democrática para ir construyendo un discurso político que desembocará en la construcción de una "fórmula política". Recuérdese que para la teoría y práctica liberales se insiste en luchar contra la opresión de una autoridad arbitraria u opresiva, junto con el deseo de reemplazar tal autoridad por otras formas de relación política donde se respete la libertad del individuo y se satisfagan las necesidades de la sociedad, aunque estas impliquen la reforma social y la participación popular.

Fidel Castro presentó ante el Tribunal de Garantías Constitucionales de La Habana una demanda donde pedía que el ascenso al poder por parte de Batista fuera declarado anticonstitucional. Al mismo tiempo, el mismo Castro presentó otro alegato judicial en el mismo sentido al Tribunal de Urgencias de La Habana, el 24 de marzo, donde reclamaba la pena de 100 años de cárcel para Batista por la violación de seis artículos del Código de Defensa Social.²⁴

La demanda de Fidel fue la única que cubano alguno presentó en forma individual en esos momentos reclamando reparar el equilibrio democrático. Esta demanda judicial, con el paso del tiempo, se ha convertido en un documento histórico pocas veces valorado en su dimensión real; en él, Castro puso el dedo en la llaga de toda la clase política cubana que pretendía justificarse con la

²⁴Existen varias fuentes donde se puede consultar dicho documento, por ejemplo, Mario Mencía, *El grito...*, II, pp. 606-610; Miriam Fernández Sosa (Comp.), *op. cit.*, pp. 16-24; Rolando E. Bonachea y Nelson P. Valdés, *Revolutionary struggle 1947-1958 V. 1 of the selected works of Fidel Castro.*, Cambridge, The MIT Press, 1972, pp. 149-152.

argumentación democrática; se señalan responsabilidades e insuficiencias, al mismo tiempo advierten salidas ante la dimensión del problema. La demanda comienza de la siguiente manera:

Fidel Castro Ruz, abogado, con bufete en Tejadillo 57, ante este Tribunal de Justicia expone lo siguiente:

Los hechos que motivan este escrito son harto conocidos, pero no obstante vengo a hacer formal denuncia de los mismos bajo mi absoluta responsabilidad, y demandar la aplicación de las leyes vigentes, lo cual aunque parezca absurdo frente al desenfreno imperante, se ajusta a normas jurídicas no abolidas por nada ni por nadie, haciendo, por tanto, si más difícil y abrumador el deber de los magistrados, más meritorio y digno de la patria el cumplirlo.²⁵

Castro nos mostraba, de entrada, un manejo sobrio sobre la teoría política liberal. Apelaba, por principio a la vigencia del derecho como expresión de una sociedad organizada, regulada en la actividad tanto de los gobernantes como de los gobernados en todo conglomerado social, al mismo tiempo que señalaba la responsabilidad política y ética de los hombres encargados de la impartición de la justicia; sin ésta, cualquier sociedad estará indefensa frente a las acciones del poder. No es extraño, que a continuación, Fidel Castro señalara los hechos que dieron origen a esta controversia constitucional, cuando:

En la madrugada del 10 de marzo, un senador de la República, traicionando sus propios fueros y atribuciones, penetró en el campamento militar de Columbia previo concierto con un grupo de oficiales del ejército.

Auxiliados por la noche, la sorpresa y la alevosía, detuvieron a los jefes legítimos asumiendo sus puestos de mando, tomaron los controles, incitaron a la sublevación a todos los distritos, e hicieron llamada general a la tropa que acudió tumultariamente al polígono del campamento, donde la arengaron para que volvieran sus armas contra la Constitución y el Gobierno legalmente constituido.

La ciudadanía, que estaba ajena por completo a la traición, se despertó a los primeros rumores de lo que estaba ocurriendo. El apoderamiento violento de todas las estaciones

²⁵ Véase Mencía, *op. cit.*, pp. 600-610. Las siguientes citas textuales provienen de la misma fuente.

radiales por parte de los alzados, impidió al pueblo noticias y consignas de movilización y resistencia.

Atada de pies y manos, la nación contempló el desbordamiento del aparato militar que arrasaba la Constitución, poniendo vidas y haciendas en los azares de las bayonetas.

El 10 de marzo Fulgencio Batista encabezó a una parte de la clase política cubana para desbaratar el Estado de Derecho imperante en Cuba hasta entonces. La figura utilizada por Castro es correcta: "arrasar" a la Constitución al violentar la organización misma del Estado liberal, que la propia sociedad, en ejercicio de su soberanía había determinado. Al desaparecer esta estructura, la sociedad quedó indefensa, en "vidas y haciendas" al capricho no de un poder sino de un individuo, como señaló a continuación:

El jefe de los alzados, asumiendo el gobierno absoluto y arrogándose facultades omnímodas, ordenó la suspensión inmediata de las elecciones convocadas para el 10. de junio.

Las más elementales garantías personales fueron suprimidas de un borrón.

Como un botón fueron repartidas todas las posiciones administrativas del Estado entre los protagonistas del golpe.

Cuando el Congreso pretendió reunirse acudiendo a la convocatoria ordinaria, fue disuelto a tiro limpio.

En la actualidad están llevando a cabo la total transformación del régimen republicano, y plantean la sustitución de la Constitución nacional, producto de la voluntad del pueblo, por un mamotreto jurídico engendrado en los cuarteles a espaldas de la opinión popular.

La voluntad popular, es decir, la soberanía, sólo puede expresarse por medio del consenso que dan los procesos electorales, mecanismo erigido para tal efecto; sin embargo, cuando éste deja de operar, la sociedad no puede ejercer su soberanía con el único control que tiene para ello. De ahí la importancia de restablecer este mecanismo y de defenderlo, como Castro indicaba a los magistrados:

Todos estos hechos están previstos y sancionados de manera terminante en el Código de Defensa Social.²⁶

Por todos estos artículos y otros más que sería prolijo enumerar, el señor Fulgencio Batista y Zaldívar ha incurrido en delitos cuya sanción lo hacen acreedor de más de cien años de cárcel.

No basta con que los alzados digan ahora tan campantes que la revolución es fuente de derecho, si en vez de revolución lo que hay es "restauración", si en vez de progreso "retroceso", en vez de justicia y orden, "barbarie y fuerza bruta".

Por eso, Castro lanzó el último reto y dejaba abierta una posibilidad en caso de que:

La actuación de este Tribunal ante los hechos relacionados tendrá una alta significación para el pueblo de Cuba. Evidenciará si es que sigue funcionando con plenitud de facultades, si es que no se ve imposibilitado por la fuerza, si es que no ha sido abolido también en el cuartelazo.

Bueno sería que el Tercer Poder del Estado diera señales de vida cuando los otros dos han sido decapitados, si es que no se ha decapitado del mismo modo el poder judicial.

Al Tribunal de Urgencia se lleva a un ciudadano cuando se le acusa de sedición o de cualquier otro delito de su competencia, se le juzga y si resulta probado se le condena. Así lo ha hecho muchas veces.

Si se niega a comparecer se le declara en rebeldía y se tramitan las órdenes pertinentes.

Si el Tribunal se aleja de su deber de ejercer el derecho en beneficio de la sociedad y no del poder, entonces quedaba abierta la posibilidad de que cualquier ciudadano se rebelara, con los medios a su alcance, contra ese poder que lo oprime y ante el cual está indefenso. Es decir, se justificaba jurídicamente cualquier acción que devolviera el ejercicio de la soberanía a la sociedad y restableciera el Estado de Derecho liberal:

²⁶Los artículos citados por Castro establecen las siguientes penas: quien cambie todo o en parte la Constitución y el Gobierno por medio de la fuerza sufrirá pena de cárcel entre seis y diez años; quien incite a una rebelión armada contra los poderes constitucionales del Estado será encarcelado entre tres y diez años; la pena será de cinco a veinte años si la insurrección es llevada a cabo; quien impida al Senado, al Congreso, al Presidente o a la Suprema Corte el ejercicio de sus funciones constitucionales será encarcelado entre seis y diez años; quien sea culpable de sedición será encarcelado entre tres y ocho años; quien trate de incitar a las tropas o a otros miembros de las fuerzas armadas a cometer crimen o sedición será encarcelado entre dos y cinco años.

Si frente a esta serie de delitos flagrantes y confesos de traición y sedición no se le juzga y castiga, ¿cómo podrá después ese Tribunal juzgar a un ciudadano cualquiera por sedición y rebeldía contra ese régimen ilegal, producto de la traición impune? Se comprende que eso sería absurdo, inadmisible, monstruoso, a los más elementales principios de justicia.

No prejuzgo el pensamiento de los señores magistrados, sólo expongo las razones que fundamentan mi determinación de hacer esta denuncia.

Acudo a la lógica, palpo la terrible realidad, y la lógica me dice que si existen tribunales Batista debe ser castigado, y si Batista no es castigado y sigue como amo del Estado, Presidente, primer ministro, senador, mayor general, jefe civil y militar, Poder Ejecutivo y Poder legislativo, dueño de vidas y haciendas, entonces no existen tribunales, los ha suprimido. ¿Terrible realidad?

Si es así, dígame cuanto antes, cuélguese la toga, renúnciese al cargo: que administren la justicia los mismos que legislan, los mismos que ejecutan, que se siente un cabo de una vez con sus bayonetas en la sala augusta de los magistrados. No cometo falta alguna al exponerlo así con la mayor sinceridad y respeto; malo es callarlo, resignarse a una realidad trágica, absurda, sin lógica, sin normas, sin sentido, sin justicia.

La insurrección, en esta perspectiva planteada por Castro, no era un acto aventurero. Por el contrario, era la acción consciente del ejercicio de un derecho fundamental de los ciudadanos de una sociedad democrática una vez que todas las vías legales han sido canceladas. La respuesta negativa de los magistrados del Tribunal para emprender acción penal contra Batista, abrió la última puerta para tomar las armas; éstas serían el instrumento para llevar a cabo la tarea cívica de restaurar el orden democrático.

Al respecto, es importante el señalamiento de Castro sobre la fuente del derecho para gobernar. Adelantándose a la respuesta que los magistrados encargados del caso darán a la querrela del joven abogado, Fidel rechazará la tipificación del golpe de Estado como "revolución", la otra vertiente del pensamiento liberal que faculta a la propia sociedad a rescatar el ejercicio de su soberanía en determinados casos. En este sentido, la acción del 10 de marzo no cumplía con los requerimientos para convertirse en parte de un proceso revolucionario, entendido por el

liberalismo: "Sin una concepción nueva del Estado, de la sociedad y del ordenamiento jurídico, basados en hondos principios históricos y filosóficos, no habrá revolución generadora de derecho", escribió Castro.²⁷

En este punto es necesario reflexionar sobre las palabras de Fidel para entender el contexto y el contenido de conceptos tan importantes como "insurrección" y "revolución"; para él, el proceso revolucionario pasa por una etapa previa que lo desencadena, esto es, sin la insurrección, no será posible iniciar ese movimiento legítimo en contra de los usurpadores de un poder obtenido por la fuerza y el engaño que, por eso mismo se convierte en un gobierno opresor. El derrocamiento de una tiranía, por sí mismo, se convertirá en un movimiento de avanzada, de lo contrario, no pasará de ser una asonada o sedición para asaltar el poder. La insurrección se transformará en un instrumento "legítimo" de lucha para la liberación de la opresión política. La etapa posterior al golpe del 10 de marzo fue para Fidel Castro el espacio para denunciar ese desequilibrio que sólo podrá romperse de acuerdo a la tradición revolucionaria del liberalismo, donde la insurrección adquirió su significado moderno de movimiento en contra de la opresión del pueblo, mediante el derribamiento del gobierno existente. Fue la Revolución francesa la que le dio un carácter universal, es decir, aplicable a toda sociedad, cuando en la célebre Declaración de los Derechos del Hombre y el Ciudadano (artículo 35), consignó que cuando el gobierno viola los derechos del pueblo, la

²⁷ *Ibid.* Por otro lado, recordemos que Batista había justificado el golpe de Estado como una acción revolucionaria generadora de derecho, véase la nota 10 de este capítulo.

insurrección se convertirá, para los pueblos e individuos, en "el más sagrado de los derechos y en el más indispensable de los deberes".²⁸

Para la juventud ortodoxa radicalizada, con Fidel a la cabeza, la restauración democrática será la misión histórica de su generación y su destino ineludible, pues hay que limpiar a la patria frente a la degradación de la política.

El establecer esta serie de premisas nos mostrarán, por otro lado, el verdadero desafío: la disputa por el poder, como escribió Castro a un amigo de entonces:

[...] sólo faltaría, después, que los excitados priistas se postularan en cualquiera de estos frentes y tendríamos el punto de partida perfecto para la verdadera lucha nuestra: de un lado todos los criminales, ladrones, politiqueros, apóstatas traidores y corrompidos, repartiéndose la República, y de otro, lo que queda de limpio, idealista y sinceramente revolucionario en Cuba junto al pueblo. Mientras más pronto se produjera esa división sería mejor.²⁹

En efecto, los argumentos planteados por Fidel Castro establecerán, por llamarlo de algún modo, el derecho a disputar el poder a una clase política integrada por políticos corruptos y oportunistas, que además oprimen a una sociedad indefensa, sin derechos políticos. Esta disputa buscará restablecer los mecanismos mediadores entre el poder y la sociedad, sin embargo, aquí encontraremos una situación importantísima: la solución del rompimiento con la clase política tradicional como lo expuso Castro establecerá una salida autoritaria y radical, pues planteó la

²⁸Sobre esta parte del pensamiento de Fidel Castro confróntese la serie de escritos relacionados con la denuncia del golpe militar, aparte de los ya citados: "Qué diferencia hay?"; "Yo acuso"; y "Recuento crítico del PPC(O)". Véase, Miriam Fernández Sosa, *op. cit.*, pp. 11-31.

²⁹ Un indignado Castro profundizará en ese sentido: "¿Y esos que se pasaron a las filas del enemigo buscando actas de senadores y representantes; qué hacían dentro del Partido del Pueblo? Esos terratenientes, millonarios y explotadores de campesinos y obreros ¿qué hacían dentro del partido cuyo deber primero es la justicia social? Mientras las masas luchaban en la calle esos hombres estaban prostituyendo a la ortodoxia, apoyándose en las dirigencias y aspirando a convertirla en un partido tradicional más. ¡Magnífica lección para el futuro!, Fidel Castro a Luis Conte, en Conte, *Cartas del presidio*, La Habana, Ed. Lex, 1959.. El adjetivo "priista" debe entenderse en el contexto cubano, es decir, a los partidarios del derrocado presidente Carlos Prío.

liquidación de la élite política que en ese momento ejercía el poder. En el documento de denuncia antes citado, Castro aludió este corte al señalar la carencia de una “fórmula política” sustentada en una filosofía política y que además, simbolizara las aspiraciones de la sociedad en ese momento histórico: “[...] politiqueros sin pueblo, en todo caso convertidos en asaltantes del poder. Sin una concepción nueva del Estado, de la sociedad y del ordenamiento jurídico, basados en hondos principios históricos y filosóficos, no habrá revolución generadora de derecho”, y rematará: “[...] nunca los reaccionarios, los retrógrados, los que sirven intereses de camarillas ambiciosas: esos serán siempre delincuentes comunes para quienes jamás estará justificado el asalto al poder”.³⁰

El Tribunal de Garantías Constitucionales estableció que no había elementos para enjuiciar a Fulgencio Batista debido a que su poder era resultado de una “revolución” y que ésta era la fuente de la ley. Con esta respuesta y el reacomodo de la clase política a esta situación, las coordenadas para realizar la insurrección se definieron.

³⁰En otro documento, se extendió esta argumentación al resto de la clase política cubana cuando reclamaba: “Los que no pudieron hacer del país lo que mil veces prometieron teniendo en sus manos el poder [...] los que, si bien no ahogaron la expresión serena de la libertad, tampoco contribuyeron a hacerla justa y eterna para nuestro país, para arrancar de raíz de nuestra historia el trágico golpe insólito [...] Ni puede triunfar en el ánimo y la conciencia popular otra idea como no sea la desaparición total de este estado latente, de este caos infecto donde nos han sumido tanto los culpables del atentado madrugador a las instituciones nacionales, como los que han podido ver en calma el crimen”. Véase, A la Nación, documento conocido como “Manifiesto del Moncada”, en Mencía, *El grito...*, II, p. 628.

CAPÍTULO IV

HACIA EL ETHOS REVOLUCIONARIO

1 952 inició una amplia transición en el sistema político cubano; al igual que Machado, Fulgencio Batista sin proponérselo, abrió las puertas de una nueva época. A lo largo de ese año, el sistema político fincado por un movimiento renovador veinte años atrás, quedó fracturado a tal grado que le impedirá reciclarse para construir el consenso democrático. En este punto, es muy importante advertir que la clase política quedó imposibilitada para encauzar las fuerzas renovadoras que empezaron a manifestarse luego del 10 de marzo. 1952 abrió una década de profundos cambios y reacomodos políticos en Cuba que culminarán con una crisis general del sistema y su clase política.

Frente a la quiebra de la clase política, incluida la nacionalista, representada por los auténticos y ortodoxos, e incluso el propio Batista, una nueva élite irá elaborando una fórmula política como una alternativa para renovar una estructura política que hasta el momento se había mostrado incapaz de fortalecer un sistema político para realizar esa tarea histórica inconclusa desde la época de Céspedes: la fundación de un Estado nacional independiente, tutelado hasta ahora por los Estados Unidos.

Con base en esta idea, la nueva fórmula política buscará romper con el círculo de frustración de la experiencia política cubana. La coyuntura de 1952 nos mostrará los acontecimientos como una lucha de opuestos: lo viejo contra lo nuevo; lo corrupto contra lo honesto; la frustración contra la realización, etcétera, para justificar la decadencia e incapacidad para gobernar de acuerdo con una fórmula política que representara las aspiraciones de la sociedad cubana en ese momento histórico.

A partir de 1952 encontraremos la búsqueda de un nuevo destino que, de acuerdo con esa idea, un sistema imperfecto e injusto impide. Se empezará a vislumbrar un nuevo ideal fundamentado en un *mito revolucionario* sobre el cambio necesario para el bien de todos. Sus bases estarán apegadas a una ética que se cristalizará en una fórmula política, fundamento necesario para el ejercicio del poder por parte de una nueva élite, gracias a la cohesión que proporciona no sólo en el ejercicio del poder, sino también ante la propia sociedad.

El desplazamiento de una élite por otra en el ejercicio del poder se hará posible cuando se abra un amplio espacio de reacomodo, como el vivido en Cuba de 1952 a 1958, cuando quedó abierto el camino para la recomposición de sus élites.

En este proceso, como ya señalamos en el capítulo anterior, una nueva generación irrumpió en escena para plantear la necesidad de un cambio en la fórmula política de la clase política isleña. Esta búsqueda pasará por la insurrección como instrumento y en el rompimiento con todo vestigio del pasado político para construir el futuro.

LOS DÍAS DE MARZO

El golpe de Estado del 10 de marzo no solo rompió el orden constitucional vigente; también quebrantó a la clase política a través de sus partidos y dirigentes, interesados en acomodarse a la nueva situación, negociando con Batista una salida al callejón al que los había metido. Frente a una clase política inmovilizada, una joven generación irrumpió, desentonando con la dinámica que parecía acabaría por aceptar el hecho de que Batista se hacía del poder nuevamente.

Los límites del sistema para autoregularse también fracasaron. Las demandas judiciales emplazadas por Fidel Castro y otro grupo de parlamentarios ortodoxos, reafirmaron la convicción de un cambio inminente por los mismos medios que la Constitución de 1940 permitía, es decir, por la resistencia civil contra un gobierno ilegítimo. La opción insurreccional nacería de esta demanda de la sociedad civil, como una respuesta de resistencia violenta frente a un poder emanado de la ilegalidad. En este contexto, varias organizaciones surgidas de la sociedad civil transitarán hacia la estrategia insurreccional. No resultará extraño, también, que la juventud cubana se transformará en el nuevo motor político, pues los dos grandes partidos populares de la época, auténticos y ortodoxos, basaban su militancia en una amplia organización juvenil.

En una extensa y bien documentada investigación sobre el periodo que nos ocupa, Ramón L. Bonaechea y Marta San Martín contabilizaron más de una veintena de organizaciones

¹*The Cuban insurrection 1952-1959*, New Brunswick, Translation, 1974; este tipo de organizaciones eran como un arcoiris político, pues tenían ideologías tan variadas que iban de la extrema izquierda hasta el fascismo. Entre las organizaciones fundadas a partir de 1952 y hasta 1955 encontramos a la Triple A, encabezada por Aureliano

fundadas al calor del 10 de marzo y otras de mayor antigüedad que confluyeron en la insurrección como táctica. En este momento, la figura de Fidel Castro no estaba en un sitio de líder de la resistencia antibatistana; el joven Fidel tendrá que competir contra otras organizaciones y personalidades que lucharán por el mismo fin: derrocar al gobierno de Fulgencio Batista. El ambiente insurreccional será importante para desencadenar el derrumbe del sistema, pues gracias a él, se polarizarán las posiciones, dejando en un fuego cruzado a un centro político que tuvo que optar por aliarse a una de esas posturas. ¿Por qué, entonces, una de estas organizaciones insurreccionales destacó sobre las demás y encontró el camino abierto para formar una nueva élite política? La respuesta a esta interrogante habrá que buscarla en la capacidad de estas organizaciones y sus líderes para articular un discurso lo suficientemente atractivo para la sociedad en un momento en que los tradicionales lazos políticos entre los gobernantes y gobernados dejaron de tener sentido.

A partir de esta problemática, cobrará importancia el estudio sobre la figura de Fidel Castro y la organización que fue impulsando junto con otros militantes de la juventud ortodoxa. La personalidad y liderazgo de Castro le permitirán unir la acción del conspirador y el pensamiento del teórico en una síntesis difícilmente alcanzada por otro dirigente político de su

Sánchez Arango y financiada por el depuesto presidente Prío; Agrupación Montecristi, encabezada por Justo Carrillo, un ex dirigente estudiantil en el 33; Acción Libertadora, organización radicada en la provincia de Oriente y encabezada por Raúl del Mazo; en la misma región, Frank País fundaría la Acción Revolucionaria Oriental; el Directorio Revolucionario, fundado por los dirigentes de la Federación Estudiantil Universitaria, encabezados por José Antonio Echeverría; a la muerte de éste, Rolando Cubela y Faure Chomón formarían una columna guerrillera en el Escambray con el nombre de Directorio Revolucionario 13 de Marzo; Movimiento Nacionalista Revolucionario, encabezado por el profesor universitario Rafael García Bárcena; y por último pero no al último, el Movimiento 26 de Julio, encabezado por Fidel Castro. Al margen de estos grupos, existieron otros cuyas motivaciones insurreccionales eran muy discutibles como la organización encabezada por Rolando Masferrer, el Movimiento Socialista Revolucionario.

época en Cuba y América Latina. En ese sentido, la figura de Fidel contribuirá, con mucho, al configurar el perfil de esta nueva élite, como veremos.

El liderazgo del joven abogado Fidel Castro sobre el movimiento que empezaba a organizar fue absoluto; aprovechó el entusiasmo juvenil de la ortodoxia para formar el núcleo inicial. Para ese momento, Fidel contaba ya con las bases para formar un aparato que potencialmente podía convertirse en instrumento de lucha gracias a la frustrada campaña electoral de 1952, ya que facilitó el reclutamiento de jóvenes dispuestos a luchar, además de nuevos contactos políticos.²

La organización será para Castro un aparato paramilitar por su fuerte disciplina y jerarquización, integrada por células de 10 a 15 miembros cada una.³ La jefatura del movimiento estaba integrada por el propio Fidel y Abel Santamaría como segundo al mando. La dirección se completaba con un Comité Civil al que pertenecían Mario Muñoz Monroy, Boris Luis Santa Coloma, Jesús Montané Oropesa y Oscar Alcalde Valls, y un Comité Militar integrado por Renato René Guitart, Ernesto Tizol, José Luis Tasende y Pedro Miret Prieto.⁴

²Para una descripción detallada del ambiente entre los futuros cuadros fidelistas, véase Carlos Franqui, *Diario de la revolución cubana*, Barcelona, R. Torres, 1976, pp. 63-71; Tad Szulc, *op. cit.*, pp. 250-51.

³En 14 meses, recuerda Fidel en conversación con el dominico brasileño Frei Betto, se reclutaron a cerca de 1200 hombres, los cuales fueron seleccionados personalmente por el propio Castro, quien les decía a cada potencial recluta: "Todos los que ingresen al Movimiento lo harán como soldados de fila, los méritos o cargos que hubiera tenido en el partido Ortodoxo no cuenta para nada aquí, la lucha no será fácil y el camino a recorrer largo y espinoso; nosotros vamos a tomar las armas frente al régimen". Véase Marta Rojas, *La generación del centenario en el juicio del Moncada*, La Habana, De. Ciencias Sociales, 1979, p.28 y *Fidel Castro y la religión. Conversaciones con Frei Betto*, México, Siglo XXI, 1986, p. 171. Pedro Miret, el encargado de dar el entrenamiento en el manejo de las armas, calcula, a su vez, que por sus manos pasaron 1500 hombres divididos en 15 células, según contó a Tad Szulc, *op. cit.*, p. 263.

⁴Véase Marta Rojas, *op. cit.*, p. 317.

En este momento, los jóvenes radicales se concebían a sí mismos como el ala radical de la ortodoxia, que chocaba ante el inmovilismo de los líderes políticos ortodoxos. A principio de 1953 el propio partido entraría en un proceso de división por la dificultad de encontrar un consenso sobre la línea de alianzas y pactos para combatir a Batista. Enfrentados a este hecho, los jóvenes radicales aumentaron su descontento, expresado en forma elocuente: "Vámonos de aquí. Con estos políticos no se puede contar para hacer la revolución".⁵ El sentimiento de insatisfacción será el factor aglutinador de estos jóvenes y a través de él se irá conformando una nueva generación política.

Los rasgos distintivos de ella estarán en la ya mencionada juventud de sus integrantes, impetuosos por entrar en acción y por una vaga o imprecisa formación política. Un profundo sentimiento de inconformidad ante lo establecido creará una conciencia de grupo.⁶ Será un grupo heterogéneo de acuerdo a su origen social: habrá profesionales universitarios, obreros de la construcción, comerciantes, estudiantes, etcétera. En ese sentido, el grupo fidelista será un gran

⁵La frase se atribuye a Fidel Castro y está consignada por Szulc y Mencía. Al recordar esta coyuntura años más tarde, Castro afirmaría que la opción insurreccional por cuenta propia sería consecuencia de la vacilación de los partidos establecidos, "enfrascados en todo tipo de disputas y querellas intestinas y ambiciones personales de mando, no poseían la voluntad ni la decisión necesaria para luchar ni estaban en condiciones de llevar adelante el derrocamiento de Batista [...] Fue entonces cuando, partiendo de nuestra convicción de que *nada podía esperarse de los que hasta entonces tenían la obligación de dirigir al pueblo* en su lucha contra la tiranía, asumimos la responsabilidad de llevar adelante la Revolución". Véase el discurso de Fidel Castro "En la velada solemne en ocasión del XX aniversario del asalto al cuartel Moncada", en *Discursos*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1976, 3v, II, p. 101. Las cursivas son nuestras. Otras fuentes para el mismo documento confróntese Miriam Fernández Sosa, *op. cit.*, p. 269-290 y Fidel Castro, *Hoy somos un pueblo entero*, México, Siglo XXI, 1978, pp. 91-124.

⁶Robert Merle en su obra dedicada al asalto al cuartel Moncada, *Moncada, primer combat de Fidel Castro, 26 juillet 1953*, Paris, Laffent, 1965, describe cómo la fidelidad sentimental entre los integrantes del movimiento fue más fuerte que una supuesta lealtad ideológica, al transcribir el diálogo entre Raúl Castro y José Luis Tasende cuando éste le preguntó si le seguiría en caso de entrar en combate: "Si iré, respondió Raúl, en el movimiento están mi hermano y mis mejores amigos: tú, Miret, Juan Almeida..."

frente que aglutinará a personas de distinto origen en un objetivo común: derribar al gobierno de Batista. Uno de estos jóvenes, recordará más tarde cómo fue este proceso:

[...] yo no tenía ni una conciencia marxista ni comunista. Sencillamente, las prédicas de Chibás me habían despertado una conciencia de rechazo contra todo lo que estaba ocurriendo. Solamente con esto estábamos suficientemente fortalecidos para luchar contra las bandas gansteriles, contra el golpe, contra los políticos ladrones. Eso nos dio una especie de formación revolucionaria, para aquella época. Decir que teníamos una conciencia más elevada, una formación más profunda, marxista, no sería cierto. Nunca había estudiado ciencia política. Sólo me guiaba por los discursos de Chibás, y por aquellas denuncias de Fidel [...] Nosotros éramos ortodoxos, teníamos mucha disposición para la lucha, odiábamos a Batista, y eso era lo que llevaba a adoptar aquella actitud de rebeldía intransigente contra el régimen.⁷

Formada la organización y abierta la oportunidad una vez que dentro del mismo partido se había cerrado la opción insurreccional, se proyectó y realizó la toma por asalto al segundo cuartel militar de importancia del ejército cubano, el Cuartel Moncada de Santiago de Cuba.⁸ La idea de la insurrección se basaba en la creencia de un levantamiento popular espontáneo combinado con una huelga general una vez tomado el cuartel militar:

Se llamaría al pueblo a luchar contra Batista [...] Se convocaría a los obreros de todo el país a una huelga general revolucionaria por encima de los sindicatos amarillos y los líderes vendidos al gobierno. La táctica de guerra se ajustaría al desarrollo de los acontecimientos. [En] Caso de no poder sostenerse la ciudad con mil armas que debíamos ocupar al enemigo en Santiago de Cuba, iniciaríamos la lucha guerrillera en la Sierra Maestra⁹

⁷Orbelín Hernández a Mario Mencía en *Tiempos precursores*, p. 60. Melba Hernández, por su parte, recuerda la formación del movimiento en los siguientes términos: "En nuestras filas, en aquella época, jamás se hablaba de comunismo, socialismo o marxismo leninismo como ideología, sino del día en que, cuando la Revolución se hiciera del poder, todas las propiedades de la aristocracia se entregarían al pueblo y las utilizarían los niños por los que luchábamos ...El problema de la explotación de los trabajadores no se discutía pero sí nos referíamos a sus salarios, a cómo se abusaba del obrero y del campesino". Tad Szulc, *op. cit.*, p. 253.

⁸Para una descripción más o menos detallada sobre los preparativos al ataque al Moncada confróntense las versiones de Franqui, *op. cit.*, pp. 71-76 y Mario Mencía, *El grito del Moncada*, vol. II. La acción del Moncada se complementaría con un ataque simultáneo al cuartel de Bayamo por otro grupo.

⁹Véase Fidel Castro, "En la velada solemne...", en *Discursos*, II, p. 107.

Como se ve, la acción estaba impregnada de una visión subjetivista sobre el posible éxito del ataque, como es el confiar todo al impacto de un pequeño grupo sobre la conciencia de la sociedad, pues no había un trabajo previo sobre los sectores sociales que se quería motivar. El ideal insurreccional fidelista pretenderá generar un gran movimiento de masas a partir de la identificación de ciertos ideales y aspiraciones que se supone estarán en la sociedad, condensados en un programa político dirigido al calor del combate.¹⁰

El programa aludido por Castro —conocido posteriormente como “El Manifiesto del Moncada a la Nación”¹¹— es un documento de recuento y declaración de principios, donde se plasmaba un programa de reconstrucción nacional. Resulta interesante observar cómo, por primera vez, el movimiento insurreccional se consideraba como parte de una larga cadena histórica de una “revolución inacabada”: iniciada por las fuerzas independentistas en 1868, continuada por Martí en 1895, y actualizada por Guiteras¹² y Chibás en la etapa republicana,

¹⁰Al ser interrogado por un fiscal sobre las fuerzas que contaba para llevar a cabo su plan, Fidel respondió que únicamente con el pueblo, pues “El pueblo hubiera respondido firmemente si llegamos a ponernos en contacto con él. Nuestro plan consistía en tomar el Moncada e inmediatamente después propalar, por medio de todas las emisoras de radio de la ciudad, el último discurso de Chibás. Habríamos leído nuestro programa revolucionario al pueblo de Cuba; nuestra declaración de principios contiene los anhelos de varias generaciones de cubanos. En esa oportunidad todos los líderes de la oposición nos hubieran apoyado sumándose al Movimiento en toda la República. Con todo el pueblo unido habríamos derrocado al régimen de facto”. Véase Marta Rojas, *op. cit.*, p. 37. Esta obra nos proporciona una descripción de todo el proceso judicial que siguió al 26 de julio de 1953.

¹¹Para consultar dicho documento, véase *ibid.*, pp. 39-44. La redacción del mismo fue encomendada por Fidel a Raúl Gómez García, quien siguió las orientaciones de éste para elaborarlo. Gómez García caería muerto en el Moncada.

¹²Antonio Guiteras fue un importante líder político en la década de los treinta, participó activamente en el efímero gobierno de Grau en 1933 como secretario de Gobernación, desde donde impulsó reformas sociales y económicas, destacando la legislación obrera: jornada de ocho horas de trabajo, derecho a sindicalización, ocupación al 50% de los puestos de trabajo en las empresas por cubanos, además de darle al Estado un papel activo en la regulación económica y atención de las necesidades sociales. Descontento con el rumbo que tomaron los acontecimientos del 33 se separó del gobierno de Grau para formar su propia agrupación, La Joven Cuba.

donde el golpe de marzo había sumido en el caos a la nación. El Manifiesto establecería la ruptura generacional entre una clase política claudicante frente a una dictadura y la “juventud del Centenario”, que no mantenía otro anhelo más que honrar con sacrificio y triunfo el sueño irrealizado de Martí.

En este contexto, anunciaba “la revolución nueva”, necesaria para renovar “de una vez y para siempre” la situación en la que han hundido al país los miembros de una clase política sin honra. Esta renovación parte del “sentimiento nacional cubano” y de esas raíces independentistas representadas por Céspedes, Maceo, Gómez, Martí, etcétera, y que culminará con un ciclo histórico de frustración entre los cubanos por alcanzar la libertad e independencia, como señalaba: “En 1853 con el nacimiento de un hombre luz [Martí], comenzó la revolución cubana; en 1953 terminará con el nacimiento de una república de luz”. La nueva república, de acuerdo al Manifiesto, se caracterizará por la atención al problema social, como lo indican los incisos H, I, K, además de reconocer a la Constitución de 1940 como único código oficial del país.

El asalto al Cuartel Moncada marcó el nacimiento de una élite que fracturó a la clase política establecida. La generación del Moncada rompió con el pasado y todo lo que ello representaba, para nacer libre y limpia de cualquier pecado del viejo sistema político. El Moncada fue la prueba de fuego que sacrificó y, al mismo tiempo, purificó a los verdaderos revolucionarios frente a los que “tenían la obligación de dirigir”. El sacrificio y el martirio serán, pues, nuevos

Guiteras fue asesinado en mayo de 1935 en un enfrentamiento armado con la policía poco después de anunciar públicamente sus planes políticos: el derrocamiento del gobierno de Carlos Mendieta por medios insurreccionales. Su figura será rescatada por la revolución castrista como un eslabón que explica una lucha con raíces históricas.

valores incorporados a la acción política y llevados a la práctica para cumplir con un fin pedagógico, al mostrar el camino a seguir.¹³ En este sentido debemos establecer la lectura del primer texto básico de la revolución: *La historia me absolverá*. Ahí Fidel fundamentará la necesidad del rompimiento —siguiendo los argumentos presentados en las frustradas demandas judiciales contra Batista y el Manifiesto del Moncada— y además señalará claramente el surgimiento de una nueva élite que disputará el poder a la vieja élite corrompida que ya no cumplía con su papel político.

Al hablar ante el tribunal que lo juzgaba, Castro declaró que de haber triunfado el asalto al Moncada y tomado la ciudad de Santiago, se emitirían cinco leyes revolucionarias, de las cuales destaca la primera por ser donde establece la necesidad del cambio político al desplazar a la élite gobernante. Por su importancia, y pese a su extensión, vale la pena su reproducción textual para ir desenredando el concepto que nos ocupa:

La primera ley revolucionaria devolvía al pueblo la soberanía y proclamaba la Constitución de 1940 como la verdadera ley suprema del Estado, en tanto el pueblo no decidiese modificarla o cambiarla, y a los efectos de su implantación y castigo ejemplar a todos los que la habían traicionado, no existiendo órganos de elección popular para llevarlo a cabo, el *movimiento revolucionario, como encarnación momentánea de esa soberanía, única fuente de poder legítimo, asumía todas las facultades que le son inherentes a ella excepto la de modificar la propia Constitución: facultad de legislar, facultad de ejecutar y facultad de juzgar.*

¹³Al reunir a sus hombres antes de partir rumbo al Moncada, Fidel remarcaría este aspecto del sacrificio como una necesidad política, al decirles: "Compañeros, podrán vencer mañana o ser vencidos, pero de todas maneras este movimiento triunfará. Si vencen mañana será lo que aspiró Martí; si no, el gesto servirá de ejemplo al pueblo de Cuba", Franqui, *op. cit.*, p. 72. Meses después de estos acontecimientos, Fidel Castro escribía desde la prisión de la isla de Pinos a Luis Conte sobre las motivaciones de atacar ese cuartel militar, confirmando el imperativo del sacrificio como la *primera prueba política*: "Nuestros sentimientos están llenos de lealtad hacia los más puros ideales de Eduardo Chibás; que los que cayeron en Santiago de Cuba son militantes del partido que él fundara; y que con él aprendieron a morir cuando la patria necesita de la inmolación heroica para levantar la fe del pueblo en el temple de sus hijos y en la realización inevitable de su destino histórico". Véase Luis Conte Agüero, *op. cit.*, pp. 21-22.

Esta actitud no podía ser más diáfana y despojada de chocherías y charlatanismos estériles: *un gobierno aclamado por la masa de combatientes*, recibiría todas las atribuciones necesarias para proceder a la implantación efectiva de la voluntad popular y de la verdadera justicia.¹⁴

Resalta en primer lugar la problemática de la soberanía popular, raíz y razón de estos acontecimientos. Para Castro, si bien el pueblo es el único depositario de ella, en las circunstancias que motivaron la insurrección era inoperante. Para restaurarla, se requerirá mucho más que una simple declaración formal; será necesario borrar el pasado y con él, a sus representantes. El primer paso restaurador, en este sentido, estará en castigar a “todos los que la habían traicionado”, pues de lo contrario sería un engaño y una estafa más ponerla en manos de quienes habían claudicado para salvaguardarla.

La soberanía es la única fuente de poder legítimo y, en consecuencia, el problema estará en la forma de asumirla. Para Castro, a falta de los mecanismos formales para acceder a ella, la insurrección proporcionará esa legitimidad en el ejercicio del poder, es decir, el movimiento insurreccional encarnará esa soberanía de manera momentánea hasta que el depositario de ella, el pueblo, decida otra cosa. El movimiento insurreccional representará la parte consciente del conjunto social porque estará apelando al ejercicio de un derecho —de acuerdo al liberalismo—

¹⁴Fidel Castro, *La historia me absolverá*, La Habana, Editora de Ciencias Sociales, 1975, p. 71, las cursivas son nuestras. La segunda ley revolucionaria concedía la propiedad de la tierra a todos los colonos y arrendatarios menores de cinco caballerías, previa indemnización, por parte del Estado a sus antiguos propietarios. La tercera, otorgaba a los obreros y empleados el derecho a participar con el 30% de las utilidades de su empresa. La cuarta concedía el derecho a todos los colonos, que llevasen más de tres años de establecidos, a participar con el 55% del rendimiento de la caña y cuota mínima de 40 mil arrobas. La quinta ordena la confiscación de todos los bienes productos de la corrupción administrativa, pasando un 50% de ellos a formar una caja de retiro para obreros y la otra mitad para hospitales, asilos y casa de beneficencia.

mismo que le confiere a éstos, ya como representantes, la "facultad de legislar, facultad de ejecutar y facultad de juzgar", es decir, *capacidad para gobernar*.

El movimiento insurreccional y quienes lo integran, por ese mismo hecho, se convertirán en revolucionarios capacitados para ejercer el poder. Éste, se convierte en un "derecho" de una nueva élite como apunta Castro al estimar que "un gobierno aclamado por la masa de combatientes" será la única posibilidad de que ahora sí se implante la "verdadera voluntad popular".

La nueva élite —la "masa de combatientes"— será la viva encarnación de la soberanía y voluntad populares. En este sentido, la problemática del restablecimiento de todos los mecanismos democráticos que requiere la sociedad pasarán a un segundo plano, pues los traductores de esta voluntad no los consideran; la sociedad pasará a estar tutelada por una nueva élite que se considera su defensora e intérprete.¹⁵ Esta problemática se tornará aun más interesante si consideramos que la preocupación inicial del movimiento insurreccional estaba en recuperar el equilibrio roto por el golpe de marzo. Todos los grupos insurreccionales, incluido el liderado por Castro, planteaban una vuelta al equilibrio democrático, pero ahora nos encontramos con un replantamiento de la situación. En la ya citada conversación con Frei Betto, Fidel acotaría:

Inicialmente pienso que hay que volver a la etapa constitucional anterior; ahora había que derrocar la dictadura militar. Yo estoy pensando en que hay que recuperar el *status*

¹⁵Treinta años más tarde, Fidel Castro recordaría cuáles fueron las condiciones que lo llevarían a tal conclusión: "Yo recuerdo que aquella masa no sabía, pero sufría; aquella masa estaba confundida, pero también desesperada. Era capaz de luchar, de moverse en una dirección. A aquella masa había que llevarla al camino de la revolución por etapas, paso a paso, hasta alcanzar plena conciencia política y plena confianza en su destino". Véase la conversación con Frei Betto, *op. cit.*, p. 167 y para un análisis más detallado sobre este asunto, Ignacio Sosa, "El castrismo: la utopía del desarrollo", en Ignacio Sosa, *et. al.*, *Cuba de la utopía al desencanto*, México, CIEDS-UAEM, 1993, pp. 8-18.

anterior, y que todo el mundo se uniría para liquidar esa cosa infame y reaccionaria que era el golpe de Estado de Batista [...] Para mí estaba claro que había que derrocar a Batista mediante las armas y volver a la etapa anterior, al régimen constitucional, pues sería seguramente el objetivo de todos los partidos, y yo había concebido la primera estrategia revolucionaria con un gran movimiento de masas que se instrumentaría inicialmente a través de cauces constitucionales.¹⁶

La importancia de la Primera Ley Revolucionaria establecida en *La historia me absolverá* radicarán en este rompimiento que no asomaba antes del 26 de julio de 1953, cuando el grupo fidelista entró en acción al atacar el cuartel Moncada de Santiago de Cuba. A partir de entonces, el movimiento insurreccional encontrará una nueva vertiente apenas vislumbrada por todos los grupos radicales del momento. El Moncada, por otro lado, estableció a Fidel, en forma definitiva, como una de las estrellas del firmamento político cubano y a su liderazgo como el más serio opositor a Batista y su gobierno; si bien el primer objetivo no se logró, sí se consiguió el efecto demostrativo que atrajo la atención de otros jóvenes hacia el camino trazado por la generación del centenario.

¹⁶ *Ibid.*, p. 70.

EL UNIVERSO CREADO

El asalto al cuartel Moncada terminó con una etapa e inició otra dentro del proceso insurreccional cubano. Haciendo un balance,¹⁷ Castro empezó a sacar dos conclusiones que le reafirmarían la estrategia insurreccional. Para él, el fracaso en la toma del Cuartel Moncada se debió a "factores absolutamente accidentales", que desarticularon la acción. Por lo tanto, la primera conclusión tenía que ver con la organización con que se contaba; la segunda, con los valores que cada uno de los militantes debía poseer.¹⁸ Los problemas organizativo y de formación de la conciencia insurreccional estarán presentes en la mente de Fidel en la estancia de 22 meses en la prisión de la Isla de Pinos, a donde fueron a parar los moncadistas condenados.

La lucha insurreccional se convertirá en el filtro de reclutamiento de la verdadera élite que se plasmará con la fundación del Movimiento 26 de Julio en 1955, como primera etapa y posteriormente con el Ejército Rebelde en la Sierra Maestra. El Movimiento legitimará primero la formación y el Ejército Rebelde la permanencia en la nueva élite del poder; a partir de estos hechos se conformarán una serie de valores que cohesionarán a sus miembros. Varios serán los

¹⁷Un par de meses después de su llegada a prisión, Castro reflexionaba sobre esta etapa de su vida: "¡Qué escuela tan formidable es esta prisión! Desde aquí termino de forjar mi visión del mundo y completo el sentido de mi vida [...] siento reafirmarse más mi convicción de sacrificio y de lucha", Franqui, *op. cit.*, p. 88.

¹⁸En el ya citado discurso conmemorativo del asalto al Moncada, Fidel haría dicho balance: "Lo más difícil del Moncada no era atacarlo y tomarlo, sino el gigantesco esfuerzo de organización, preparación, adquisición de recursos y movilización, en plena clandestinidad [...] Con infinita amargura vimos frustrarse nuestros esfuerzos en el minuto culminante y sencillo de tomar el cuartel. Factores absolutamente accidentales desarticularon la acción [...] Sin los accidentes fortuitos que infortunadamente ocurrieron, lo habríamos tomado. Con una mayor experiencia operativa lo habríamos podido tomar por encima de cualquier factor accidental". Fidel Castro, "En la velada...", en *Discursos*, II, p. 107.

rasgos característicos en este proceso; por ejemplo, la fidelidad a la figura del líder, en este caso Fidel Castro y la aceptación de los valores políticos que éste implantó como las bases de una nueva fórmula política. Así, el reclutamiento estará abierto para todo aquel que acatara estas premisas. El movimiento insurreccional encontrará en la resistencia urbana, y posteriormente en la lucha guerrillera su camino hacia la disputa del poder y su posterior conservación.

La reorganización del movimiento insurreccional fue la primera tarea a la que Castro y sus más allegados colaboradores se dedicarían desde el otoño de 1953, cuando éste fue trasladado a la Isla de Pinos para cumplir su condena por el asalto al Cuartel Moncada. No resultó extraño que al reunirse con sus compañeros, formara la Academia Ideológica "Abel Santamaría", donde se impartirían cursos de filosofía, historia universal, economía, política, matemáticas, idiomas y literatura española, en sesiones de mañana y tarde para completar una jornada de cinco horas de clases.¹⁹

El anuncio de Batista en abril de 1954 convocando a elecciones generales el siguiente año, para legitimar su estancia en el poder, aceleró los preparativos de los planes del grupo de la Isla de Pinos. En una serie de cartas escritas desde prisión a Luis Conte,²⁰ Fidel urgía a mantener los principios, pues de éstos "surgirá más purificado y limpio el ideal redentor". Al referirse a la situación que se creaba con las anunciadas elecciones, Castro estimaba que:

¹⁹Para mayor información sobre la vida de los presos del Moncada en la Isla de Pinos, véase Mario Mencía, *La prisión fecunda*, La Habana, Editora Política, 1980; Franqui, *op. cit.*, p. 85-117; y Juan Almeida, "Recuento", de su trilogía, *¡Atención!, ¡Recuento!, Exilio, Desembarco*, La Habana, Editora de Ciencias Sociales, 1992.

²⁰Estas cartas fueron escritas desde diciembre de 1953 hasta mayo de 1955 y están dirigidas a diversos personajes que van desde sus hermanas hasta los familiares de los caídos en el Moncada. La carta señalada, dirigida a Luis Conte, está fechada el 12 de junio de 1954. Véase Luis Conte, *op. cit.*, pp. 25-30.

Los hombres decentes y las masas de mayor conciencia política han quedado marginadas de la lucha comicial como resultado del cuartelazo traidor; estamos presenciando una batalla de ladrones: los ladrones de ayer contra los ladrones de antier y hoy; una lucha entre traidores a la Constitución y los traidores al pueblo en desgracia; una lucha entre los creadores del porrismo y los fundadores del gangsterismo, entre la tiranía y la comedia, de donde resulta tragedia para el pueblo. Cualquiera puede ganar, pero Cuba pierde de todas maneras.

La coyuntura de las elecciones permitió a Fidel volver con su tesis de barrer con el pasado, el sistema y sus hombres, por corruptos. Para él, la campaña electoral era la definición entre los ladrones que se repartían a la república, por un lado, y lo que quedaba de limpio e idealista por el otro. Frente a este panorama, no quedaba otro camino que el ya esbozado en el Moncada.²¹ Para agosto de 1954, Castro sintetizaba su primera visión de la futura organización; resulta ilustrativo el siguiente párrafo donde describirá cuáles serán las características de ésta, pero sobre todo, el papel que él mismo jugaba en la misma:

En primer término *yo debo organizar* a los hombres del 26 de Julio y unir en un irrompible haz a todos los combatientes, los del exilio, la prisión y la calle, que suman más de ochenta jóvenes envueltos en el mismo girón de historia y sacrificio. La importancia de tal núcleo humano perfectamente disciplinado, constituye un valor incalculable a los efectos de la formación de cuadros de lucha para la organización insurreccional o cívica. Es evidente que un gran movimiento cívico y político tiene que tener la fuerza necesaria para ganar el poder por medios pacíficos o revolucionarios; de lo contrario correrá el riesgo de que se lo arrebaten, como a la Ortodoxia, a sólo dos meses de las elecciones.²²

²¹En carta de junio 19 de 1954, Castro estimaba que el país atravesaba por una crisis "inevitable y necesaria y que cuanto mayor sea, tanta mayor esperanza de concebir un mañana distinto. Cuba es en estos instantes, para nosotros, los que albergamos sinceros ideales, como un Huerto de los Olivos donde tenemos que sudar sangre", *ibid.*, p. 32.

²²*Ibid.*: 60; otra versión de la misma carta en Franqui, *op. cit.*, p. 107.

Por las palabras de Fidel, en esos momentos el movimiento insurreccional se encontraba disperso, sin una organización que uniera a los, suponemos, veteranos del Moncada, los que estaban presos y los que no habían participado y se encontraban en la calle sin orientación política.²³ La organización pensada por Castro, entonces, partía de ese núcleo forjado en la batalla, “probado y de confianza”, que evitaría “considerables desprendimientos” a la falta de una “labor primaria de persuasión”. El arranque inicial de la organización la debían proporcionar estos cuadros, quienes con su ejemplo y empuje atraerían a otros para formar un “caudal necesario para batir el sistema político imperante”.

El movimiento insurreccional será una organización de cuadros, es decir, su ingreso será selectivo y riguroso, no abierto para todos: “puedo asegurarte que un joven probado y de confianza vale por mil y que la tarea quizás más ardua y de tiempo es encontrarlos de calidad y prepararlos...”²⁴ Esta tarea no será posible si no se cuenta con ciertas condiciones indispensables para integrar ese movimiento, y éstas serán: *ideología, disciplina y jefatura*. La unión de estos elementos integrará la fuerza de la organización. La revuelta política cubana de entonces hacía pensar al joven Fidel que la única manera de salvar la pureza de los principios estaba en evitar

²³Este párrafo es muy estimulante para las especulaciones. Recordemos que, de acuerdo con el propio Fidel (véase nota 3), para asaltar al cuartel Moncada se reclutaron alrededor de 1200 hombres, de los cuales participarían finalmente 120 más 40 encargados de hacer la misma operación en Bayamo; si a éstos restamos las bajas producidas por la represión posterior al 26 de julio, que según recuento de Marta Rojas fueron 61, nos quedamos con 99 sobrevivientes. En la cita señalada, Fidel contabilizó alrededor de 80 jóvenes como el núcleo a partir del cual debería partir la organización del movimiento, entonces, ¿dónde quedó el millar de reclutas que no participó ni en el Moncada ni en Bayamo? Sólo hay dos explicaciones, o nunca existieron o la organización insurreccional en 1953 era tan deficiente que se disolvió al saberse el destino de sus principales dirigentes. Queda todavía por preguntarnos ¿por qué Castro no los menciona en este momento? ¿Por qué sólo apela a los que participaron y sobrevivieron en estos hechos de armas?

²⁴Así comentada Fidel Castro a Luis Conte, en *op. cit.*, p. 60.

cualquier tipo de fraccionalismos contra la dirección del mismo. Ante todo, el mando y la obediencia:

No puede organizarse un movimiento donde todo mundo se crea con el derecho a emitir declaraciones públicas sin consultar a nadie; ni puede esperarse nada de aquel que se integre por hombres anárquicos que a la primera discrepancia toman el sendero que estimen más conveniente, desgarrando y destruyendo el vehículo. El aparato de propaganda y organización debe ser tal y tan poderoso que destruya implacablemente al que trate de crear tendencias, camarillas, cismas o alzarse contra el movimiento.²⁵

Por lo pronto, la prisión de la Isla de Pinos se delineaba como un laboratorio donde se incubaba la formación de los cuadros que continuarían la lucha. Un entusiasmado Castro escribió:

Los muchachos todos son magníficos. Constituyen la élite porque han pasado por mil pruebas. Los que aprendieron a manejar las armas aprenden a manejar los libros para los grandes combates del mañana. La disciplina es espartana, la vida es espartana; todo es espartano en ellos, y tal su fe y firmeza inquebrantable.²⁶

La formación de los cuadros veteranos del Moncada se hará en torno a una serie de valores que tendrán como centro un imperativo moral para justificar la acción política. Ésta, será concebida como lo haría un moralista entre el ser y el deber ser; entre lo bueno y lo malo, aunque después se diga que se basan en una concepción racional y materialista de la vida. Los acontecimientos del Moncada, y posteriormente la coyuntura preelectoral de 1954, acentuarán en Castro y sus compañeros un sentido de misión histórica, por encima de sus contemporáneos.

²⁵*Ibid.*, p. 61 y Franqui, *op. cit.*, p. 107. Ignacio Sosa, *op. cit.*, p. 6, ha señalado atinadamente que este tipo de estructura perfilaba desde entonces un equilibrio de poder favorable hacia el propio Fidel.

²⁶Véase Mario Mencía, *La prisión...*, pp. 34 y 35. Otro moncadista preso, Armando Mestre, describía el ambiente que prevalecía: "Hemos hecho del tiempo una vida digna, estudiando once asignaturas, para el bien nuestro y de la humanidad: pero estoy orgulloso de mis compañeros y de mí, porque más que amigos somos hermanos".

Fidel se sentía una especie de iluminado que sabía el camino, como si fuera un profeta al que se le había revelado el destino de los cubanos. En otra de sus variadas entrevistas a periodistas y personalidades del exterior, Fidel se refirió a este punto al considerar que sus motivaciones políticas partían de una serie de conceptos de la conciencia del hombre sobre sí:

Pero pienso que ya las motivaciones que nosotros tenemos, que no parten de una concepción religiosa [...] sino parten de una serie de conceptos —tú dices: yo debo hacer el bien, porque el bien hay que hacerlo cueste lo que cueste, pase lo que pase; tengo que sacrificarme, porque es mi deber como ser humano, como hombre, sacrificarme por los demás; esto me puede costar la vida y después no hay otra vida, no hay más ninguna que ésta, y yo de todas maneras lo hago porque este valor merece la pena que dé mi vida por esto—, desde un punto de vista objetivo, esas motivaciones son las más nobles de todas.”

Estas motivaciones sólo podrán desarrollarlas quienes defiendan este tipo de ideas, que en la perspectiva que le da Castro, no es otro que un revolucionario, convertido en un superhombre pues lo sitúa “en la escala superior de la especie”. Esta motivación humana será producto de la defensa del valor de las ideas sustentadas en una ética espiritual que sí, “tienen algo de la llamada civilización cristiana, por llamarla cristiana”; la única diferencia entre un religioso y un revolucionario estará en la separación de objetivos por los cuales un hombre hará aquello: mientras que el hombre religioso lo hará motivado por un sentimiento de recompensa o castigo, el revolucionario lo hará por adoptar racionalmente los valores objetivos más sólidos, más profundos, es decir, los valores más humanos.²⁷ Esta idea la podemos localizar desde los lejanos años de la prisión en Isla de Pinos, cuando Fidel escribió al padre de René Guitart que:

²⁷Véase Alfredo Conde, *Una conversación en La Habana*, Madrid, El País Aguilar, 1989, p.70. en su conversación con Frei Betto, *op. cit.*, p. 153-160, Castro recordará del surgimiento de estos valores en el desarrollo de su persona.

²⁸“Creo que es nuestra época, prosigue Castro, ya la que viene a crear un conjunto de valores que se salen de los intereses propiamente instintivos de los pueblos, se salen de los intereses místicos de la gente para volverse

La vida es efímera, pasa inexorablemente, como han pasado las de tantas y tantas generaciones de hombres, como pasará en breve la de cada uno de nosotros. Esa verdad debiera enseñar a todos los seres humanos a que por encima de ella están los valores inmortales del espíritu. ¿Qué sentido tiene aquella sin éstos? ¿Qué es entonces vivir?²⁹

Sin embargo, el espíritu deberá plasmarse en acciones materiales, plano en el que se desenvuelve la historia humana. En éste, la organización —la materialización de los valores del espíritu— se enfrentará a realidades que van más allá de la metafísica. En ese sentido, Castro mostrará su cara pragmática cuando enviaba instrucciones para fortalecer la organización del movimiento. En carta dirigida a Melba Hernández, le urgía a seguir una serie de directrices, consistentes en no abandonar la propaganda; coordinar el trabajo político al interior como exterior del país, cuidando mucho el tipo de alianzas que se hagan para evitar que el movimiento fuera utilizado por otros; y por último, defender los principios del movimiento sin pelearse con nadie.³⁰

motivaciones de tipo racional [...] en política, las motivaciones se viene haciendo a partir de principios racionales, de conceptos, de valores determinados: la libertad, la igualdad, la fraternidad, etcétera, hasta nuestra época, en que nosotros creemos tener los valores objetivos más sólidos, los valores más humanos", *ibid.*: 69. La ideología será, únicamente, un ropaje que adornará a éstos; por ejemplo, en un primer momento estos valores se definirán en torno al nacionalismo y el "martianismo"; posteriormente en torno al socialismo y el hombre nuevo guevarista; en una última etapa, encontraremos cierto coqueteo con un cristianismo militante sustentado en la teología de la liberación. A cada una de esta etapas, Fidel tendrá que recurrir a un vocero que difunda e interprete la buena nueva: Régis Debray, Gianni Miná o Frei Betto, tomarán este papel en su momento.

²⁹Luis Conte, *op. cit.*, p. 69. René Guitart fue uno de los caídos en el Moncada y miembro de la dirección del movimiento.

³⁰Las partes medulares de dicha comunicación son las siguientes: "1º No debe abandonarse ni un minuto la propaganda porque es el alma de toda lucha. La nuestra debe tener su estilo propio y ajustarse a las circunstancias [...] 2º Hay que coordinar el trabajo entre nuestra gente de aquí y el extranjero [...] Hay que considerar con extremo cuidado cualquier otro propósito de coordinación con otros factores no sea que pretendan utilizar simplemente nuestro nombre [...] No admitir ningún género de subestimación; no llegar a ningún acuerdo sino sobre bases firmes, claras, de éxito probable y beneficio positivo para Cuba. De lo contrario es preferible marchar solos hasta que salgan estos muchachos formidables que están presos y que se preparan con el mayor esmero para la lucha. 3º Mucha mano izquierda y sonrisa con todo mundo. Seguir la misma táctica que se siguió en el juicio: defender nuestros puntos de vista sin levantar ronchas. Habrá tiempo después para aplastar a todas las cucarachas juntas [...] Acepten todo el que quiera ayudarles, pero recuerden, no confíen en nadie". Conte, *op. cit.*, pp. 37-38 y Franqui, *op. cit.*, pp. 99-100. Melba Hernández junto con Haydée Santamaría fueron las únicas mujeres participantes en el asalto al Moncada.

Para entonces, se perfilaba el contenido de la lucha política que se iniciaría una vez que Castro y los demás moncadistas abandonaron la prisión a mediados de 1955, luego de un fuerte movimiento a favor de la amnistía de los presos políticos, a la que accedió Batista ya como presidente constitucional. En los primeros días del mes de junio tuvieron lugar varias importantes reuniones para discutir las características del Movimiento 26 de Julio, llamado así como un homenaje a los caídos en el asalto al Moncada. La concepción insurreccional original se mantenía sin mayores cambios: la necesidad de un pequeño grupo que desencadenara todo el proceso por medio de la acción armada, pero ahora incorporando un aparato logístico en apoyo a la insurrección, que ampliaría su acción no sólo en el plano urbano, sino también en el rural. La estructura del movimiento mostraba pocas variantes respecto a la utilizada en el Moncada; la dirección seguía centralizada en un pequeño grupo que concentraba los poderes político-militares, apoyado por varios comités, como el bélico (armamento y acción), finanzas, propaganda, obrero y juvenil, que se encargarían de las relaciones con los militantes.

En esos días también quedó claro que Fidel partiría hacia el exterior para preparar el primer contingente armado y desembarcar en la isla; que la dirección nacional del movimiento sería una tanto al interior como al exterior; que la lucha armada debería ser apoyada por la acción política en las ciudades. Fidel Castro se convertiría en una suerte de profeta de la revolución que en cada uno de sus artículos y discursos la anunciaba; declaraba que, al igual que el Apóstol nacional José Martí, desembarcaría con sus seguidores para ser "mártires o héroes" y anunciaba que 1956 sería el año del inicio de la saga revolucionaria.

De vuelta a la calle, el siguiente paso para el movimiento insurreccional sería el mostrar la fragilidad del régimen para mantener una legalidad cuestionada por una parte de la clase política y que se reflejaría en amplios sectores sociales cubanos en los próximos meses. Para ello, Castro y el Movimiento 26 de Julio se apoyarán de una amplia propaganda que llenaría el espacio político de entonces. Fidel, por otra parte, encontraría la situación política ideal para que la propaganda se convirtiera en denuncia que, a la larga, incrementaría su prestigio como el único líder decidido a enfrentar a Batista a como diera lugar.³¹

En declaraciones escritas para el semanario habanero *Bohemia* (10/07/56), convertido en escaparate opositor al régimen, Fidel anunciaba su intención de partir al exilio ante el clima político prevaleciente en el país, el cual era la negación a los más elementales derechos políticos. En estas condiciones, afirmaba, donde estaba cerrado el camino pacífico no quedaba otra vía más que las armas, como en el pasado lo hiciera el Apóstol y otros independentistas:

Después de seis semanas en la calle y ver las intenciones de la camarilla gobernante, dispuestos a permanecer en el poder veinte años, como piden los adulones y aprovechados sin conciencia, ya no creo ni en elecciones generales. Cerradas al pueblo todas las puertas de la lucha cívica, no queda más que la del 68 y 95. Hay que reparar el ultraje que significa este régimen para todos los que han caído por la dignidad de Cuba.³²

Los turbulentos meses del exilio mexicano para preparar una fuerza expedicionaria, serán vistos como una condición previa para andar un camino que se creía conocer, sin embargo,

³¹Fidel se convirtió en un polemista sin par al cuestionar públicamente a diversas personalidades del régimen como el ministro de Gobernación, Santiago Rey, o al coronel Alberto del Río Chaviano, ex comandante militar del Moncada el 26 de julio, hasta llegar al propio Batista como culminación de una hábil campaña para demostrar un clima de persecución y terror que obligaba a los opositores a exiliarse para salvar la vida.

³²Citado en Mencía, *Tiempos...*, p. 252.

cuando la fuerza expedicionaria del *Granma* llegó a Cuba en diciembre de 1956, los planes iniciales se transformarían a tal grado que las premisas originales de la fórmula política se adaptarían a las nuevas circunstancias de la lucha para sintetizarse en una nueva jerarquización de estos valores.

EL UNIVERSO TRANSFORMADO

En 1957, después de un trágico desembarco, se lograría la consolidación de la guerrilla y, con ella, el cambio de táctica fidelista. Durante los primeros meses del año aún se concebía a la guerrilla como un *instrumento más* para derribar a Batista; no era el instrumento que estaba por encima de otras actividades del movimiento insurreccional, como por ejemplo las acciones urbanas. Esta situación resultó evidente ya que sin el apoyo logístico montado por el Movimiento 26 de Julio en Santiago de Cuba, al mando de Frank País, el experimento guerrillero no hubiera tenido posibilidades de éxito.

Al respecto, cabe mencionar la capacidad organizativa y de dirección de Frank País. En agosto de 1956 había viajado a México para entrevistarse con Fidel, de quien consiguió una mayor autonomía para dirigir al Movimiento en Oriente, llegando a convertirlo en una sólida estructura clandestina que actuaba con eficiencia, como se hizo patente cuando los expedicionarios del *Granma* arribaron a las costas cubanas en diciembre de 1956 --para cumplir la promesa de Fidel-- y luego fueron dispersados y diezmados por el ejército cubano.

Los famosos 12 del *Granma* se pudieron reagrupar por intermedio de los campesinos de la zona, quienes los rastrearon y pusieron en lugar seguro.

El Movimiento 26 de Julio, por medio de Celia Sánchez, llegó hasta esos lugares, iniciando una incipiente base de apoyo sin la cual hubiera sido casi imposible que la guerrilla sobreviviera. La organización campesina era una realidad cuando Fidel y sus menguadas fuerzas pudieron reagruparse en la finca de Crecencio "Mongo" Pérez después de la desbandada de Alegría de Pío. Los del *Granma* no dependieron de sus propias fuerzas para reagruparse e iniciar las acciones guerrilleras, como tampoco para incrementar el número de efectivos del Ejército Rebelde. Aun el trabajo político de Celia Sánchez no hubiera sido posible, en primer lugar, sin el amplio conocimiento que tenía de la zona y sus hombres y, en segundo término, sin la organización clásica propia de los campesinos de la zona. El prestigio personal de Celia Sánchez entre los campesinos serranos, así como la participación de familias enteras en las actividades logísticas para los rebeldes, explicarán la facilidad con la cual el Ejército Rebelde pudo reponer fuerzas y emprender la ofensiva militar que en poco tiempo los colocaría en el poder. Fueron, pues, varios factores previos los que condicionaron el encubamiento de la fuerza guerrillera.

Los primeros meses de 1957 transcurrieron en reorganizar lo que quedaba de las fuerzas expedicionarias, mientras el Movimiento de las ciudades ponía en marcha, nuevamente, la logística para llevar pertrechos a la Sierra. En febrero, Fidel anunció la reactivación del movimiento al publicitar su "Llamamiento al pueblo de Cuba", donde reafirmaría las bases del proceso insurreccional como se había concebido desde la época del Moncada, es decir, con un

chispazo militar combinado con un levantamiento popular en las ciudades, pero ahora lo veía a largo plazo, como una guerra prolongada.

Sin embargo, al entrar en contacto con los campesinos, Fidel depositará ahora todo su entusiasmo en el futuro militar de la guerrilla, luego de los primeros reclutamientos y las primeras exitosas acciones armadas, como la toma del cuartel de La Plata pero sobre todo, la batalla del Uvero. Ahí, por primera vez, el Ejército Rebelde se enfrentó con una fuerza bien armada y entrenada del ejército cubano, saliendo airoso. Un agudo observador en esos momentos como el Che Guevara, miraba ciertos inconvenientes en la idea de Fidel, ya que las condiciones para el desarrollo de la guerrilla eran todavía incipientes, pues según Guevara, el campesinado no estaba preparado aún para convertirse en un sujeto revolucionario. Al mismo tiempo, al interior del Movimiento 26 de Julio se vivía una ambigüedad respecto a la táctica insurreccional a seguir: la concepción que predominaba era una combinación de levantamiento popular en las ciudades acompañado por los golpes que la guerrilla pudiera dar en el campo al ejército, frente a una concepción guerrillera con base campesina que veía con desdén cualquier otra opción que no fuera la insurrección rural.

La propaganda, en ese sentido, sirvió a Fidel para crear una imagen en torno a la guerrilla y su propia personalidad como líder revolucionario en favor de su nueva opción táctica. En febrero de 1957 el *New York Times*, a través de su reportero Herbert Matthews, realizaría la primera entrevista a Fidel en plena Sierra Maestra logrando un gran impacto propagandístico que hizo de Castro una celebridad internacional y a los guerrilleros una especie de Robin Hoods del Caribe.

Después de la entrevista con Matthews, Fidel insistiría ante la Dirección Nacional que todo el Movimiento trabajara para la guerrilla; que la rama urbana se subordinara al Ejército Rebelde al recaudar y organizar los recursos hacia la Sierra; Fidel quería un aparato de ayuda, no de lucha. En un comunicado enviado a Celia Sánchez, un enfático Fidel Castro decía: "Todas las armas, todas las balas y todos los pertrechos a la Sierra". Por el contrario, el movimiento en las ciudades, llamado "el Llano", planteaba la necesidad de descentralizar las decisiones, debido al aislamiento de Fidel y la guerrilla en la Sierra, para poder incrementar las acciones de sabotaje en contra del régimen de Batista.

Una cada vez más intensa lucha interna perfilaba con dividir al Movimiento 26 de Julio. Las discusiones entre el "Llano" y la "Sierra" iban más allá de la estrategia, era una discusión táctica. A mediados de 1957 Frank País envió una extensa carta a Fidel Castro donde anunciaba la necesidad de reorganizar al Movimiento, debido a la confusión reinante, y proponía distribuir responsabilidades para evitar la centralización en la dirección. La intención de País era una redistribución del poder de acuerdo a la importancia y peso de cada una de las ramas en el Movimiento; de esta manera, por ejemplo, la Dirección Nacional del 26 de Julio quedaría integrada por seis coordinadores provinciales y un representante del Ejército Rebelde, al mismo tiempo que se crearían milicias armadas en todo el país y se redactaría un programa mínimo. La propuesta del Llano quitaba cualquier papel estratégico a la guerrilla en el plano militar, mientras que en el político, Fidel era acotado por un programa en lo doctrinal y una dirección donde era minoritaria la voz de la Sierra.

El debate interno se vería modificado por dos acontecimientos, uno circunstancial y el otro con una clara intención de buscar alianzas para correr, por el momento, el centro de gravedad política hacia el centro. El primero, la muerte de Frank País el 30 de julio, a manos de la policía de Santiago alteraría significativamente las posibilidades de reformar la estructura del Movimiento, pues, fuera de él, ningún otro dirigente del Llano estaba a la altura para atraer consensos en torno a una estrategia por encima de la órbita fidelista, como se vio al caer en el olvido el plan de reforma propuesto por País. El segundo fue el arreglo al que Fidel llegó con dos figuras representativas de la ortodoxia, Raúl Chibás y Felipe Pazos, al dar a conocer el "Manifiesto de la Sierra".

El Manifiesto era la expresión de una alianza entre el núcleo duro del 26 de Julio, es decir, la Sierra, y el ala moderada del partido ortodoxo, pues en él se establecía el compromiso de convocar a elecciones una vez que Batista fuera derrocado y crear un llamado Frente Cívico Revolucionario con una estrategia común de lucha, además de nombrar a un presidente provisional. Visto como un "compromiso" necesario, los dirigentes de la Sierra pensaban que era un alto en la "trayectoria revolucionaria", pues la correlación de fuerzas no les era favorable todavía para imponer su perspectiva insurreccional.

Los desacuerdos tácticos y estratégicos al interior del 26 de Julio siguieron latentes, aumentando las tensiones. Testimonios de ambos bandos dan fe de esta disputa que estallaría después del llamamiento a la huelga general lanzado por el Llano en abril de 1958. Resulta asombroso que un asunto de tal magnitud para el futuro de la revolución haya tenido tan poca atención por parte de los historiadores cubanos, quienes presentarán al 26 de Julio como una

organización dedicada y homogénea en torno al liderazgo de Fidel. Un observador atento, y participante activo de estos acontecimientos, como el Che Guevara, nos dejó uno de los pocos testimonios de los dirigentes de la Sierra en la disputa contra el Llano. En sus "Pasajes de la guerra revolucionaria", el Che reconocía la debilidad guerrillera frente al Llano, ya "que en la práctica, habían conducido los asuntos del 26 de Julio". Además, reconocía esta pugna subterránea entre las dos concepciones insurreccionales en torno a la conducción de la guerra; las milicias del Llano eran vistas en la Sierra como tropas paralelas sin control guerrillero. Sin embargo, Guevara iba más a fondo del contenido de la disputa, pues advertía, atinadamente, que se debía a las diferentes bases sociales que cada uno había desarrollado en el proceso insurreccional mismo.

Por un lado, el Llano tenía actividades marcadamente urbanas, apostando la caída del régimen a partir de la huelga general en las ciudades, acompañada de sabotajes, mientras que la Sierra tenía en los campesinos su principal fuente de apoyo social, pensando en el asedio de la ciudad desde el campo. La diferencia de la táctica insurreccional estaba dada en estas condiciones, a partir del entorno social que habían desarrollado los guerrilleros en la Sierra por su contacto con el campesinado y la incorporación a su programa político de una demanda básica para ellos como lo era la reforma agraria.

El fracaso de la huelga general organizada por el Llano el 9 de abril de 1958 dio la oportunidad de ajustar las cuentas en la Dirección Nacional del 26 de Julio. En una decisiva reunión en la Sierra Maestra, en el mes de mayo, la dirigencia del Llano fue literalmente juzgada por la guerrilla, desmantelado a su dirigencia. A partir de esa decisiva reunión, de la

cual sólo queda el testimonio público del Che Guevara, Fidel asumirá el control total sobre el Movimiento 26 de Julio en lo político y militar, desde su cargo de *Comandante en Jefe*.

La comandancia de Fidel dio preponderancia al aparato militar, representado por la guerrilla de la Sierra Maestra, como la táctica para la toma del poder a partir del apoyo campesino. En ese sentido, el guerrillero con la Sierra Maestra como imagen idealizada al lado del campesino, se convirtió en el nuevo mito fundacional de esta élite. ¿Pero en qué consistió ese mito? Tres fueron los grandes pilares que lo componían y que, posteriormente derivarían en parte integrante de una teoría revolucionaria: el voluntarismo, el igualitarismo y el ruralismo. Esta será la primera gran transformación de los valores más profundos, más humanos. Como vimos anteriormente, estos pilares no estaban contemplados en la primera valorización programática del Movimiento 26 de Julio, es decir, en su fórmula política. La experiencia del desembarco y reagrupamiento de los hombres que integraban al *Granma* dio una nueva visión de los mismos a los miembros del movimiento que ahora se consideraban soldados de un ejército con una base social campesina.

El primero de ellos se estableció de inmediato como uno de los grandes mitos revolucionarios cubanos; la lucha por derrocar a un gobierno ilegítimo era obra de la firmeza de un puñado de hombres decididos a llevar a cabo sus ideales, sin importar las consideraciones científicas o materiales³³ No será extraño, en ese sentido, que para Fidel no hubiera ningún

³³En entrevista con otro de sus modernos voceros, Fidel le dirá al respecto: "...pienso que sin una dosis de idealismo no se puede ser revolucionario; sin una enorme confianza en el hombre no se puede ser revolucionario. Un escéptico no puede ser revolucionario [...] Si yo lo fuera ¿cómo podría haber mantenido aquellas ideas, propósitos, aquellos planes?" Véase Gianni Miná, *Un encuentro con Fidel*, La Habana, Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado, 1988, pp. 181 y 361.

problema que los revolucionarios no pudieran manejar. Para el voluntarismo fidelista, cualquier dificultad podría sortearse si existía intención para ello, siempre y cuando la masa estuviera dispuesta a seguirlos, alimentándose mutuamente; ese será el ejemplo y experiencia de la revolución cubana: un audaz grupo de jóvenes decididos a llevar a cabo las transformaciones necesarias pueden crear las condiciones para un cambio político de grandes proporciones.

El voluntarismo parte de la comprensión de las desigualdades que afligen a la sociedad y de ese sentimiento humano en favor de las capas más desprotegidas, y de lo que se puede hacer por ellas desde el poder.³⁴ El proceso insurreccional moldeará la conciencia de los guerrilleros en las duras condiciones de la lucha armada, al lado de los campesinos con quienes se comparte la misma suerte. El igualitarismo surgirá como una extensión, basado en estas condiciones y se reflejará en una ética revolucionaria que impedirá cualquier privilegio entre el guerrillero y el campesino. Esta situación condicionará un reclutamiento y ascenso abierto para los más capaces, en este caso, al mejor soldado que pudiera dirigir a sus compañeros en la batalla militar. El igualitarismo estará basado en las penalidades y penurias compartidas en la vida diaria. Sin embargo, el igualitarismo, en tanto política, no significó una medida análoga en la participación de la toma de decisiones, que se mantuvo autoritaria y jerárquica. El mando no acepta discusión.

³⁴Al delinear el campo político con respecto a los partidos tradicionales, en especial el ortodoxo, Castro mostraba esa característica al señalar que "El Movimiento 26 de julio es la esperanza de redención para la clase obrera cubana a la que nada pueden ofrecerle las camarillas políticas; es la esperanza de tierra para los campesinos que viven coma parias en la patria que libertaron sus abuelos; es la esperanza de regreso para los emigrados que tuvieron que marcharse de su tierra porque no podían trabajar ni vivir en ella; es la esperanza de pan para los hambrientos y de justicia para los olvidados". Véase "Fundación del MR 26 de julio ruptura con la ortodoxia", en Fidel Castro, *La revolución cubana*, México, Ed. Era, 1983, p. 91, también Franqui, *op. cit.*, p. 137.

Por su parte, el ruralismo se encadenará a lo anterior por los valores que aportará al proyecto de la construcción de la nueva sociedad. El proceso insurreccional cubano encontrará en el campesino y su entorno al depositario de los valores y formas de vida que pueden universalizarse para la parte urbana de la sociedad. La vida campesina semejará a la llevada por el guerrillero por su camaradería, trabajo fuerte y sentido del sacrificio. El ruralismo no será una simple idealización, sino más bien un camino de formación individual y de cambio cultural, orientado a la experiencia directa que modificará la conducta a través de una profunda confrontación personal con la vida y trabajo rurales. En cierta medida, será recorrer el camino de los guerrilleros en la Sierra Maestra, donde se vieron confrontados con su concepción urbana de la vida y el trabajo. Este trayecto tendrá su ícono en la persona de Ernesto Che Guevara. Al leer los diarios y artículos del Che sobre la forma en que adquirieron conciencia de ese proceso se aclararan muchas interrogantes que al enunciarlas teóricamente no se explican.

Estos elementos que fueron conformando la fórmula política revolucionaria, no hubieran tenido éxito sin el gran vacío que dejó la quiebra de todas las instituciones del antiguo régimen. Al respecto es importante consignar la movilización que diversas organizaciones sociales contra la represión desatada hacia los rebeldes y sus simpatizantes; la sociedad se vio indefensa frente a un poder represivo y abusivo. La movilización social contribuyó a minar aún más la deteriorada autoridad de Batista como presidente y de la clase política que se le unió después del golpe de marzo de 1952. En la primavera de 1958, la mayoría de los colegios profesionales, asociaciones religiosas, cívicas y culturales firmaron un documento donde condenaban al gobierno de Batista, justificando el

desbordamiento de los hombres y mujeres de Cuba, que cambiaron los libros de estudio por el equipo de insurgente en un movimiento generacional que a fuerza de heroísmos y sacrificios dicta ya su norma al país y suma a sus empeños a todas las clases sociales, dominadas por la admiración.³⁵

El documento resulta ilustrativo del ambiente social que prevalecía en Cuba en esos meses de 1958; estas organizaciones sociales consideraban al gobierno de Batista como insensible y además ilegal, al afirmar que “el espectáculo que ofrece al mundo el martirio de Cuba no conmueve a quienes se *apoderaron* del poder, en el que pretenden permanecer *contra la voluntad de todos*”.³⁶ Por esa razón, consideran que la clase política encabezada por Batista es incapaz de “realizar la normal función de gobierno y de cumplir los altos fines del Estado”, por lo que piden “la cesación del régimen mediante la abdicación de los que ejercen el Poder Ejecutivo y la disolución del Congreso”. El Conjunto de Instituciones Cubanas justificaban su postura por “el instinto de conservación social” y además de contribuir a buscar un “entendimiento civilizado”. Por último, llaman a la sociedad a que “resista a la opresión ejerciendo los derechos que la Constitución otorga al hombre libre”.³⁷

³⁵ Véase “Al Pueblo de Cuba”, en Jules Dubois, *op. cit.*, pp. 188-190. El Conjunto de Organizaciones Cubanas estaba integrada por la Confederación Nacional de Profesionales Universitarios, los colegios de Abogados, Contadores, Arquitectos, Ingenieros; el Concilio Cubano de Iglesias Evangélicas; Sociedad Cultural Nuestro Tiempo; las logias Grado 33 de la Masonería, Pureza, Sol de Cuba; Consejo de Gobernadores del Club de Leones, etcétera, por citar a las más importantes.

³⁶ *Ibid.* Las cursivas son nuestras.

³⁷ *Ibid.* Un día después de hacerse público este documento, el 16 de marzo, el presidente del Colegio de Abogados de La Habana, José Miró Cardona, estableció la postura de su organización, abonando en favor de la desobediencia civil. Miró, quien después se convertiría en un destacado opositor, consideró “ilegítimo en su esencia” al gobierno de Batista, razón por la cual éste no puede invocar a su favor las disposiciones constitucionales. Al final, el abogado consideraba legítimo el principio jurídico liberal de resistir a la opresión. *Ibid.*, pp. 191-193. Otro ejemplo en este sentido, lo dio el magistrado Manuel Urrutia cuando no encontró delito que perseguir a un grupo de acusados de pertenecer al Movimiento 26 de Julio, pues éstos ejercían un derecho legítimo, retomando la tesis del mismo Castro en su demanda judicial de 1952. Este gesto le acarrearía a Urrutia la presidencia provisional en 1959.

Al desmoronarse la clase política³⁸, se abrió el camino para una gran experimentación que se reflejó en la flexibilidad y adaptabilidad que mostró el fidelismo desde sus años de formación.³⁹

Era el inicio de la búsqueda de una política de unidad nacional que se vislumbró desde las guerras de independencia del siglo XIX, al tratar de integrar a una nación. Para los padres de la patria, Céspedes, Maceo, Gómez, Martí, la nación representaba un orden supremo armónico, al cual deberán subordinarse todas las diferencias inherentes a una sociedad, esto es, sociales, raciales, económicas, etcétera. Todo cubano que se identificara con la patria, sin importar su origen social o racial podía integrarse al nuevo orden.

Esa fue la misma idea que alimentó Fidel en su formación como conspirador revolucionario: una sociedad idealizada sin aristas ni roces, armónica y sin contradicciones. *La Historia me absolverá* nos muestra la elaboración de este ideal. Desprovisto de cualquier aparato conceptual basado en el análisis marxista tradicional de las clases sociales, los problemas reflejarán una "conducta errónea" en el contexto social actual, es decir, de una opción moral equivocada:

³⁸Este aspecto es importante y definirá el futuro político de Cuba, pues ningún partido político u organización insurreccional, incluso las organizaciones sociales tan activas en contra del régimen, ajena al Movimiento 26 de Julio pudo rivalizar con éste y el Ejército Rebelde. La guerra contra el ejército de Batista terminó por desmoronar al único pilar que pudo haber cambiado esta situación; ninguna organización política ajena al fidelismo estuvo en condiciones de servir de contrapeso para la reorganización de la sociedad. El Ejército Rebelde será la única instancia organizada a nivel nacional para acometer esa tarea una vez que Batista abandonó la isla, pues será el instrumento para hacer valer la nueva legalidad, como Castro Adelantó en *La Historia me absolverá*.

³⁹Un nuevo estilo político apareció en Cuba, favoreciendo las nuevas formas de hacer las cosas. El propio Fidel diría más tarde que "la revolución es nuestro gran maestro", para explicar el desarrollo de la política revolucionaria; lo importante será empezar las cosas para demostrar el compromiso a través de la acción. No había otra manera, pues así se inició la propia revolución.

Fidel pensaba que, de esa manera, por medio del esfuerzo se abrirían posibilidades y recursos que no podían imaginarse siquiera antes de iniciar las tareas. Demasiada especulación previa tendía a erosionar la voluntad y coraje de los revolucionarios.

Quizá el mayor idealismo nuestro haya sido el creer que en una sociedad que apenas acaba de salir del cascarón, en un mundo que durante miles de años ha vivido bajo la ley del talión y de la ley del más fuerte, y la ley del egoísmo, y la ley del engaño, y la ley de la explotación, se pudiera caer así, de un salto, en una sociedad donde todo el mundo se comportara de una forma ética y moral⁴⁰

Los desajustes sociales provocados por el capitalismo en la sociedad y economía, obedecían de alguna forma al resultado del desarrollo imperfecto del pasado. Entre estas imperfecciones, la más importante estaría en la relación con los Estados Unidos. Desde la época de la revuelta del 33, la problemática relación con ese país fue considerada como el punto de toque de la construcción de un nuevo sistema que pudiera cristalizar el ideal libertador de los padres de la patria, sobre todo el del Apóstol, para quien la independencia cubana sólo sería posible rompiendo con la tutela económica y política que los yanquis pretendían imponer sobre la isla. El desarrollo histórico cubano en el siglo XX fue la realización de ese temor advertido por Martí y del fracaso de su clase política, que nació subordinada y colaboracionista con ese sistema de dominación externa. Desde la generación libertadora que fundó la república hasta la generación nacionalista de los auténticos, ortodoxos y en su momento Batista, Cuba no encontró una élite que enfrente ese problema.

⁴⁰Al pronunciar su discurso en el primer aniversario de los Comités de Defensa de la Revolución en 1961, Castro enfatizó que todos los cubanos podían pertenecer a ellos, sin importar su edad o posición. Después de todo, la revolución es "la gran unión de todas las personas honestas, de todas las personas útiles, de todas las personas estudiosas, de todas las personas dignas, de todas las personas que producen para el pueblo" frente a "los enemigos del pueblo, a los enemigos de las masas, a los parásitos, a los explotadores, a los haraganes, a aquellos que no trabajan, a aquellos que viven del trabajo de los demás". Véase Fidel Castro, "Discurso en el primer aniversario de los CDR", en *Discursos*.

La llamada generación del Centenario o del Moncada, sí advertirá este problema y lo enfrentará, por primera vez en la historia cubana hasta sus últimas consecuencias, para ejercer plena soberanía sobre sus asuntos. La fórmula política del 26 de Julio y del Ejército Rebelde, tendrá en este nacionalismo el punto culminante de su fórmula política, primero como antiimperialismo, que a su vez se transformará en socialismo cuando los Estados Unidos fueron desplazados en su papel tutelar en el funcionamiento de la clase política cubana.

Este punto permitirá tender un puente con la sociedad para identificar los intereses del conjunto de la nación con los de la élite; permitirá una identificación entre quien gobierna y es gobernado, pues a partir de la realización del ejercicio soberano, la élite podrá llevar a cabo las políticas propuestas a la sociedad.

El 1 de enero de 1959 terminaba con una etapa en la historia de Cuba; se abría un horizonte para llevar a cabo la realización de muchos sueños e ideas. Una nueva élite había podido movilizar al conjunto de la sociedad en torno a un programa de reformas sociales e independencia nacional. Se abría el camino para la conformación de un nuevo sistema.

EPÍLOGO

Al hablar ante una multitud que lo aclamaba el 1º de enero de 1959 en el Parque Céspedes de Santiago, Fidel Castro anunciaba una nueva época en la historia cubana. Fidel proclamaría la fundación de una nueva república donde se llevaría a cabo, por primera vez, el proyecto nacional pensado por los padres de la patria. Sería un anuncio y, a la vez, una advertencia para el resto de la clase política cubana.

El 1º de enero de 1959 avizoraba un nuevo horizonte para la república caribeña. Atrás quedaban cinco décadas de frustración política iniciada desde la fundación de la república en 1902; también quedaba atrás el desdibujado experimento nacionalista ahogado en la corrupción y peculado de los hombres que habían renovado a la élite gobernante del país. Ambos actores, los viejos y nuevos liberales, serían incapaces de oponerse a la ola renovadora impulsada por el liderazgo y carisma de Fidel Castro.

No se equivocaba Castro al anunciar el 1º de enero el advenimiento de una nueva era política, pues en poco tiempo veríamos cómo la clase política isleña sería desplazada y, posteriormente, aniquilada del escenario de manera implacable. Al anuncio de una nueva época, la vieja clase política no supo o no pudo oponerse a Fidel Castro y su Ejército Rebelde como los dominadores de la ecuación política en Cuba; de la misma manera, tampoco entendieron la lectura de la historia nacional al subordinarse a los intereses geopolíticos norteamericanos. Para su desgracia, esta subordinación al interés

foráneo la dejó huérfana de una fórmula política que intentara rivalizar con la planteada por Fidel.

El desarrollo de la clase política en Cuba había sido deformado por la intervención norteamericana y la complacencia de muchos miembros de ella que vieron en tal intervención un hecho benéfico. Los testimonios políticos de la primera época republicana, vistos a distancia, resultan lamentables, pues casi nadie en Cuba se opuso al tutelaje político encarnado en la Enmienda Platt.

Esta situación puede explicarse a partir de la conformación de la propia élite cubana desde finales del siglo XVIII, cuando se crea la sacarocracia que integraría en sus rasgos principales a la sociedad isleña. Desde entonces, aquella subordinaría el interés político en aras del beneficio económico; no resultará extraño, entonces, que el desenvolvimiento político en Cuba en el siglo XX tenga a la Embajada de los Estados Unidos y a sus embajadores como verdaderos procónsules que reglamentaban y mediaban en caso de desavenencias entre la clase política. En cincuenta años de vida republicana, los Estados Unidos tuvieron gran influencia para controlar la situación política interna de Cuba. Así sucedió con la insurrección liberal que impidió a Estrada Palma continuar con un segundo periodo de gobierno o la revuelta de soldados y estudiantes en 1933, por citar los acontecimientos más importantes de ese periodo. El embajador norteamericano en turno no fue sólo mediador sino árbitro que dirimió diferencias y controversias.

La clase política cubana se amoldó a este esquema, apelando a esta instancia para justificar su estancia en el poder. En ese sentido, la élite dependió de un agente externo para ejercer el derecho a gobernar, olvidándose de amoldar, interpretar y proponer una verdadera fórmula política nacional que le permitiera justificarse a sí misma como élite gobernante.

Frente a este panorama, el surgimiento de una nueva élite que disputara este derecho a gobernar se ampliaría a partir del 10 de marzo de 1952, cuando en un golpe audaz como a los que estaba acostumbrado en su vida política, Fulgencio Batista acabaría

por derrumbar lo poco de credibilidad que mantenía la clase política tradicional. La quiebra del Estado de Derecho en Cuba fue el punto de partida para empezar a elaborar una fórmula política que rescatara el interés de la sociedad cubana de entonces. La lucha por restaurar el equilibrio democrático pasaría por un debate político de primera magnitud, al cual sólo asistió su convocante: Fidel Castro. El entonces joven abogado analiza lúcidamente la situación creada por el golpe de Estado de marzo y se encamina a debatir sobre la pertinencia del sistema republicano entre la clase política.

Sin interlocutor entre la élite gobernante, ni mucho menos entre la clase política, que dicho sea de paso se abandonó a una carrera para ver quién se entregaba primero al hombre fuerte del momento, el debate propuesto por Castro pasará inadvertido pero creará un antecedente jurídico importantísimo: justificar el derecho a la rebelión de acuerdo al credo liberal. Esta situación propiciaría el agrupamiento de un núcleo de jóvenes dispuestos a entregarse a esta tarea que considerarán como un deber con aires místicos, tomando la imagen del Apóstol nacional cubano, José Martí, quien sacrificó la vida en aras de la independencia.

El movimiento insurreccional liderado por Castro si bien no fue el único ni el que agrupó a la mayoría de los inconformes al régimen de Batista, sí fue el único que al calor de los acontecimientos señaló una serie de argumentos como el señalado y por buscar elaborar, a partir de esa justificación, todo ese complejo proceso que desembocaría en una fórmula política que tratará de recoger las aspiraciones y objetivos de la sociedad cubana.

La fórmula política fidelista se basaba en un principio muy simple pero muy significativo para los cubanos: el ejercicio de la soberanía nacional. La restauración planteada por el movimiento insurreccional, entonces, no era simplemente con respecto al entarimado jurídico que sostiene a cualquier república, sino que hacía referencia a la aspiración planteada por los próceres nacionales de crear una nación libre e independiente

y que la intervención norteamericana había impedido, por un lado, gracias al abandono de la misión histórica de la élite política en diferentes épocas.

El movimiento insurreccional se convertirá en el generador de una ruptura que abarcará diferentes órdenes, siendo los más significativos el político y el generacional; la circulación en la élite gobernante será brutal y sin concesiones para poder romper con el pasado y su significado. Sin embargo, quedan varios cabos sueltos que no explican el por qué del triunfo revolucionario desde la ruralización de la insurrección.

El desarrollo de la experiencia guerrillera en Cuba tocó cuerdas muy sensibles en toda la sociedad que permitieron ganar consensos sociales y políticos que la base campesina, por sí misma no hubiera generado. La actividad guerrillera tiene importancia a partir de lo que hoy llamamos *sociedad civil*, se rebela contra el poder. A lo largo de 1958, la sociedad cubana contempló con horror la impunidad de los cuerpos de seguridad de Batista contra los rebeldes y sus simpatizantes; actuando sin ningún control, la represión se extendió a estratos cada vez más amplios de la sociedad. Fue esta reacción de la sociedad en su conjunto la que permitió la caída de Batista después de su frustrada ofensiva contra la guerrilla a mediados de 1958. Sin ningún consenso social a su favor, pese a que había legitimado su mandato, Batista tuvo que abandonar la isla el último día del año 1958. El 1º de enero de 1959 la ciudad de Santiago se rindió al Ejército Rebelde y recibió como libertador a Fidel.

Sin embargo, el 1º de enero de 1959 apenas sería el inicio de un proceso revolucionario nacionalista con raíces liberales que devendría en socialista por la radicalización misma que fue adquiriendo en su dinámica interna y por su enfrentamiento con el tradicional poder tutelar, los Estados Unidos.

BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA

A. OBRAS GENERALES

Dirección Política de las FAR, *Historia de Cuba*, 5a. reimp., La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1985, 611p.

Guerra y Sánchez, Ramiro, *et. al.*, *Historia de la nación cubana*, La Habana, Editorial Historia de la Nación Cubana, 1952, 10v.

—————, *Manual de historia de Cuba*, La Habana, Ed. Huracán, 1963.

Márquez Sterling, Carlos, *Historia de Cuba; desde Cristóbal Colón a Fidel Castro*, New York, Las Américas, 1969, 732p.

Rodríguez, Javier, *Cuba un historia breve*, México, Instituto Mora, Universidad de Guadalajara, Alianza Editorial, 1988, 169p.

Thomas, Hugh, *Cuba la lucha por la libertad, 1762-1970*, trad. del inglés por Neri Daurella, Barcelona, Grijalbo, 1973, 2v.

—————, *Historia contemporánea de Cuba; de Batista a nuestros días*, trad. del inglés por Neri Daurella, Barcelona, Grijalbo, 1982, 567p.

B. DOCUMENTOS

Almeida Bosque, Juan, *¡Atención! ¡Recuento! Presidio, exilio, desembarco*, 2a. ed. ampliada, La Habana, Editora de Ciencias Sociales, 1992, 295p.

Almodóvar Muñoz, Carmen, *Antología crítica de la historiografía cubana (periodo neocolonial)*, La Habana, Ed. Pueblo y Educación, 1989, 681p.

Bernal, Beatriz (comp.), *Cuba: fundamentos de la democracia. Antología del pensamiento liberal cubano desde fines del siglo XVIII hasta fines del siglo XX*, Madrid, Fundación Liberal José Martí, 1994, 414p.

Betto, Frei, *Fidel Castro y la religión*, México, Siglo XXI, 1986, 379p.

Bonaechea, Rolando E., y Nelson P. Valdés (eds.), *Revolutionary struggle 1947-1958 V. 1 of selected works of Fidel Castro*, Cambridge, The MIT Press, 1972, 471p.

Castro, Fidel, *La historia me absolverá*, versión revisada, La Habana, Editora de Ciencias sociales, 1975, 191p.

———, *La revolución cubana 1953/1962*, selección y notas de Adolfo Sánchez R., 5a. Ed., México, Era, 1983, 636p.

———, *Discursos*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1976, 3v.

———, *Hoy somos un pueblo entero*, 10a. ed., México, Siglo XXI, 1988, 176p.

———, *Nada podrá detener la marcha de la historia*, La Habana, Editora Política, 1985, 237p.

Castro, Raúl, *Selección de discursos y artículos 1959-1974*, La Habana, Editora Política, 1988, 2v.

Conde, Alfredo, *Una conversación en La Habana*, Madrid, El País Aguilar, 1989, 229p.

Conte Agüero, Luis, *Cartas del presidio*, La Habana, Ed. Lex, 1959, 93p.

Fernández Sosa, Miriam (comp.), *Selección de lecturas de historia del pensamiento político cubano II*, La Habana, Facultad de Filosofía e Historia Universidad de La Habana, 1989, 329p.

Franqui, Carlos, *Cuba: el libro de los doce*, 3a. ed., México, Era, 1977, 174p.

———, *Diario de la revolución cubana*, Barcelona, R. Torres, 1976, 754p.

———, *Retrato de familia con Fidel*, Barcelona, Seix Barral, 1981, 550p.

Guedea, Hilda, *Che Guevara años decisivos*, 1a. reimp., México, Aguilar, 1978, 274p.

Guevara, Ernesto, *Obra revolucionaria*, Selección y prólogo de Roberto Fernández Retamar, 10a. ed., México, Era, 1986, 622p.

Instituto de Historia del Movimiento Comunista y de la Revolución Socialista en Cuba, *El pensamiento de Fidel Castro. Selección temática*, La Habana, Editora Política, 1983, 2v.

Martí, José, *Obras completas*, La Habana, Editora Nacional, 1963-1966, 27v.

Minà, Gianni, *Un encuentro con Fidel*, 2a. ed., La Habana, Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado, 1988, 363p.

Moncada Antecedentes y preparativos 1952-1953, La Habana, Fuerzas Armadas Revolucionarias, 1972, 263p. (Colección revolucionaria).

Núñez Jiménez, Antonio, *En marcha con Fidel*, México, Presencia Latinoamericana, 1983, 473p.

Pichardo, Hortensia (comp.), *Documentos para la historia de Cuba IV*, 2a. ed., La Habana, Editorial Pueblo y Educación, 1986, 2v.

Rodríguez, Javier (comp.), *Cuba*, México, Instituto Mora, Universidad de Guadalajara, Editorial Nueva Imagen, 1990, 2v. (Textos de historia de Centroamérica y el Caribe).

Vignier, E., y G. Alonso, *La corrupción administrativa en Cuba 1944-1952*, La Habana, Ciencias Sociales, 1973, 322p.

C. OBRAS MONOGRÁFICAS SOBRE CUBA

Aguirre, Sergio, *Nacionalismo y nación en el siglo XIX cubano*, La Habana, Ciencias Sociales, 1990, 132p.

Bonachea, Ramón L., y Martha San Martín, *The Cuban insurrection, 1952-1959*, New Brunswick, Transaction, 1974, xviii+451p.

Bornot Pubillones, Thelma, *et. al., De México a la Sierra Maestra*, 2a. ed., México, Nuestro Tiempo, 1981, 187p.

Carrillo, Justo, *Cuba 1993, estudiantes, yanquis, soldados*, Miami, Instituto de Estudios Interamericanos University of Miami, 1985, 497p.

Casuso, Teresa, *Cuba y Castro*, Buenos Aires, Plaza & Janés, 1963, 369p.

Cepero Bonilla, Raúl, *Azúcar y abolición*, Barcelona, Ed. Crítica, 1976, 218p.

Domínguez, Jorge I., *Cuba order and revolution*, Cambridge, Harvard University-Belknap, 1978, xix+683p.

Dubois, Jules, *Fidel Castro ¿Rebelde, libertador o dictador?*, trad. del inglés Agustí Bartra y Aníbal Argüello, Buenos Aires, Grijalbo, 1959, 334p.

Dumont, René, *¿Cuba es socialista?*, trad. del francés Carmen Bueno, Madrid, Narcea Ediciones, 1982, 270p.

Ely, Roland T., *Cuando reinaba su majestad el azúcar*, Buenos Aires, Ed. Sudamericana, 1963, 875p.

Ette, Ottmar, *José Martí. Apóstol, poeta revolucionario: una historia de su recepción*, trad. del alemán por Luis C. Henao, México, Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos UNAM, 1995, 507p. (Nuestra América, 45).

Farber, Samuel, *Revolution and reaction in Cuba 1933-1960; a political sociology from Machado to Castro*, Middletown, Wesleyan University, 1976, xix+283p.

Fermoselle, Rafael, *Cuban leaderships after Castro: biographies of Cuba's top commanders*, 2a. ed., Miami, North South Center University of Miami, 1992, 203p.

Guerra y Sánchez, Ramiro, *Azúcar y abolición en las Antillas*, La Habana, Editora de Ciencias Sociales, 1976, 299p.

Harnecker, Marta, *La estrategia política de Fidel del Moncada a la victoria*, México, Nuestro Tiempo, 1986, 151p.

Horowitz, Irving Louis, *Cuban communism*, 6a. ed., New Brunswick, Translations Books, 1987, xvi+743p.

Leogrande, William, *The political institutionalization of mass-elite linkages in revolutionary Cuba*, Syracuse, University of Syracuse, 1976,

Llovio Menéndez, José Luis, *Desde dentro. Mi vida secreta como un revolucionario en Cuba*, trad. del inglés por Agustín Bárcena, México, Lasser Press Mexicana, 1989, 454p.

Lockwood, Lee, *Castro's Cuba, Cuba's Fidel*, New York, Vintage, xx+364p.

Martínez, Marcial, *Cuba, la verdad de su tragedia*, 2ª ed., México, Galeza, 1959, 181p.

Mencía, Mario, *El grito del Moncada*, La Habana, Editora Política, 1986, 2v.

———, *La prisión fecunda*, La Habana, Editora Política, 1980, 292p.

———, *Tiempos precursores*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1986, 356p.

Merle, Robert, *Moncada, primer combat de Fidel Castro, 26 juillet, 1953*, Paris, Laffent, 1965, 354p.

Mesa Lago, Carmelo, *Dialéctica de la revolución cubana: del idealismo carismático al pragmatismo institucionalista*, Madrid, Playor, 1979,

Mills, C. W., *Escucha yanqui*, trad. del inglés por Ramón Hernández, Barcelona, Grijalbo, 1980, 350p.

Ortiz, Fernando, *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar*, prólogo de Julio Le Riverend, Caracas, Biblioteca Ayacucho, xxxii + 595p.

Pérez, Louis A., *Cuba Between reform and revolution*, New York, Oxford University Press, 1988, 504p.

Pino Santos, Oscar, *La oligarquía yanqui en Cuba*, México, Nuestro Tiempo, 1975, 207p.

Roig de Leuchsenring, Emilio, *Historia de la Enmienda Platt*, La Habana, Ed. de Ciencias Sociales, 1973.

Rojas, Marta, *La generación del centenario en el juicio del Moncada*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1979, 353p.

Soto, Lionel, *La revolución del 33*, La Habana, Ed. Pueblo y Educación, 1985, 3v.

Sosa, Ignacio, et. al., *Cuba de la utopía al desencanto*, México, CEIDS UAEM, 1993, 182p.

Szulc, Tad, *Fidel un retrato crítico*, trad. del inglés por Ramón Garriga y Esteve Riambau, Barcelona, Grijalbo, 1987, 789p.

Winocur, Marcos, *Las clases olvidadas en la revolución cubana*, Barcelona, Ed. Crítica, 1979, 170p.

———, *Historia social de la revolución cubana (1952-1959)*, 2a. ed., México, Facultad de Economía UNAM, 1989, 169p.

D. MONOGRAFÍAS SOBRE EL ESTUDIO DE LAS ÉLITES

Albertoni, Ettore A., *Gaetano Mosca y la formación del elitismo político contemporáneo*, trad. del italiano por Alberto Pulido Silva, México, Fondo de Cultura Económica, 1992, 345p. (Breviarios, 509).

—————, *Gaetano Mosca, storia di una dottrina politica, formazione e interpretazione*, Milano, Fonti e studi di storia, 1978, xiv + 545p.

—————, *Governo e governabilità nel sistema politico e giuridico di Gaetano Mosca*, Milano, Giuffrè Editore, 1983, xl + 510p.

—————, *Storia delle dottrine politiche in Italia*, Milano, Arnoldo Mondadori Editore, 1985, xix + 411p.

Bobbio, Norberto, *Estudios de historia de la filosofía: de Hobbes a Gramsci*, Madrid, Ed. Debate, 1991, 364p.

Geraint, Parry, *Political elites*, 2a. ed., New York, 1970, 169p.

Meisel, James, *El mito de la clase gobernante. Gaetano Mosca y la élite*, trad. del inglés por Flora Setaro, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1975, 361p.

Mills, C. W., *La élite del poder*, trad. del inglés por Florentino Torner y Ernestina de Champourcin, 7a. reimp., México, Fondo de Cultura Económica, 1978, 388p.

Mosca, Gaetano, *La clase política*, selección de Norberto Bobbio, trad. del italiano por Marcos Lara, México, Fondo de Cultura Económica, 1984, 351p. (Colección Popular, 260).

—————, *Historia de las doctrinas políticas*, Madrid, s.p.i., 1941, XVI + 341p.

—————, *The ruling class; elementi di scienza politica*, New York, McGraw Hill, 1939, XLI + 514p.

Nye, Robert A., *The antidemocratic sources of elite theory: Pareto, Mosca, Michels*, London, SAGE Publications, 1977, 58p.

Pérez Miranda, Rafael y Ettore A. Albertoni (comp.), *Clase política y élites políticas*, México, Plaza & Valdés, 1987, 240p.